

ARTHUR MILLER

DESPUÉS DE LA CAÍDA

ACTO PRIMERO

La acción de esta obra tiene lugar en la mente, el pensamiento y la memoria de Quentin. Con excepción de una única silla, no hay muebles en el sentido convencional; ni tampoco hay paredes ni particiones sólidas.

El escenario está formado por tres planos cuya altura aumenta a medida que van hacia el foro, y que cruzan en línea curva desde un lado del escenario al otro. Elevándose por encima de todo, un campo alemán de concentración. Sus anchas ventanas de atalaya tienen aspecto de ojos, momentáneamente ciegos y oscuros, y de ellos salen dobles varillas de refuerzo, que se proyectan cual tentáculos truncos.

En los dos niveles inferiores hay zonas esculpidas, siendo neolítico el efecto total, cual si se tratase de depósitos de lava, una flexible porción geográfica en la cual transcurre la obra, entre lo que parecen ser pozos y depresiones como los que se encuentran en la lava. La mente carece de color, pero sus recuerdos son brillantes contra el tono gris de su panorama. Cuando alguien se siente, lo hará en uno de los contrafuertes, en las camas de roca o los bordes de las grietas. Es posible que una escena empiece en una zona confinada, y se esparza o extienda explosivamente hacia el escenario entero, ocupando cualquier otra zona.

Los personajes aparecen y desaparecen instantáneamente, como en el cerebro; pero no es necesario que salgan de escena caminando. El diálogo dejará entender con claridad quién está "vivo" en un determinado momento y quién está en suspenso.

La escena se encuentra vacía. Se tiene en este momento la sensación de que alguna figura se ha movido en la parte más alejada; se oyen pisadas de un par de pies y luego otras. Cuando el espacio aumenta la intensidad de la luz, los trece personajes de la obra caminan al azar, pasando por debajo de la alta plataforma del foro. Algunos se sientan en el acto, otros vienen adelante y parecen reconocerse entre sí, mientras unos cuantos, a su vez, siguen andando separados y completamente desvinculados; en resumen, una cantidad de movimientos desconcertados y sin rumbo, de ritmo lento, pero no como en un sueño. Uno de ellos, Quentin, un hombre que frisa en los cuarenta, sale de esta masa y avanza en dirección al proscenio y a la silla. Ésta mira hacia nosotros, los del público. Una luz intensa la envuelve ahora. Todo el movimiento cesa. Quentin se inclina hacia adelante sobre el respaldo de la silla, en dirección al oyente, el cual, si pudiera verse, estaría sentado más allá del borde del escenario propiamente dicho.

QUENTIN.— ¡Hola! ¡Qué bueno volverte a ver! Yo estoy muy bien. Confío no haberte incomodado mucho por no avisarte con más tiempo. ¡Estupendo! En realidad, quería decirte adiós. Gracias. (*Invitado, se sienta. Pausa leve.*) La verdad es que esta mañana te

llamé impulsivamente; tengo que tomar una pequeña determinación. Tú lo entiendes. Uno cavila y cavila durante meses como temiendo algo; y de pronto lo tiene delante y no sabe qué hace». (*Se decide a empezar; mira afuera.*) ¡Oh! (*Interrumpido, se vuelve hacia el oyente, con sorpresa.*) Dejé la compañía. ¿No te lo escribí? ¡Oh! Hace unos catorce meses; unas semanas después de morir Maggie. (*MAGGIE se agita en la segunda plataforma.*) Llegué a un punto en que ya no podía concentrarme en los asuntos judiciales; no como antes. Tuve la sensación de ser esclavo de mi propio éxito. Las cosas perdieron todas su sentido. Aunque a veces me pregunto si no estoy tratando simplemente de aniquilarme. Bueno, he tirado por la borda lo que otros consideran una gran situación... Me temo que no gran cosa; sigo viviendo en el hotel, veo poca gente, leo mucho (*sonríe*), miro por la ventana. No sé por qué sonrío; tal vez me parece que todo ha terminado y volveré a engancharme en algo nuevamente. Aunque antes tuve esa misma sensación y no hice nada. Yo... (*De nuevo interrumpido, denota sorpresa.*) Mamá murió. ¡Oh! Debe hacer cuatro... (*Se oye el ruido de un avión detrás de él.*) o cinco meses. Sí, de repente. Yo estaba en Alemania entonces y... es una de las cosas de que... (*Aparece HOLGA en la plataforma superior, buscándolo.*) te quería hablar. Allí... conocí a una mujer. (*Sonrisita bonachona.*) A todo esto, llega esta noche para pronunciar una conferencia en la Universidad de Columbia... Es arqueóloga. No sé con certeza si lo que quiero es desligarme de ella... y, sin embargo, es horrible pensar que pueda entregar mi libertad de nuevo. Bueno, sí; pero ten en cuenta lo que ha sido mi vida. Después de todo, una vida es una evidencia y tengo dos divorcios en mi haber. (*Se vuelve a mirar fugazmente a HOLGA.*) Francamente, me da un poco de miedo... Estoy aturdido. No sé qué pensar de mí. Justo la otra noche... En la calle tropecé con una mujer.

FELICE (*luego de haber entrado*). — Me recuerdas, ¿verdad? Hace dos años, en tu estudio, cuando hiciste que mi marido firmara los papeles del divorcio.

QUENTIN. — No sé bien por qué la evoco; tal vez porque ella era toda esperanza...

FELICE. — Quise decírtelo siempre... ¡Tú cambiaste mi vida!

QUENTIN. — En esta mujer hay algo que me irrita.

FELICE. — ¡Claro! Mi marido fue tan niño siempre... cuando estaba conmigo a solas. Pero la forma en que tú le hablaste lo hizo obrar con mucha dignidad... ¡Casi estuve por amarlo! Cuando salimos a la calle, me pidió una cosa. ¿Te lo digo o lo sabes ya?

QUENTIN.— ¿Que le acostaras con él por última vez?

FELICE. — Habría tenido gracia, ¿verdad? ¡El mismo día del divorcio!

QUENTIN. — Tesoro, no se deja de amar a quien se amó. El odio no mata ese amor.

LOUISE empieza a venir hacia él y MAGGIE aparece con vestido dorado entre hombres anónimos.

MAGGIE. — ¡Quentin!

QUENTIN.— ¿Por qué digo esas cosas estúpidas? ¡Estas malditas mujeres me han hecho daño! ¿Pero es que nunca aprendo nada?

HOLGA (*apareciendo bajo la torre, con flores, al tiempo en que MAGGIE y los hombres se sumen en la oscuridad*).— ¿Te gustaría ver Salzburgo? Creo que esta noche representan "La flauta mágica".

QUENTIN (*refiriéndose a HOLGA*). — No entiendo qué puedo yo aportarle a esta mujer. (*Mutis de HOLGA. LOUISE ha bajado y se ha situado delante de él y él ahora la contempla con fijeza.*) No comprendo cómo culpar con confianza salvo a mí mismo. (*Mutis de*

LOUISE.)

FELICE (*mientras LOUISE camina hacia el foro y hace mutis*). — Por fin entendí tu idea. Que no hay nada que entender, ¿verdad? Que nadie es culpable.

QUENTIN (*al oyente*).— ¡Dios mío! ¡Qué excelentes consejos doy!

FELICE. — Apenas lo comprendí, empecé a bailar mejor. Ahora, cuando bailo, me siento casi libre. Un pensamiento... ¡y salgo volando! (*Volando se sume en la oscuridad.*)

QUENTIN. — Encima de esto, se me apareció de nuevo la otra noche. Entró volando en mi dormitorio... ¡renacida! y tuve que preguntarme hasta qué punto creo en la vida.

FELICE (*entra apresuradamente*).— ¡Me he hecho arreglar la nariz! ¿Quieres que te la enseñe? El médico me quitó el vendaje, pero yo volví a ponérmelo porque quise que fueses el primero en verlo. ¿Quieres?

QUENTIN. — Sí, pero ¿por qué yo?

FELICE. — Porque... ¿Recuerdas aquella noche en que vine aquí? Me atormentaba la duda. Quería decidir si debía hacerlo. Porque es posible que haya algo de insincero en eso de cambiarse la nariz; yo no quisiera lograr nada basado en la forma de un pedazo de cartilago. No es forzoso que me contestes, pero... aquella noche... quisiste hacerme el amor. ¿No es cierto?

QUENTIN. — Sí.

FELICE. — ¡Lo supuse! Yo pensé que no importaba la clase de nariz que tuviese. Y que tanto daba que me la acortase. ¿Te la enseño?

QUENTIN. — Me gustaría mucho verla.

FELICE. — Cierra los ojos. (*Lo hace él. Ella retira el vendaje.*) ¡Ya! (*Él mira. Ella levanta los brazos en la actitud de bendecir.*) Siempre te bendeciré. ¡Siempre!

QUENTIN se vuelve lentamente hacia el oyente mientras ella se aleja y entra en la oscuridad.

QUENTIN.— ¡Pensar que me gustaba más su nariz anterior! Y, sin embargo, es posible que en su vida yo figure como un peldaño importante hacia el futuro. ¡En cambio, para mí, significó tan poca cosa! Me siento como una especie de espejo en que ella, no sé por qué, se veía preciosa. (*En la distancia, dos portadores de féretros transportan un ataúd invisible.*) Es igual que el entierro de mamá. (*La MADRE aparece en la plataforma superior.*) Está bajo tierra, pero a veces sigo escuchando su voz en la calle, fuerte y real, llamándome. Al parecer, soy incapaz de llorar su pérdida. (*Aparece IKE con una manta encima; dos enfermeras lo atienden.*) ¡O tal vez creo que el dolor sólo es dolor cuando nos mata! (*Aparece DAN hablando con una enfermera.*) Como cuando volví de Alemania y encontré a mi hermano en un sanatorio.

La enfermera sale presurosa y DAN se desplaza hacia QUENTIN.

DAN. — ¡Cómo me alegra que hayas venido, muchacho! No quería telegrafiar; pero no supe qué hacer. ¿Has tenido buen viaje?

IKE.— ¡Son mis hijos! ¿Dónde está mi mujer?

QUENTIN. — ¿Pero qué remedio nos queda? Ella ha muerto, tiene que saberlo. (*Al oyente.*) Mi hermano era incapaz de decírselo a mi padre. ¿Por qué pensó que yo podría? ¿Por qué?

IKE.— ¿Por qué no entran? ¿Dónde está mi hija?

DAN. — Es que acaban de operarlo esta semana. ¿Cómo es posible entrar y decirle: "Tu

mujer ha muerto"? Es lo mismo que amputarle un brazo. ¿No podríamos decirle que está en camino? ¿Y luego le damos un sedante?

QUENTIN. — Dan, yo lo siento igual que tú. ¿No crees que después de cincuenta años juntos, uno u otro se tiene que morir?

DAN. — Muchacho, esa mujer era toda su vida. Le va a dar un síncope.

QUENTIN. — ¿Prefieres que se lo diga yo?

DAN (*sin ánimo; temeroso, pero acuciado*). — No, yo se lo diré.

QUENTIN. — Esa muerte es para él tan natural como fue la boda.

Se vuelven juntos hacia IKE, que está en cama. Éste no los ve aún. Se desplazan bajo el peso de la novedad. QUENTIN se vuelve al caminar.

QUENTIN.— ¿O será sencillamente que yo soy más cruel que él? (*Ahora IKE los ve y levanta un brazo.*)

DAN. — Mira, papá.

IKE.— ¡Pero Santos Cielos! ¡Oh, quién ha venido! Creí que estabas en Europa.

QUENTIN. — Acabo de llegar. ¿Cómo estás?

DAN. — Se te ve muy bien, papá.

IKE.— ¿Qué es eso de "se te ve"? ¡Estoy muy bien! Te aseguro que sería capaz de operarme de nuevo. (*Rien ufanos junto con él.*) Lo digo en serio. ¡Hay que ver cómo se preocupaba el médico! Por último le dije: "Mire, si tanto le aflige, hagamos una cosa; acuéstese usted y le opero yo". ¡Un hombre estupendo! ¿Pero no ibas a tardar un par de meses mas?

QUENTIN (*vacilando*). — Decidí volver y...

DAN (*entra inesperadamente; la voz se le torna extraña*).— Silvia vendrá en seguida. Está abajo, comprando algo para ti.

IKE. — ¡Oh, muy bien! Les diré una cosa, muchachos... Esa chica se parece cada día más a mamá. No se ha movido de aquí en ningún momento... ¿Dónde está mamá? Estuve llamando a casa. (*Una brevísima pausa vacía, muy vacía.*)

DAN. — Un momento, papá. Yo quiero solamente... (*Como enloquecido, sin sensatez evidente, empieza a llamar y va hacia el foro en dirección a la enfermera. QUENTIN está contemplando al padre.*) ¡Enfermera! ¡Ah! ¡Ah!... ¿Podría llamar a mi hermana?

IKE. — ¡Dan! Dile que traiga hielo; cuando venga mamá, todos tomarán una copa. ¡Tengo una botella de whisky en el aparador! (*A QUENTIN*) Te aseguro, muchacho, que esta vez vuelvo a ser joven... Mamá tiene razón; sólo porque soy viejo, no debo comportarme como viejo. Quiero decir que podríamos ir a la Florida, podríamos...

QUENTIN.— ¡Papá!

IKE.— ¿Qué? ¿Es nuevo ese traje?

QUENTIN.— ¡No; ya lo tenía.

IKE (*recordando, a DAN, refiriéndose a la enfermera*).— ¡Oh, dile que traiga vasos! Harán falta más.

QUENTIN. — Escucha, papá. (*DAN se detiene y se vuelve.*)

IKE (*completamente desprevenido*). — Sí.

QUENTIN.— Mamá ha muerto. (*IKE se toma del abdomen súbitamente, como si lo hubiesen apuñalado. Levanta el brazo derecho cual si fuese un policía que detiene el tránsito. Un jadeo.*) Anoche sufrió un ataque al corazón al ir a casa.

IKE. — ¡Oh, no, no!

QUENTIN (*tornándole la mano de nuevo*). — No quisimos decírtelo, pero... tenías que saberlo, ¿no es verdad?

IKE. — ¡Oh! ¡No, no, no!

DAN. — No hubo nada que hacer, papá.

IKE. — ¡Oh, oh, no!

QUENTIN (*tomándole la mano otra vez*). — Oye, papá. Vas a estar perfectamente bien. Tú...

IKE (*todo se le vuelve ronco jadeo en busca de aliento*). — ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, oh!

DAN. — Papá, eres un gran hombre. Escucha...

IKE. — ¡Maldición! Yo no pude valerme por mí mismo. ¡Sabía que ella trabajaba demasiado!

QUENTIN. — La culpa no es tuya, papá... Puede pasarle a cualquiera.

IKE. — Pero estaba sentada aquí. ¡Justo aquí! ¡Aquí!

QUENTIN *gira rápidamente hacia el oyente.*

QUENTIN. — Alguien tenía que decírselo. ¿Quién lo ama más, e] que le dice la verdad o el que le ofrece un sedante?

Se apagan las luces que iluminan a IKE y QUENTIN viene despacio hacia el oyente.

QUENTIN. — ¿Pero es que uno debe sentirse culpable por decir la verdad? Ahora no veo muy bien la relación. (*Se enciende la luz en la torre, estando HOLGA debajo. Ésta baja la escalera.*) Sí, visité un campo de concentración en Alemania. Sí, con esta mujer, Holga. Ella me llevó. ¡Es extraño...!

HOLGA (*volviéndose hacia "él"*). — Éste es el cuarto en que los torturaban... No, no tengo inconveniente. Voy a traducirlo. (*Se agacha un poco, para leer un texto colgado en la pared.*) "En este campo de concentración murieron asesinados por lo menos doscientos mil prisioneros holandeses, belgas, rusos, polacos, franceses y dinamarqueses, además de cuatro mil doscientos siete refugiados del ejército de la República Española. La puerta de la izquierda conduce a la cámara en que les arrancaban los dientes para recuperar el oro; la cañería del piso llevaba la sangre afuera. En ocasiones, en vez de fusilarlos, los estrangulaban uno a uno. Los barracones de la derecha eran el prostíbulo en que se obligaba a las mujeres prisioneras a..."

QUENTIN. — Creo que ya has leído bastante, Holga.

HOLGA. — No, si tú quieres escuchar el resto...

QUENTIN. — No, vamos. Por aquel lado el campo es hermoso. Siempre pensé que el Danubio era azul. (*La iluminación cambia a la luz del día.*)

HOLGA. — Solamente en el vals. En verdad, cambia un poco cerca de Viena. Supongo que es en homenaje a Strauss.

QUENTIN. — No sé por qué esto me impresionó de ese modo.

HOLGA. — Con permiso. (*Empieza a levantarse. Presiente una separación. Para infundirle ánimo.*) ¿Sigues queriendo ver Salzburgo? Me encantaría enseñarte la casa de Mozart.

QUENTIN (*se vuelve hacia ella*). — ¿Es que aquí murió alguien que tú conocieses?

HOLGA. — ¡Oh, no! Tengo la sensación de que la gente debe verlo, sencillamente. ¡Y tú me pareciste tan interesado!

QUENTIN. — ¿Crees entender esto?

HOLGA. — Creo que todos lo entendemos, pero no nos atrevemos a admitirlo. De lo

contrario, nos costaría mucho trabajo seguir viviendo. Cuando vine a Estados Unidos por primera vez, después de la guerra, me sometieron a un interrogatorio. ¿Cómo es posible que alguien cumpla una condena de dos años a trabajos forzados y no sea comunista o judío?

QUENTIN (*levantando la vista hacia la torre*). — En esto hay algo que es terriblemente... aceptable. (*Ella empieza a empujarlo hacia atrás.*)

HOLGA. — Siéntate aquí un rato y tal vez...

QUENTIN. — No. yo... (*Le ha rechazado la mano.*) Perdón, querida. No quise empujarte.

HOLGA (*rechazada y turbada*). — Veo unas flores de campo allá en esa montaña; voy a arrancar unas cuantas para el auto. (*Va al foro con rapidez.*)

QUENTIN. — ¡Holga! (*Ella prosigue la marcha. Él se pone en pie de un salto y corre hasta ella, volviéndola.*) ¡Holga! (*No sabe qué decir.*)

HOLGA. — Tal vez hemos estado juntos demasiado tiempo. Podría alquilar otro auto en Linz; nos encontraríamos más tarde en Viena.

QUENTIN. — No. Holga; no quiero separarme de ti.

HOLGA. — Oigo que tus alas se abren, Quentin. Ya no estoy indefensa. Me apasiona mi trabajo. Lo que pasa, únicamente, es que desde el instante en que me hablaste noté algo familiar, que hasta ahora nunca fue así... No se trata de que quiera casarme. Esto no me avergüenza. Pero necesito tener algo.

QUENTIN. — ¿No te doy algo yo?

HOLGA. — Me das muchísimo... No me es fácil hablar de este modo. No soy una mujer a la cual hay que tranquilizar a cada momento. Las mujeres de esa clase me parecen estúpidas.

QUENTIN (*le vuelve el rostro hacia él*). — Holga, ¿estás llorando... por mí?

HOLGA. — No puedes creer en nadie, ¿verdad?

QUENTIN. — En mí es en quien no creo... Juro que no sé si he vivido de buena fe. Y la duda me traba la lengua cuando pienso en prometer algo de nuevo.

HOLGA. — ¿Pero cómo es posible estar seguros de nuestra propia buena fe?

QUENTIN (*sorprendido*). — ¡Dios! ¡Es maravilloso oírte decir eso! ¡Todas mis mujeres estuvieron tan maldecidamente seguras!

HOLGA. — ¿Pero cómo es posible estarlo alguna vez?

QUENTIN (*la besa agradecido*). — ¿Por qué sigues volviendo a este lugar? Parece que te destrozase. (*La MADRE canta.*)

HOLGA (*pausa. Está incómoda, insegura*). — No... no sé... Quizás porque yo no morí en este sitio.

QUENTIN (*se vuelve rápidamente hacia el oyente*). — ¿Qué?

HOLGA. — Aunque eso no tendría pies ni cabeza. La verdad, no sé por qué.

QUENTIN (*va hacia la silla*). — ¡Esa gente...! ¿Qué? "Desearía morir por los muertos". ¡No, no! Lo entiendo; la supervivencia puede ser difícil de sobrellevar. Pero yo... no creo que lo siento de ese modo... Aunque ahora pienso en mi madre, y ella está muerta. ¡Sí! (*Se vuelve hacia HOLGA*) Y puede suceder que los muertos la incomoden.

HOLGA. — Ocurrió en mitad de la guerra. Acababa de salir de una clase y había prospectos ingleses en la acera. La fotografía de un campo de concentración y gente macilenta. Estábamos propensos a creer a los ingleses. Yo no tenía la menor idea. Sí, en verdad. No es fácil volverse contra el propio país; no lo es durante una guerra. ¿Se volvieron los norteamericanos contra su patria a causa de Hiroshima? Nunca faltan razones. Recogí un folleto y se lo llevé a mi padrino. Seguía siendo jefe de nuestro servicio secreto. Le pregunté si aquello era verdad. "¡Por supuesto!", me dijo. "¿Por qué te excitas?" "¡Eres un cerdo!", le

repliqué. "¡Son cerdos todos ustedes!" Le tiré mi cartera a la cara. Él la abrió y metió dentro algunos papeles, pidiéndome que los llevase a una cierta dirección. Me convertí en el correo de los oficiales que proyectaban asesinar a Hitler. . . A todos los ahorcaron.

QUENTIN. — ¿Por qué a ti no?

HOLGA. — No me delataron.

QUENTIN. — ¿Entonces por qué dices que la buena fe nunca es segura?

HOLGA. — Era mi patria. Quizás lo fue más tiempo de lo que debió haber sido. Pero yo no sabía. Y ahora no entiendo cómo pude no saber.

QUENTIN. — ¡Holga...! Yo te bendigo tu falta de certidumbre. No parece que buscases ninguna maldecida... victoria moral. Perdóname. No he querido situarme lejos de ti. Yo...
(*Levanta la vista.*)

HOLGA. — ¡Voy a traer las flores! (*Se pone en marcha.*)

QUENTIN. — ¡Lo que pasa es que este sitio...!

HOLGA (*se vuelve y con mucho amor*). — ¡Ya lo sé! Vuelvo en seguida.

Él permanece de pie, inmóvil, durante un momento; la presencia de la torre lo tortura. Cambia el color de la torre. La mira ahora y, dirigiéndose al oyente:

QUENTIN. — Sin duda esperé que me resultase más extraño. Nunca pensé que las piedras tuviesen ese aspecto tan común. Y la vista que desde aquí se divisa es más bien pastoral. ¿Por qué estoy enterado de algo aquí? Ahora, aun hueco y vacío, tiene un rostro y formula una especie de pregunta: "¿En qué cosa crees...

ECO (*fuera*). — ¿En qué cosa crees?

QUENTIN. — ...que sea tan cierta como ésta?" ¡Sí! Esto lo construyeron creyentes. Tal vez eso es lo espantoso. Y yo, sin creencia, me encuentro desarmado. Me parece ver los convoyes que suben rechinando la ladera. Y yo dentro. Nadie conoce mi nombre, y, sin embargo, me reventarán la cabeza sobre un piso de hormigón... ¡Y no hay apelación...! (*Se vuelve rápidamente hacia el oyente.*) ¡Sí! ¡Es que ya no vislumbro ninguna gracia final y salvadora! ¡Ha desaparecido una cierta esperanza última que siempre nos salvaba antes del fin!

Aparece la MADRE; entra DAN, la besa y hace mutis.

MADRE. — No comas demasiada torta, querido. Habrá mucha comida en esta boda.

QUENTIN. — ¡Mamá! ¡Qué cosa extraña! ¿Y el asesinato?

MADRE (*se vuelve repentinamente hacia un niño invisible, arrodillándose*). — Sí, querido. Ponte ligas... y no me discutas. Porque es la boda de mi hermano y no quiero que se te caigan las medias.

QUENTIN (*ha empezado a reír, pero la risa esbozada se convierte en*). — ¿Por qué no puedo llorar su muerte? Holga lloró ahí dentro... ¿Por qué no puedo llorar yo? ¿Por qué tengo la sensación de entender este matadero?

La MADRE se echa a reír. QUENTIN se vuelve hacia ella, dirigiéndose al oyente:

MADRE (*la risa se le torna amarga*). — ¡Mis hermanos! ¿Por qué en esta familia todas las bodas terminan en catástrofe? Pero es que esta chica está embarazada, querido, y no tiene dinero. Es estúpida y yo te aseguro que terminará teniendo bigote. Por eso yo quiero que,

cuando seas mayor, aprendas a desengañar a la gente. En especial a las mujeres.

QUENTIN (*contemplándola, sentado*). — ¿Pero qué demonios tiene esto que ver con un campo de concentración?

MADRE. — ¿Quieres dejar de jugar con esos fósforos? (*Golpea la mano del niño invisible*.) ¡Te harás pis en la cama! ¿Por qué no practicas la caligrafía en cambio? Trazas unos garabatos espantosos, querido. ¿Pero dónde está tu padre? Si otra vez ha ido a dormirse en los baños turcos... ¡lo mato! Como cuando se olvidó de la boda de mi hermano Herbert y fue en cambio a ver el match de Dempsey y Turner. Y terminó en el baño de hombres, con la puerta atrancada. Cuando lograron sacarlo, mi hermano estaba ya casado y teníamos un nuevo campeón. ¡Y a él le había costado cien dólares ir a mear!

Ríe. IKE ha aparecido con la secretaria, y tiene aplicado al oído un teléfono invisible. Está en la plataforma superior.

IKE. — Entonces, telegráfame a Southampton.

MADRE. — Pero no tienes que reírte de él. Es un hombre maravilloso.

IKE. — Sesenta mil toneladas. Sesenta. (*Desaparece.*)

MADRE. — Hasta el día de hoy, cuando entra en un lugar, todos sienten la tentación de hacerle una reverencia. (*Con entusiasmo.*) En cualquier restaurante... lo ven apenas los mozos y empiezan a correr las sillas. Sí, querido; pero es que... la gente se da cuenta de que es un hombre verdadero. Aun el propio doctor Strauss, el día de mi boda, se me acercó y me dijo: "Veo claramente, Rosa, que te has casado con un hombre extraordinario." Y eso que Strauss siempre estuvo enamorado de mí. ¡Ah, bueno! Pero es que entonces no era más que un pobre estudian le de medicina sin nada en que caerse muerto y mi padre no quiso que entrase en la casa. ¿Quién iba a decir que adquiriría toda esa importancia con los cálculos a la vejiga? ¡Aquel pobre muchacho! Me traía novelas para leer, poesía, filosofía... ¡Y Dios sabe cuántas cosas más! Una vez hasta nos escapamos juntos para escuchar a Rachmáninov... (*Ríe con tristeza; y, asombrada más que amargada:*) Por eso, ¿sabes?, dos semanas después de casarnos, nos sentamos en una mesa del restaurante y tu padre me alargó la lista de platos para que se la explicase. ¡Él no sabía leer! Me asusté tanto, que estuve a punto de echar a correr. ¿Y todo por qué? ¡Porque tu abuela es una mujer tan fina y sacrificada! Lo tuvieron dos meses en la escuela... y en seguida... ¡al negocio...! Así son algunas mujeres, querido... Y ahora él le compra un Packard nuevo todos los años... (*Con un extraño y profundo temor.*) Por favor, querido, quiero que dibujes las letras. Esos garabatos son muy feos y tu postura, tu manera de hablar... ¡Puede ser todo tan hermoso! Pregúntale a la señorita Fisher. Durante años exhibieron mi caligrafía clavada en la pizarra de los boletines. ¡Dios mío! No lo olvidaré jamás. La encargada de pronunciar el discurso de despedida y con una beca para Hunter en mis manos... (*De su alma se apodera una negrura.*) y cuando volví a casa, tu abuelo me dice: "Te vas a casar". Yo me sentía como si... como si tuviese unas alas pequeñas y estuviese preparándome para echar a volar. Dormí el año entero con el muestrario de letras debajo de la almohada. ¡Aprender, aprenderlo todo! ¡Oh, amor mío! ¡Las cosas encierran un misterio tan grande!

Entra IKE en la zona, hablando al QUENTIN de joven, invisible.

IKE. — Quentin, ¿quieres conseguirme comunicación con la oficina? (*A la MADRE*) ¿Por qué me llamaste al baño turco?

MADRE. — Creí que te habías olvidado de la boda.

IKE. — ¡Ojalá pudiera! Pero yo soy el que corre con el gasto.

MADRE. — Él te lo devolverá.

IKE. — Lo creo. Sólo que no quisiera esperar tanto tiempo colgado de un pelo. *(Se vuelve, y va a un punto. Toma un teléfono invisible.)* ¡Hermán! ¡No cortes!

MADRE. — Quiero llegar a tiempo.

IKE. — Porque nos demoremos media hora más, no va a partir sin esperarnos.

MADRE. — ¡No te hagas el gracioso! El muchacho se enamoró, ¿qué tiene eso de malo?

IKE. — Todos se enamoran de mi dinero. ¡Yo me casé con un nido de amor! *(Se vuelve hacia QUENTIN, riendo.)* ¿Hay una ley que le prohíbe a los chicos cortarse el pelo? *(Se mete la mano en el bolsillo, y le lira una moneda.)* Toma. Por lo menos hazte lustrar los zapatos. *(A la MADRE)* En seguida subo, querida. Puedes seguir.

MADRE. — Te pondré los gemelos. ¡Oh, Dios mío, queda tan hermoso con smoking!

Va hasta una distancia fuera de la zona, pero se detiene, se vuelve y escucha a IKE.

IKE *(al teléfono)*. — ¡Hermán! ¿Todavía está ahí el contador? Dame con él.

QUENTIN *(recordando de pronto, al oyente)*. — ¡Ah, sí!

IKE. — ¿No lees los diarios? ¿Qué quieres que haga con las acciones de Irving Trust? No pienso regalarlas. ¿Qué banco? *(La MADRE baja un escalón, alarmada.)* He ido a todos los bancos de Nueva York. Si no consigo que me descuenten una letra, ¿cómo demonios voy a lograr que me presten dinero? No, no, no hay dinero en Londres, no hay dinero en Hamburgo, no hay un solo carguero en viaje en todo el mundo; el océano está vacío, Billy... Ahora dime la verdad. ¿Cuál es mi situación?

Cuelga. Pausa. Permanece casi tieso, como si estuviese por soportar una tormenta.

MADRE. — ¿Qué es eso? ¿Qué lío estás arreglando? *(IKE se queda de pie mirando fijamente; pero ella parece escuchar nuevas relaciones sorprendentes.)* ¿De qué estás hablando? ¿Cuándo empezó eso?... Bueno, ¿con cuánto te has quedado?... ¿Pero te has vuelto loco? Tienes más de cuatrocientos mil dólares de acciones, puedes vender la... *(El PADRE echa a reír.)* ¿Has vendido esas acciones tan buenas? *(Más serenada, camina unos pasos cavilando.)* Bueno, entonces... será mejor que vendas tu póliza de seguro... Te darán por lo menos setenta y cinco mil dólares... *(Se detiene y se vuelve sorprendida.)* ¿Cuándo? *(El PADRE está perdiendo gradualmente su majestuosidad. Se afloja la corbata.)* Está bien, venderemos mis títulos. Hazlo mañana. ¿Qué quieres decir? Bueno, recupéralos. Yo tengo noventa y un mil dólares en títulos, que tú me diste. Son míos. *(Se interrumpe; el horror se abre paso en su rostro y en él asoma un desprecio creciente.)* ¿Quieres decir que veías que todo bajaba y cambiaste dinero bueno por dinero malo? ¿Qué clase de imbécil eres?

IKE. — Los negocios no se abandonan porque sí. Yo llegué a este país con una mano detrás y otra delante.

MADRE. — ¡Debí echar a correr el día que te conocí!

IKE *(como si se sintiese apuñalado)*. — ¡Rosa! *(Se sienta y cierra los ojos. Dobla el cuello.)*

MADRE. — Debí hacer lo que hicieron mis hermanas. ¡Mandar a mis padres a la mierda y pensar en mí siquiera una vez! ¿Por qué no salí corriendo para salvar mi vida?

IKE *(indicando un punto cercano)*. — ¡Chist! Oigo a los chicos...

MADRE. — ¡Tendría que pedir el divorcio!

IKE. — Rosa, los hombres de estudio se tiran por las ventanas.

MADRE. — ¡Pero hasta tu último dólar! (*Se agacha y le habla en la cara.*) ¡Eres un cretino!

La proximidad lo fuerza a él a ponerse de pie. Se miran como si fuesen extraños.

QUENTIN (*levanta la vista hacia la torre*). — ¡Sí! Sin haberles dado ningún motivo. ¡Ni siquiera preguntan cómo se llama uno!

IKE (*mira hacia un punto cercano*). — ¿Llora alguien? Allí está Quentin. Es mejor que le hables. Ella va hacia el punto con un cierto miedo. A unos treinta centímetros del sitio, se detiene.

MADRE. — ¡Quentin! ¡Querido! Deberías vestirme. No llores, por favor... (*La para en seco algo que QUENTIN ha dicho.*) ¿Lo que yo dije? ¡Oh!, pero... ¿qué he dicho? Bueno, estaba un poco enojada, pero nunca dije tal cosa. ¡Lo considero un hombre estupendo! (*Ríe.*) ¿Cómo puedes creer que yo diga semejante cosa? ¡Quentin! (*Como si él desapareciese, ella alarga un brazo.*) ¡Yo no dije nada! (*Con un grito, hacia alguien que se encuentra perdido.*) ¡Querido, yo no he dicho nada! (IKE, DAN y la MADRE hacen mutis. En el mismo instante aparece HOLGA, quien viene hacia él.)

QUENTIN. — Ni siquiera preguntan cómo se llama uno.

HOLGA. — ¡Quentin! ¡Quentin! (*Él está mirando a la MADRE, de la cual se vuelve hacia HOLGA.*)

QUENTIN.—Me amas, ¿no es cierto?

HOLGA. — Sí. (*Ahora se refiere a las flores campestres que trae en los brazos.*) Mira, el auto va a quedar precioso por dentro.

QUENTIN (*aprieta las manos*). — Salgamos de esta basura. Vamos, una carrera hasta el coche.

HOLGA.— ¡Aceptado! Tú das la salida. (*Se colocan en posición.*)

QUENTIN. — ¡El último es un cola de perro!

HOLGA. — ¡Prepárate! ¡Listos! (*De pronto, QUENTIN levanta la vista hacia la torre, y se sienta en el suelo como si hubiera cometido un sacrilegio. Ella ha interpretado su emoción; le toca la cara.*) ¡Querido Quentin! Ninguno de los que ellos no mataron puede ya ser inocente.

QUENTIN.— ¿Pero qué has hecho para resolver el enigma? ¿Cómo puedes ver con toda esa claridad tu fin en la vida? ¡Eres toda esperanza!

HOLGA. — Quentin, creo que es un error buscar la esperanza fuera de una misma. Un día te desmayas porque el jardinero se ha pinchado un dedo; y una semana después pasas por encima de cadáveres de niños bombardeados en un refugio subterráneo. Si es así, ¿qué esperanza puede existir? Cerca del fin de la guerra, yo quise morir. (*Se levanta, va a la escalera hacia la torre.*) Tuve la misma pesadilla todas las noches hasta que tuve miedo de dormir y me enfermé. Soñé que tenía un hijo, y aun en sueños me di cuenta de que era mi propia vida..., un idiota! Eché a correr. Pero seguía trepándose a mi regazo nuevamente, asiéndose de mi ropa. Hasta que pensé: si pudiera besarlo, besar lo que de mí haya en él, tal vez consiga dormir. Me agaché hacia su rostro destrozado y fue horrible... Pero lo besé. Creo que una debe finalmente tomar su propia vida en los brazos, arriesgarlo todo. Vamos, Quentin. Representan "La Flauta Mágica" esta noche. ¿Te gusta "La Flauta Mágica"?

QUENTIN (*a solas*). — La echo de menos... desesperadamente. Y, sin embargo, al firmar mis cartas, no puedo poner "Con todo mi amor". Digo en cambio "sinceramente", "como

siempre", o alguna otra evasiva oportuna. Creo que es estúpido, pero me siento maldito. (FELICE levanta la mano en actitud de bendecir; luego hace mutis.) Y sigo recordando los días en que parecía haber algo que fuese absoluto; alguna clase de obligación decretada por el cielo. Tenía una mesa en que cenar, una esposa... (Aparece LOUISE, con un repasador y limpiando platería), un hijo y un mundo maravillosamente amenazado por injusticias que yo era el llamado a corregir. ¡Parece tan hermoso! ¿Te acuerdas? ¿Recuerdas cuando había malos y buenos? ¡Y qué fácil diferenciarlos! El peor canalla, si amaba a los judíos y odiaba a Hitler, ya era un buen tipo. Una especie de paraíso comparado con esto. (Él se da cuenta de que en la segunda plataforma aparece ELSIE, con una salida de baño colgada de los hombros, los brazos fuera de las mangas y la espalda hacia el público.) Hasta que empecé a fijarme bien. ¡Dios mío! Cuando pienso en lo que yo creía, siento impulsos de esconderme. (Mira de reojo a ELSIE.) ¡Pero yo no era tan joven! Un hombre de treinta y dos años ve a una invitada, que en su dormitorio, el de él, se quita la salida de baño húmeda... (Cuando QUENTIN se le acerca, ELSIE se vuelve hacia él y la salida se le cae de un hombro.) ¡Y ella sigue allí como si tal cosa, con los pechos desnudos!

ELSIE. — ¿Has concluido de trabajar? ¿Por qué no nadas ahora? El agua está soberbia.

QUENTIN (una risa muy dolorosa, hablando a gritos). — Supongo que ella ignoraba que estuviese desnuda. (Entra LOUISE y se sienta a la derecha, como si lo luciese en el suelo. ELSIE se le junta.) ¡Es el Paraíso! Bueno, porque estaba casada. ¿Cómo es posible tal cosa en una mujer que se da cuenta cuando en el Cuarteto de Cuerdas de Budapest desafina un instrumento, que se niega a usar medias de seda (Entra LOU leyendo el alegato.) porque los japoneses están invadiendo Manchuria y cuyo marido, un santo profesor de derecho, está corrigiendo el escrito que yo debía presentar a la Suprema Corte en mi primera apelación, sentado en el césped debajo de aquella ventana? . . . Yo veía la cabeza del marido más allá de una teta de ella... ¡Oh, Dios mío!... Claro que entiendo, pero la cuestión es lo que uno supone. ¡Admitir lo que se ve! ¡Eso es lo que hace peligrar nuestros principios! (ELSIE sale del "cuarto" y va hacia LOUISE. QUENTIN se vuelve hacia ellas.) Sí, claro. Si dos mujeres cuchicheaban y paran bruscamente cuando te acercas...

ELSIE y LOUISE (se vuelven hacia él luego de haber parado bruscamente la conversación).— ¡Hola!

QUENTIN.— ...es sin duda que hablaban del sexo. ¡Y si una de ellas es tu mujer, de seguro que hablaban de ti!

ELSIE (como para inducirlo a que se vaya). — Lou está en el fondo, leyendo tu alegato. Dice que es maravilloso.

QUENTIN. — Así lo espero. Me preocupaba un poco lo que él pensase de mi escrito.

ELSIE. — ¡Me encantaría que se lo dijese, Quentin! ¿Lo harás? El concepto en que tienes su opinión. Es importante decírselo.

QUENTIN. — Lo haré. (Torpemente, lleva su mirada de LOUISE a ELSIE.) Se está bien aquí.

ELSIE. — Es precioso. (Se refiere a LOUISE y él.) ¡Cómo los envidio a los dos!

Aparece Lou, hombre muy bondadoso y sensitivo, con pantaloncitos de natación. Está abstraído en la lectura del alegato.

ELSIE (se levanta. A Lou.) — Quiero dar otro paseo por la playa antes de tomar el tren. ¿Te has peinado hoy?

LOU. — Creo que sí. (Dobla el escrito y viene hacia QUENTIN) ¡Quentin! ¡Esto es soberbio! Tiene una calidad majestuosa, como una opinión clásica. (Mutis de ELSIE. LOU, riendo

entre dientes, tira a QUENTIN de la manga). Estoy por pensar que para mí es un gran honor haberte conocido.

QUENTIN. — Yo me alegro, Lou...

LOU (*un brazo en torno a ELSIE*).— ¡Toda tu vida cambiará con esto! ¿Puedo pedirle un favor?

QUENTIN. — Lo que quieras, Lou.

LOU. — ¿Por qué no se lo ofreces a Elsie para que lo lea? Sé que es un pedido extraño, pero...

QUENTIN. — Para mí sería un placer.

LOU. — Se ha afectado mucho... con eso de que me citasen a declarar y todos los malditos titulares de periódico. A pesar de todo, son cosas que afectan la vida de relación. Por eso, cualquier demostración de respeto tiene mucha importancia. Por ejemplo, yo le pasé el manuscrito de mi nuevo libro para que lo leyera... y he suspendido la publicación hasta poderlo corregir de acuerdo con sus observaciones... Tal vez sea debido al psicoanálisis, pero ha adquirido una percepción tan profunda de las cosas...

LOUISE. — ¡El asado se me quema! (*Mutis apresurado.*)

QUENTIN. — Confío que no lo dilates demasiado, Lou. Sería maravilloso que publicases algo nuevo. Aunque más no sea, para demostrar a esos cretinos...

LOU (*mirando detrás de él*). — ¿Pero sabes una cosa? Es un texto de clase, y a juicio de Elsie, provocará nuevos ataques.

QUENTIN. — ¡Pero si la Comisión de Actividades Antiamericanas ya te ha interrogado! ¿Qué otro daño te pueden causar?

LOU. — Un nuevo ataque significaría mi separación del consejo de la Universidad. Gracias al voto de Mickey, me salvé la última vez. Cuando yo me negué a declarar, Mickey pronunció un discurso maravilloso en la reunión convocada por el decano.

QUENTIN. — Bueno, Mickey es así.

LOU.— Pero. Elsie, piensa... que si ahora publicase algo, atraería la tormenta. Y, sin embargo, desistir de ese libro es casi tanto como suicidarme. Todo lo que sé lo puse en él.

QUENTIN. — Lou, tienes derecho a publicarlo; haber sido comunista no es ser leproso... Si recurrimos a las izquierdas, fue solamente porque nos pareció que la verdad estaba allí. . . No debes avergonzarte.

LOU (*dolorido*). — ¡Sí, maldición! Salvo que... yo nunca te lo dije, Quentin... (*Mantiene su postura, desalentado.*)

QUENTIN (*al oyente, viniendo hacia el proscenio*).— ¡Sí! ¡El día que el mundo se acabó y ya nadie fue inocente de nuevo! ¡Con qué asombrosa rapidez se desplomó todo!

LOU (*habla directamente hacia el frente*).— Cuando volví de Rusia y publiqué mi estudio sobre la legislación soviética... omití muchas cosas que vi. Mentí. Creí que lo hacía por una buena causa, pero la mentira es lo único que se perpetúa. (*Entran ELSIE y LOUISE, hablando entre sí con aire de intimidad y sin que se las oiga.*) ¡Y ahora me parece tan extraño! Tengo mis defectos, pero nunca fui mentiroso. Lo hice en bien del partido, una vez y otra vez, un año tras otro. Por esa razón ahora, en ese libro mío, estoy tan decidido a ser sincero conmigo mismo. Como ves... lo que temo no es un ataque, sino verme obligado a defender mis propias mentiras increíbles. (*Se vuelve sorprendido y ve a ELSIE.*)

ELSIE. — Lou, me sorprendes mucho. Creí que en eso estábamos de acuerdo. (*Aparecen por el foro el PADRE y DAN.*)

LOU. — Sí, querida. Sólo quise conocer la opinión de Quentin.

ELSIE. — Se te salen los faldones de la camisa. (*Rápidamente, él los embute dentro de los*

pantaloncitos. A QUENTIN:.) Sin duda tú no crees que deba publicar nada.

QUENTIN. — Pero lo contrario parece...

ELSIE (*con alarma volcánica, contenida*).— ¡Pero, querido... ! ¡Esa es la situación! Lou no es como tú, Quentin; tú y Mickey pueden darse vuelta en el ajetreo de los tribunales, pero Lou es académico y nada más. Es incapaz de lanzarse a... (*Aparece la MADRE al lado del PADRE.*)

LOU (una sonrisa bobalicona que le cuesta trabajo, y riendo luego entre dientes). — Querida, yo no soy tan delicado. Yo...

ELSIE (*en un súbito arrebató de desprecio; a LOU:*).— ¡Es inútil que quieras engañarte!
MADRE.— ¡Cretino! ¿Y mis títulos?

Sorprendido, QUENTIN se vuelve súbitamente hacia la MADRE, que se yergue por encima del PADRE sentado y lo contempla acusadoramente.

QUENTIN (*siguiendo con la vista a la MADRE que se va*). — ¿Por qué creo que todo se desploma? ¿Es que alguna vez estuvo firme? ¿Y de quién es la culpa?

Mutis de la MADRE. El PADRE y DAN permanecen en la oscuridad, frígidos. LOUISE ahora se pone de pie.

LOUISE. — ¡Quentin!

QUENTIN *gira su vista hacia el suelo y luego al oyente...*

QUENTIN. — ¿No fue espantoso lo que Holga dijo?

LOUISE. — He decidido consultar a un psicoanalista.

QUENTIN. — Tomar la vida en los brazos... como un hijo imbécil.

LOUISE. — Te quiero hablar de algunas cosas.

QUENTIN.— ¿Pero hay quien pueda realmente hacerlo? ¿Besar su propia vida?

LOUISE (*desconcertada de momento*). — ¿Por qué no te sientas?

Ordena sus pensamientos. QUENTIN vacila, como si se sintiese dolorido al recordar y también porque por la época en que él pasó por esto la experiencia fue agónica. Y al acercarse a su silla, dirigiéndose al oyente:

QUENTIN. — Fue como... una reunión. En siete años no habíamos tenido una... lo que se llama una reunión. No, nunca. (*Pausa larga mientras cavila en la palabra que está tomando forma*) ...casados.

QUENTIN. — ¿Nosotros?

Es sincero lo que ella dice, pero LOUISE ha tenido que aprenderse las palabras y, por lo tanto, hay en la forma en que lo dice un dejo leve de fórmula.

LOUISE. — No me prestas ninguna atención.

QUENTIN (*para ayudarla*).—¿Te refieres a lo del viernes por la noche? ¿Cuando no te abrí la portezuela del auto?

LOUISE. — Sí, eso es parte de lo que quiero decir.

QUENTIN. — Pero ya te expliqué. Siempre abriste tú misma.

LOUISE. — Todo lo hice siempre yo misma; pero no quiere decir que esté bien. La gente se fija, Quentin.

QUENTIN. — ¿Qué?

LOUISE. — La forma en que me tratas. Como si yo no existiese. Lo común es que las personas se investiguen mutuamente. No soy tan falta de interés. Muchos, tanto hombres como mujeres, me consideran interesante.

QUENTIN. — Bueno, yo... *(No puede más.)* No sé qué es lo que intentas decir.

LOUISE. — No tienes idea de lo que es una mujer.

QUENTIN. — Pero yo te tomo en cuenta. Anoche, para no ir más lejos, te leí todo mi alegato.

LOUISE. — Quentin, ¿crees que leerle un alegato a una mujer es hablar con ella?

QUENTIN. — Pero eso es lo que a mí me preocupa ahora.

LOUISE. — Si eso es lo que te preocupa, ¿para qué quieres una mujer?

QUENTIN. — ¿Qué clase de pregunta es ésa?

LOUISE. — Eso es lo que debe preguntarse, Quentin.

QUENTIN *(pausa ligera; con miedo, sorprendido)*. — ¿Qué?

LOUISE. — ¿Qué represento para ti? ¿Alguna vez... me preguntas algo? ¿Algo personal?

QUENTIN *(crecientemente alarmado)*. — ¡Pero Louise! ¿Qué necesidad tengo de preguntarte nada? Ya te conozco.

LOUISE. — No. *(Se pone de pie, peligrosamente ofendida su dignidad.)* No me conoces. *(Pausa. Ahora sigue con cautela.)* No quiero seguir avergonzada de mí misma. Antes creí que sería lo normal; o que no me mirabas porque no merecía ser mirada. Pero ahora creo que en realidad no miras a ninguna mujer. Salvo en cierto sentido a tu madre. Adivinas sus sentimientos; te das cuenta si está triste o preocupada. Pero de mí, no. Ni de ninguna otra.

Aparece ELSIE en la segunda plataforma, a punto de dejar caer su salida como antes.

QUENTIN. — Eso no es cierto, sin embargo. Yo...

LOUISE. — Elsie también lo ha notado.

QUENTIN *(con sensación de culpa, reaccionando en contra de la visión de ELSIE)*. — ¿Qué?

LOUISE. — También ella se dio cuenta.

QUENTIN. — ¿Pero qué es lo que ha dicho?

LOUISE. — Que tú, al parecer, no adviertes cuando hay una mujer presente.

QUENTIN. — ¡Oh! *(Está desarmado, confuso y en silencio.)*

LOUISE. — ¡Y ya sabes cómo ella te admira!

Desaparece ELSIE. QUENTIN *asiente gravemente con un movimiento de cabeza. De pronto, se vuelve hacia el oyente y estalla en carcajadas agónicas e irónicas. Se calla bruscamente y vuelve al silencio ante LOUISE. Insegura; es la primera vez que intenta una confrontación:*

LOUISE. — ¡Quentin! *(Él permanece en silencio.)* ¡Quentin! *(Sigue el silencio.)* El silencio ya no resuelve nada, Quentin. No puedo vivir así.

QUENTIN *(pausa. Se arma de coraje)*. — Tal vez no hablo porque una vez te confesé lo que pensaba y en seis meses no te pudiste reponer de la impresión.

LOUISE *(enojada)*. — No fueron seis meses, sino unas semanas apenas. Mi reacción fue

exagerada, pero es comprensible. Volvías de un viaje y me dijiste que habías conocido a una mujer con la cual quisiste acostarte.

QUENTIN. — No fue así como lo dije.

LOUISE. — Fue exactamente así, Quentin. Y llevábamos un año de casados.

QUENTIN. — No fue así como te lo dije, Louise. Cometí una estupidez en contártelo, pero con todo te aseguro que quise que fuese un cumplimiento; no la toqué porque comprendí todo lo que tú significabas para mí. ¡Y durante casi un año me miraste como a un monstruo en el cual no pudieses confiar de nuevo... *(Inmediatamente al oyente.)* ¿Y por qué creo que ella tiene razón? ¿Dónde está el secreto?... Sí, ¡eso, eso! En la inocencia, ¿verdad? Los inocentes son siempre mejores, ¿no es cierto? ¿Pero por qué no puedo yo ser inocente? *(Se ilumina la torre.)* Aún esta carnicería... ¿Por qué hay algo en mí que baja la cabeza en este lugar como si fuese cómplice? *(Aparece la MADRE en el foro.)* Sí, por favor..., si crees saberlo *(Se vuelve hacia la MADRE)*, ¿en qué soy traidor?

MADRE. — ¡Cuánta poesía trajo a mi vida! ¡Strauss me comprendía! Y dos semanas después de la boda, tu padre me alargó la lista de los platos. ¡Para que la leyese!

QUENTIN. — ¿Eh? ¡Sí! Y para un chico... que sabe leer... ¡Un lector maravilloso aquel chico!

MADRE. — Quiero que tu letra sea hermosa, tesoro; quiero que seas...

QUENTIN. — ¡Un cómplice!

MADRE *(se vuelve hacia el PADRE, que sigue sentado en actitud de abatimiento)*. — ¿Y mis títulos? ¡Ni siquiera me dijiste nada! ¿Pero eres un estúpido? ¡Qué idiota!

QUENTIN *(mira cómo ella y el PADRE se marchan hacia la oscuridad, y, al oyente)*. — ¿Pero por qué el mundo es tan traicionero? *(En el foro aparece MICKEY, quien contempla de frente y en silencio a LOUISE.)* ¿Echamos la culpa de todo a las madres? ¿No hay madres que escondan su disgusto hasta la tumba, y no destrocen la fe de sus hijos hasta ser acusadas de lo que no han hecho? Pero quiero preguntar otra cosa, y esto es lo que más me desconcierta... ¿Está bien, realmente, no sentirse culpable por lo que hacen otros?

IKE y DAN *hacen mutis hacia la oscuridad. La torre se apaga.*

MICKEY. — ¿Te sientes orgullosa de él?

LOUISE. — Sí.

MICKEY *(viene hacia QUENTIN, quien se vuelve hacia él)*. — El alegato es estupendo, muchacho. Estuvo a punto de conmovirme. *(A LOUISE con una risita.)*

LOUISE. — Han venido Lou y Elsie.

MICKEY. — ¡Oh! No lo sabía. Te veo maravillosa, Louise. Te noto un gran entusiasmo.

LOUISE. — Gracias. Me encanta escucharte.

Ríe tímidamente y sin hacer ruido, mientras mira de reojo a QUENTIN, y se va.

MICKEY. — ¿Tienen algún problema?

QUENTIN *(turbado)*. — No creo. Se hace atender por un psicoanalista.

MICKEY. — Entonces tienen problemas. *(Menea la cabeza y ríe gozosamente.)* Pienso si no se habrán casado demasiado jóvenes. Yo cometí ese error... Aunque tú no haces cosas raras por ahí, ¿verdad?

QUENTIN. — No... No.

MICKEY. — Entonces, ¿por qué cuernos das esa sensación de sentirte culpable?

QUENTIN. — Hasta hace poco no me di cuenta que así fuese.

MICKEY. — ¿Sabes una cosa? Cuando a mí me ocurrió eso mismo, dediqué cinco minutos cada día nada más que a pensar en mi mujer como una extraña. Como si aún no me hubiese acostado con ella. Tienes que obligarte a sentir algún respeto por su misterio. Empieza con cinco minutos. Ahora yo ya puedo continuar hasta una hora.

QUENTIN. — De ese modo viene a parecer un juego, ¿no es eso?

MICKEY. — Bueno, es... ¿o no?... en cierto modo. En cuanto dos personas están juntas, ya es imposible ser absolutamente sincero. ¿No te parece? Quiero decir que ella no es una costilla tuya...

QUENTIN. — Sospecho que tienes razón, sí.

Pausa. LOU y ELSIE hablan fuera de escena. MICKEY camina a un punto y mira hacia abajo, como sobre un farallón.

MICKEY. — ¡Qué extraordinario es Lou! Míralo allí debajo; nunca aprendió a nadar; boga a manotones, igual que los perros. (*Vuelve.*) Yo lo apreciaba a ese hombre. Lo aprecio aún. Quentin, me han llamado a declarar.

QUENTIN (*sorprendido*). — ¡Oh, caramba! ¿La comisión?

MICKEY. — Sí. ¡Cómo deseé que vinieses a la ciudad cuando te llamé!... Pero ahora ya no importa.

QUENTIN. — Tuve el presentimiento de que sería algo así. Creo que yo... No quise saber nada más. Lo siento, MICK. (*Al oyente.*) Sí..., ¡no ver las cosas...! ¡Ser inocente!

Pausa larga. Les resulta difícil mirarse directamente.

MICKEY. — Ha sido espantoso, Quentin. Es extraño esto de... tener que analizar las cosas en que uno cree; no teóricamente, sino como cuestión de vida o muerte. Muchas de esas cosas no resisten la prueba.

QUENTIN. — Me parece que lo principal es no tener miedo.

MICKEY (*pausa*). — Creo que yo no temo nada ya. (*Pausa. Ambos permanecen sentados mirando adelante fijamente. Por último, MICKEY se vuelve hacia QUENTIN, que ahora lo mira de frente. MICKEY se esfuerza por sonreír.*) Es posible que dejes de ser mi amigo.

QUENTIN (*procura despachar la idea riendo; en su interior cunde el terror*). — ¡Oh! ¿Por qué?

MICKEY. — Voy a decir la verdad. (*Pausa.*)

QUENTIN. — ... ¿Cómo se entiende?

MICKEY. — Que voy a... dar nombres.

QUENTIN (*incrédulo*). — ¿Por qué?

MICKEY. — Porque... quiero hacerlo. Durante quince años, a cualquier sitio a que fuese, con cualquiera que hablase, tenía siempre la sensación de estar engañando a la gente.

QUENTIN. — ¿Pero por qué no te concretas a declarar lo tuyo?

Entra MAGGIE, que se acuesta en la segunda plataforma.

MICKEY. — Quieren nombres, y están decididos a aniquilar a quien no...

QUENTIN. — Creo que es un error, Mick. Todo esto pasará y tendrás que arrepentirte. De todas maneras, Max ya ha hecho declaraciones contra esta clase de cosas.

MICKEY. — Hablé con Max. Si no confieso, me echarán de la firma.

QUENTIN.— ¡No puedo creerlo! ¿Y DeVries?

MICKEY. — DeVries estaba presente, y burlón, y casi todos los otros. ¡ Si hubieses visto las caras cuando yo les conté! ¡Hombres con los cuales trabajo hace trece años! Jugamos al tenis; amigos íntimos, ¿sabes? Y apenas dije que había pertenecido al partido ... se me echaron encima como lobos. *(Se ilumina la torre.)*

QUENTIN *(al oyente)*.—¡Todo es uno y lo mismo! Ya ves. . . Yo ni siquiera sé lo que somos el uno para el otro...

MICKEY. — Yo no sé más que una cosa. Quentin. Quiero hacer una vida sin tacha, abierta...

Entra LOU con pantaloncillo de baño, y en el acto se sienta presa de gran alegría al ver a MICKEY. La torre se oscurece.

LOU. — ¡Mickey! Me pareció escuchar voces. *(Lo toma de la mano.)* ¿Como estás?

El abrazo en que se trenzan los dos los hace decaer el ánimo. Aparece HOLGA, trayendo flores, en la plataforma superior.

QUENTIN *(mirando a HOLGA)*. — ¿Cómo te atreves a prometer nada de nuevo! He sobrevivido a tantas promesas..., ¿sabes? *(Mutis de HOLGA.)*

LOU *(resumiendo, viniendo adelante junto con MICKEY.)*.— Estoy pensando si debo publicar mi libro ahora. Elsie teme que vuelva a despertarse la jauría...

MICKEY. — ¿Pero no es un riesgo que tienes que aceptar? Yo creo que un hombre debe afrontar las consecuencias de lo que ha hecho, de lo que es. Después de todo, fue obra tuya.

LOU. — Eso es exactamente lo que pienso. *(Lo toma del brazo.)* ¡Caramba, Mick! ¿Por qué no nos reunimos como antes? ¡Echo tanto de menos aquellas hermosas charlas! Por supuesto, sé que estás muy ocupado, pero...

MICKEY.— ¿Viene Elsie?

LOU.— ¿Quieres verla? Está en la playa; la podría llamar. *(Se pone en marcha, pero MICKEY lo detiene.)*

MICKEY. — ¡Lou!

LOU *(presintiendo algo extraño)*.— ¿Qué. Mickey?

QUENTIN *(mirando al cielo)*. — ¡Dios de las alturas!

MICKEY. — Me han citado.

LOU. — ¡No! *(MICKEY dice que sí con la cabeza, mira al suelo y LOU lo toma del brazo.)*
¡Oh! Lo siento enormemente. Mickey. Pero, ¿permítes que te diga una cosa? Es posible que te serene la mente. Una vez que estés delante de ellos, todo se vuelve tan enormemente simple...

QUENTIN.— ¡Oh, mi Dios!

LOU. — Todo desaparece como quien dice. . . salvo uno mismo. Y la propia verdad.

MICKEY *(pausa leve)*.—Ya comparecí ante ellos. Lou. Hace dos semanas.

LOU.— ¡Oh! ¿Entonces para qué quieren verte de nuevo?

MICKEY *(pausa. Una sonrisa estereotipada en el rostro)*.—Yo pedí que me escuchasen otra vez.

LOU *(intrigado, con los ojos muy abiertos)*. — ¿Por qué?

MICKEY *(expresa con cuidado su pensamiento)*.— Porque quiero decir la verdad.

LOU (*ante el primer atisbo de temor e incredulidad*).— ¿En... qué sentido? ¿A qué te refieres?

MICKEY.—Lou, cuando abandoné la sala de audiencias tuve la sensación de no haber hablado yo. Algo que no era yo lo había hecho, algo automático, inhumano. Me pregunté: ¿pero qué es lo que estoy protegiendo al negarme a contestar? Deja que termine, Lou. Tienes que hacerlo. ¿Al partido? Pero si yo desprecio al partido ya desde hace años. Exactamente igual que tú. Sin embargo, hay algo, algo que me cierra la garganta cuando pienso en dar los nombres. ¿Qué estoy defendiendo? Un sueño, un sueño de solidaridad. Pero el hecho es que no me siento solidario con la gente que podría nombrar... salvo en tu caso. Y no porque fuésemos comunistas juntos, sino porque juntos fuimos jóvenes. Porque nosotros... cuando hablábamos era como... una hermandad opuesta a toda la injusticia del mundo. Por lo tanto, ahora, en nombre de ese amor, debo ser leal conmigo mismo. Y la verdad, Lou, mi verdad es que creo que todo en el partido es conspiración... Déjame concluir. Creo que fuimos víctimas de un engaño. Tomaron nuestras ansias de justicia y las usaron para fines rusos. Y no me parece que podamos seguir volviendo la espalda a la verdad sólo porque eso mismo lo digan los reaccionarios. Mi idea es que procuremos separar nuestro amor al prójimo de esta ciénaga política. Y en esto que acabo de decir no hay nada que no nos hayamos dicho nosotros en los últimos cinco años.

LOU. — Entonces, ¿qué propones?

MICKEY. — Que vayamos juntos. Ven conmigo. Y contesta el interrogatorio.

LOU. — ¿Que revele... nombres?

MICKEY. — Sí, he hablado con todos los demás de la unidad. Están de acuerdo, salvo Ward y Harry. Éstos me insultaron de arriba abajo, pero eso ya lo descontaba.

LOU (*atónito*). — A ver si logro entender... ¿Me pides permiso para denunciarme? (*Pausa.*) ¡No puedes nombrarme! (*Empieza a temblar físicamente.*) Y si lo haces, Mickey, me habrás vendido para poner a salvo tu prosperidad. Me arruinarás. Destruirás mi carrera.

MICKEY. — Lou, creo que tengo derecho a saber exactamente por qué...

LOU. — Porque si todos faltaran a su fe, no habría civilización. ¡Por eso esta comisión es un hato de filisteos! Me sorprende que hables de verdad y de justicia refiriéndote a esa pandilla de mezquinos buscadores de publicidad. ¡De mí no conseguirán ni una sola sílaba! ¡Ni una palabra saldrá de mis labios! ¡No...! Tu departamento de once habitaciones, tu automóvil y tu dinero no valen eso.

MICKEY (*frígido*).— ¡Es mentira! No, Lou; no puedes reducirlo todo a dinero. ¡Estás mintiendo!

LOU (*se vuelve hacia él*). — En esto la verdad es una sola... que estás aterrado. ¡Te han comprado el alma! (*En el foro aparece ELSIE, escuchando. Entra LOUISE y mira.*)

MICKEY (*enojado, pero contenido*).— ¿Y tu alma, Lou? ¿Es sólo tuya?

LOU (*empiezan a asomar lágrimas en sus ojos*).— ¿Cómo te atreves a hablar de mi...?

MICKEY (*temblando de indignación*). — El que juega está expuesto a perder. ¿De dónde sacas ese tono de indignación moral? ¿Esa... integridad perfecta? Recuerdo, casualmente, que cuando volviste de tu viaje a Rusia, alguien te hizo tirar al fuego de mi chimenea la primera versión de tu libro.

LOU (*mira fuzgamente a ELSIE.*).— ¡Qué absurdo!

MICKEY. — Te vi quemar un libro lleno de verdades y escribir otro que decía mentiras. Porque ella te lo exigió, porque ella te infundió pavor, porque ella se ha apoderado de tu alma.

LOU (*blandiendo un puño en alto*).— ¡Yo te condeno!

MICKEY. — ¿Me condena tu conciencia o la de ella? ¿Quién me está hablando, Lou?

LOU. — ¡ Eres un monstruo!

LOU *prorrumpe en llanto y se aleja hacia ELSIE, con la cual se reúne a poca distancia. La cara de ella refleja horror. En la parte delantera del escenario, MICKEY se vuelve y mira de lado a lado a QUENTIN, en el borde más alejado de la luz y, leyendo los sentimientos de QUENTIN.*

MICKEY.—Supongo que buscarás otro que revise contigo el alegato. (*Pausa.*) Quentin... (*Indeciso, pero sin contradecirlo, QUENTIN se vuelve hacia él.*) Adiós, Quentin.

QUENTIN (*en un tono fofo, muerto*). — Adiós, Mickey. (*Mutis de MICKEY.*)

ELSIE.— ¡Es un idiota moral!

Entra HOLGA por lo alto. QUENTIN se vuelve hacia ELSIE; algo quizás en la mirada de él o en lo recóndito de la mente de ella la hace cerrarse la salida, que sostiene muy cerrada.

ELSIE.— (*a QUENTIN:*) ¿No es inconcebible eso? (*Mutis de LOUISE.*)

QUENTIN (*con calma*).— Sí.

ELSIE.— ¡Después de tanta amistad! ¡Tanto profesarse amor! ¡Y durante tantos años!

Va hacia Lou. Lo levanta y lo lleva afuera. Cobra vida la torre del campamento. QUENTIN se separa de este grupo y se vuelve despacio hacia la torre, mirando arriba. Desciende HOLGA, trayendo flores. Se encuentra a una distancia de QUENTIN, quien se vuelve hacia ella.

QUENTIN. — Tú... me amas, ¿verdad?

HOLGA. — Sí. (*Un instante de titubeo y él se vuelve rápidamente hacia el oyente y exclama:*) ¿Será que estoy buscando una constancia de cerebro sencillo que no existe ni existió jamás? (*Mutis de HOLGA*)

LOUISE. — Quentin, yo quiero entender a toda costa por qué te enojaste tanto conmigo la otra noche en la fiesta.

QUENTIN. — No me enojé. Lo que pasó, simplemente, fue que cada vez que intentaba hablar, me interrumpías para explicar lo mismo que yo quería decir.

LOUISE. — Bueno, había bebido algo. Estaba un poco alegre. Me sentía contenta, según creo, porque no tratabas de buscar un refugio, cuando eso era lo que hacían todos los demás.

QUENTIN. — Sí, pero allí se encontraban Max y DeVries y ellos no creen haber buscado un refugio. A mí no me preocupaba obtener una victoria moral sobre la firma, sino ganar el pleito de Lou. Tuve la sensación de que tu propósito era colocarme en una situación muy vulnerable.

LOUISE. — Quentin, noté que te enojabas cuando yo estaba hablando de la nueva vacuna contra el virus. El trata de recordar, creyendo que ella tiene razón. ¿Qué ocurre? En el instante en que yo empiezo a hacer valer mi personalidad, parecería que te sintieses amenazado. Pienso que no quieres que yo sea feliz.

QUENTIN (*hay un asentimiento fundamental en el tono de reconocida sorpresa*).—Te diré la verdad, Louise; presumo que ya no me siento muy seguro de mí mismo. Me alegro de haber tomado la defensa de Lou, pero hace muy poco se me ocurrió pensar que ningún

abogado respetable se hubiese atrevido. Es como descubrir que un cierto lazo de unión invisible entre personas no existe en realidad. Pero en el cual yo siempre he confiado de una manera u otra. Nunca hubiese creído que fuese tan fácil desentenderse de la gente. Y esto es mas importante que cualquier cuestión política. Y me tiene un poco asustado, por lo visto.

LOUISE (*anhelando compasión, pero sin acusarlo*).— En ese caso, convendrá que conozcas lo que yo sentí cuando encontré aquella carta en tu traje.

QUENTIN (*se vuelve hacia ella, con plena conciencia del momento*).— No perseguí ninguna intención de librarme de ti. Louise. (*Ella no responde.*) Creí que en cuanto a aquella muchacha ya estábamos de acuerdo. ¿Eso es todo lo que pasa? (*Ella sigue sin contestar*) ¿Sigues pensando que yo...?

LOUISE (*directamente a él*).— No sé qué es lo que buscas. Creí que hace varios años me habías contado la verdad acerca de esa mujer; pero después de lo que volvió a ocurrir esta primavera, ya no sé nada.

QUENTIN (*pausa*). — Bueno, pero... hasta esa fiesta de la otra noche... o, más bien dicho, durante todo este año, pensé que te sentías mucho más feliz. ¡Te lo juro por Dios, Louise! Me pareció que íbamos camino de algo... hasta la otra noche.

LOUISE. — ¿Pero por qué?

QUENTIN. — Desesperadamente he intentado demostrarte lo que pienso de ti. Lo has visto, ¿verdad?

LOUISE. — Quentin, estás lleno de resentimientos contra mí. ¿Me supones ciega?

QUENTIN. — Mi manera de sentir está siempre en el banquillo de los acusados. ¿Es que tú eres una espectadora inocente?

LOUISE. — Te dije que yo también contribuí. Durante un tiempo demasiado largo exigí mucho a cambio de nada.

QUENTIN. — ¿Quieres decir que el verano pasado no me planteaste la cuestión de que si yo no cambiaba pedirías el divorcio?

LOUISE. — ¡Nunca dije que yo estuviese pensando en un...

QUENTIN. — Dijiste que si las cosas llegaban a ese extremo, te divorciarías... ¿Eso no es contribuir?

LOUISE. — De todos modos, no es motivo para que un hombre ande por ahí haciéndole de médico a la primera mujer que se le pone por delante.

QUENTIN.— ¿Hasta dónde pretendes que me sienta avergonzado? Me pesa lo que hice. Pero creo que te lo expliqué. Me pareció que yo no era nadie ni nada. No debí hacerlo, pero lo hice; recurrí al único medio que conocía para...

LOUISE. — Eso es precisamente lo que yo digo, Quentin. Sigues defendiéndote. Aun ahora mismo. (*La verdad lo para en seco a él.*)

QUENTIN. — Sí, bien. Tú, en cambio, no tienes culpa ninguna, ¿verdad?

LOUISE.— ¿Qué culpa?

QUENTIN. — Por ejemplo, ¿nunca te das vuelta en la cama?

LOUISE. — Nunca te volví la...

QUENTIN.— ¡Me has vuelto la espalda en la cama, Louise, y yo no soy un idiota!

LOUISE.— ¿Y qué esperabas? Callado, silencioso. apoyas en mí una mano...

QUENTIN (*mustio*). — Bueno, tal vez yo no soy muy expansivo. (*Pausa ligera. El se lanza en busca de su compasión.*) Louise, por ti me preocupo el día entero... y la noche entera.

LOUISE (*esto es algo, pero no basta*).— Bien, tienes una hija. Supongo que ella te preocupa.

QUENTIN (*profundamente herido*).— ¿Y eso es todo?

LOUISE (*intensamente razonable*).— Mira, Quentin: necesitas una mujer que te rodee de... una atmósfera en que nunca haya incidentes, y donde puedas flotar en un baño constante de elogios...

QUENTIN. — Sí, un poco de elogio no me disgustaría. ¿Tiene algo de malo eso?

LOUISE.—Quentin, yo no soy una máquina de aplausos. No soy una sombra ni soy tu madre. ¡Soy una persona separada!

QUENTIN (*la mira fijamente y mira lo que hay más allá de ella*). — Lo comprendo ahora.

LOUISE.— ¡No es ningún delito! No, cuando una es adulta y sensata.

QUENTIN (*calmo*).— Presumo que no. Pero me dejas perplejo. Más aún, se me ocurrió eso mismo cuando comprendí que Lou había recorrido sus ex alumnos, uno a uno, y todos se negaron a tomar su defensa...

LOUISE.— ¿Qué tiene que ver Lou con esto? Me parece admirable que tú hayas...

QUENTIN.— Sí, pero yo hago lo que llamas una cosa admirable porque no me avengo a ser... una persona separada. Así lo creo. En realidad, no quiero ser conocido como un abogado rojo; y no quiero tampoco que los diarios me coman vivo; y si a ese extremo llegasen las cosas, Lou podría defenderse solo. Pero cuando sentado frente a mí, en el escritorio, tengo a ese hombre honesto y abatido, que nunca deseó nada más que el bien del mundo..., no sé cómo explicarle que mis intereses no son ya los mismos que los suyos y que si él no cambia, lo condenaré al infierno porque somos personas separadas.

LOUISE. — ¡Estás completamente confundido! La cuestión de Lou no tiene nada que...

QUENTIN (*buscando sus propias ideas*).— ¡Yo te estoy explicando mi perplejidad! Me parece también que Mickey se ha convertido en una persona separada...

LOUISE.— ¡Eres inconcebible!

QUENTIN. — Pienso en mi madre y me parece que también ella se convirtió...

LOUISE. — ¿Me estás identificando con...?

QUENTIN.— ¡Louise! Te estoy pidiendo que me expliques esto, porque aquí es donde ya no veo nada. Cuando finalmente te conviertes en persona separada, ¿qué demonios queda luego?

LOUISE (*con un cierto orgullo inseguro*).— La madurez.

QUENTIN. — No entiendo lo que eso significa.

LOUISE. — Significa darte cuenta de que otra persona existe. No por nada voy a ver psicoanalistas.

QUENTIN (*inquiriendo*).— A lo mejor es el síntoma de alguna cosa característica; pero yo te juro, Louise, que si tan sólo una vez por tu propia voluntad y pese a toda la razón que tengas... vinieses a mí y me dijese que algo, algo importante, había ocurrido por tu culpa, y que estabas arrepentida... se subsanarían muchas... (*En medio de su orgullo, ella guarda silencio, obstinada en no volver a descender de su pedestal.*) ¡Louise!

LOUISE. — ¡Dios mío! ¡Qué idiota! (*Mutis.*)

QUENTIN. — ¡Louise...! (*Mira sus papeles y las luces cambian. Se escucha una música alegre. Aparecen anónimos paseantes del parque, que se sientan o tiran por el césped.*) ¡Cuan pocos son los días que mantienen la mente en su lugar! Como un tapiz colgado con cuatro o cinco ganchos. En especial el día en que uno deja de convertirse en algo; cuando simplemente es algo. Supongo que es cuando los principios se desvanecen y en vez del tono gris confuso de lo que debe ser, empieza a verse lo que es. Aun el propio banco del parque parece cobrar vida, después de haber servido de soporte a tantos hombres reales. La palabra "ahora" es como una bomba tirada a través de una ventana y que hace "tic... tic...

tic..." Cruza una vieja que lleva un loro en una jaula. Ahora cruza una mujer que lleva un loro a pasear. ¿Qué será del loro cuando ella no esté? Todo de pronto tiene consecuencias. *(Una muchacha sencilla, con vestido de lana con mezcla de algodón, cruza leyendo una novela de quiosco.)* ¡Cuánto valor necesita una mujer sencilla! ¡Cuánta disciplina para no pegarle fuego al Museo de Arte! *(Aparece un negro pidiendo fuego.)* ¿Cómo es posible mantenerse tan limpio, teniendo el cuarto de baño en otro piso? Debe sentirse enfurecido al afeitarse. *(Solo.)* ¿Qué es lo que me ha hecho pensar que al finalizar el día, tengo forzosamente que ir a casa? *(Aparece MAGGIE, como buscando a alguien, al tiempo en que QUENTIN se sienta en el "banco del parque".)* ¡Ah! ¡Ahora sí! ¡Ésa es una verdad...! Simétrica, piel adorable, innegable.

MAGGIE. — Perdón, míster. ¿No vio a un hombre con un perrazo?

QUENTIN. — No. Pero vi a una mujer con un lorito.

MAGGIE. — No, no es él. ¿Ésta es la parada del ómnibus?

QUENTIN. — Sí, el letrero dice...

MAGGIE *(se sienta a su lado)*. — Yo estaba allí de pie cuando vino un hombre que traía un perro grande, me puso la correa en una mano, y se fue. Quise perseguirlo, pero el perro no se movía. Luego vino otro hombre, tomó la correa y salió disparado. No creo que el perro fuese realmente suyo. Más bien diría que era del primer hombre.

QUENTIN. — Pero evidentemente no lo quería.

MAGGIE. — Tal vez su idea fue que lo tuviese yo. Y se me ocurre que el otro lo vio simplemente y calculó que podría conseguir un perro sin pagar nada.

QUENTIN. — Bueno, ¿lo quiere usted?

MAGGIE. — ¿Cómo pretende que yo tenga un perro? Ni siquiera creo que permitan animales en la casa donde vivo. ¿Qué ómnibus es éste?

QUENTIN. — El de la Quinta Avenida. Ésta es la mano que va al centro. ¿Adonde quiere ir?

MAGGIE *(piensa)*. — Sí. podría ir allí.

QUENTIN. — ¿Adonde?

MAGGIE. — Al centro.

QUENTIN. — Pasan cosas muy extrañas, ¿verdad?

MAGGIE. — Bueno, ese hombre sin duda pensó que yo quería un perro. Me gustaría, si tuviese dónde ponerlo; pero ni siquiera tengo heladera.

QUENTIN.— ¡Sí! ¡Debe ser eso! ¡El hombre imaginó que usted tenía heladera!

Ella se encoge de hombros. Pausa. Él la mira mientras MAGGIE escruta la distancia por si viene el ómnibus. Él no encuentra nada que decir de momento.

LOUISE *(apareciendo)*.— ¡Tú no hablas a ninguna mujer... como mujer! ¿Crees que leerme el alegato es hablar conmigo?

Se sume en la sombra y desaparece. Presa de tensión, QUENTIN se agacha, apoyando los brazos en las rodillas. Mira a MAGGIE de nuevo.

QUENTIN *(con esfuerzo)*. — ¿De qué se ocupa?

MAGGIE *(como si él debiera saber)*.— Telefonista. En el conmutador. *(Ríe.)* ¿No me recuerda?

QUENTIN *(sorprendido)*. — ¿Yo?

MAGGIE. — Siempre lo... saludo más o menos, todas las mañanas, a través de la ventana.

QUENTIN (*una pausa breve*).— ¡Ah! ¡Al pasar por la oficina donde se atienden las visitas!

MAGGIE.— ¡Claro! ¡Maggie! (*Se señala a sí misma.*)

QUENTIN.— ¡Por supuesto! A veces me consigue comunicaciones.

MAGGIE.— ¿Creyó que yo me acerqué y me puse a hablarle porque sí?

QUENTIN.— No creí nada.

MAGGIE (*ríe*).— ¡Caramba! Lo que debe haber pensado. Claro, lo que pasa es que nunca me vio entera. Quiero decir que me vio sólo la cabeza por aquella ventanita.

QUENTIN.— Bueno, es un placer conocerla entera por fin.

MAGGIE (*ríe*).— ¿Vuelve a trabajar esta noche?

QUENTIN.— No. Me quedo a descansar unos minutos.

MAGGIE (*con un cierto sentido de la soledad de él*).— ¡Oh, qué lindo es hacer eso! (Mira indolentemente en torno. Él le dirige una mirada que la recorre el cuerpo liada abajo. *Levantándose.*) ¿Ése es mi ómnibus?

QUENTIN.— No sé exactamente adonde quiere ir.

Aparece un hombre; la divisa, mira en dirección al ómnibus y luego a ella, fijamente.

MAGGIE.— Deseaba encontrar uno de esos negocios en que hacen descuentos; acabo de comprar un fonógrafo, pero no tengo más que un disco. ¡Hasta pronto!

Está a medias retrocediendo y lo hace hacia el hombre.

HOMBRE.— Hay una en Veintisiete y la Sexta Avenida...

MAGGIE (*se vuelve, sorprendida*).— ¡Oh, gracias!

QUENTIN (*de pie*).— Hay una casa de discos a la vuelta...

MAGGIE.— ¿Pero hacen descuentos?

QUENTIN.— Todas descuentan...

HOMBRE (*pasándole a ella una mano bajo el brazo*). ¡Qué! ¿Un diez por ciento? Ven, preciosa; yo conseguiré fácilmente que te descuenten el cincuenta.

MAGGIE (*al hombre, empezando a irse*).— ¿De veras? ¿Pero uno de Elvis Presley?

HOMBRE.— Mira, te daré dos... Dos de Elvis Presley. ¡Vamos!

MAGGIE (*se detiene; se da cuenta repentinamente y desprende el brazo y vuelve*).— Perdóneme... Me... olvidaba una cosa.

HOMBRE (*alarga el brazo para sujetarla*).— ¡Diez! ¡Te daré diez discos! (*Grita.*) ¡No cierre la puerta! (*La toma.*) ¡Vamos!

QUENTIN (*yendo hacia él*).— ¡Eh!

HOMBRE (*soltándola; a QUENTIN*).— ¡Váyase a la porra! (*Sale presurosamente.*) ¡No cierre la puerta! ¡No cierre!

QUENTIN *sigue con la mirada al "ómnibus" que se va; luego se vuelve hacia ella. MAGGIE está absorta arreglándose el cabello, pero con una extraña expresión pastosa, alejada...*

QUENTIN.— Lo siento. Pensé que lo conocería.

MAGGIE.— No. Nunca lo había visto.

QUENTIN.— Entonces... ¿por qué se iba con él?

MAGGIE.— Dijo que sabía de un negocio. ¿Dónde está ése que usted nombró?

QUENTIN.— Tendré que pensar un poco. A ver...

MAGGIE.— ¿Puedo sentarme con usted? ¿Mientras piensa?

QUENTIN.— ¡Naturalmente! (*Vuelven al banco. El espera hasta que ella esté sentada; ella advierte la delicadeza, lo mira fugazmente y se sienta. Luego lo mira decididamente y por algún motivo sorprendida.*) ¿Le pasan a menudo esas cosas?

MAGGIE (*sin parar mientes en lo que dice*). — Muy a menudo.

QUENTIN.— Es porque les habla.

MAGGIE.— Si ellos me hablan, tengo que contestarles.

QUENTIN.— Cuando son groseros, no. Déjelos plantados.

MAGGIE (*lo piensa y luego, indecisa*). — Sí..., está bien. (*Como remotamente consciente de un mundo distinto, el suyo.*) Gracias, de todos modos..., por impedir que siguiese insistiendo.

QUENTIN.— Cualquiera lo hubiese hecho.

MAGGIE.— No. Se rien. Yo soy un chiste para ellos. ¿Va... a descansar mucho rato aquí?

QUENTIN.— Apenas unos minutos. Iba para mi casa... Antes no hice eso nunca.

MAGGIE.— ¡Oh! Parecería que lo hiciese siempre. Como si fuese capaz de quedarse sentado varias horas debajo de estos árboles..., pensando nada más.

QUENTIN.— No. Por lo general, me voy a casa directamente. (*Sonrisita.*) Siempre seguí de largo.

MAGGIE.— Pues bien, yo estoy pagando el fonógrafo todavía; pero los discos no los venden a plazos. ¿Se da cuenta?

QUENTIN.— Sin duda tienen miedo que se gasten.

MAGGIE.— ¡Ah, sí, debe ser por eso! Siempre me pregunté... Porque los fonógrafos se consiguen... ¿Lo sabía?

QUENTIN.— Estoy empezando a darme cuenta.

MAGGIE (*ríe*).— ¡Yo nunca me doy cuenta de esas cosas! La mitad de las veces, no entiendo por qué hacen lo que hacen. (*Ríe más hondamente. Ríe él.*) En Washington tenía unos diez o veinte discos, pero mi amigo se enfermó y tuve que irme. (*Pausa, Piensa.*) La familia vivía justo allá, en Park Avenue.

QUENTIN.— ¡Oh! ¿Se ha mejorado?

MAGGIE.— Se murió. (*Asoman lágrimas a sus ojos.*)

QUENTIN (*completamente perplejo*). — ¿Cuándo sucedió eso ?

MAGGIE.— El viernes. ¿No recuerda que la oficina estuvo cerrada todo el día?

QUENTIN.— ¿Pero está hablando... (*Atónito.*) del juez Cruse?

MAGGIE.— Sí.

QUENTIN.— No sabía que usted...

MAGGIE.— Sí.

QUENTIN.— Era un gran abogado. Y un gran juez también.

MAGGIE (*restregándose las lágrimas*). — Conmigo fue muy bueno.

QUENTIN.— Yo estuve en el entierro; sin embargo, no la vi.

MAGGIE (*con dificultad a causa de las lágrimas*).— La mujer no me dejó. Llegué al sanatorio antes de que muriese. Pero la familia me sacó a empujones... y yo oí que me llamaba: "¡Maggie! ¡Maggie!" (*Pausa.*) Insistieron en querer ofrecirme mil dólares. Pero yo no deseaba nada. Sólo quería decirle adiós. (*Abre la cartera, saca un sobre de oficio y lo abre.*) Tengo un poquito de tierra. ¿Ve? De su tumba. Me llevó su chofer: Alejandro.

QUENTIN.— ¿Lo amó mucho?

MAGGIE.— No. En realidad, lo dejé un par de veces.

QUENTIN.— ¿Por qué no del todo?

MAGGIE. — Él no quería.

QUENTIN. — ¡Oh! (*Pausa.*) ¿Y qué piensa hacer ahora?

MAGGIE. — Me gustaría conseguir ese disco. Si supiera dónde dan descuento...

QUENTIN. — No, quiero decir en general.

MAGGIE. — ¿Por qué? ¿Van a echarme del empleo?

QUENTIN. — Eso yo no lo sabría...

MAGGIE. — Aunque no me preocupa. Porque siempre puedo volver al cabello.

QUENTIN. — ¿Al qué?

MAGGIE. — Yo hacía demostraciones de lociones para el pelo. (*Ríe, se rocía el cabello con un frasco imaginario.*) Es que tengo un cabello muy fuerte, ¿sabe? El pelo de mi madre. Y no está reseco. ¿Se da cuenta de que no tengo el cabello reseco? La mayoría de las mujeres lo tienen reseco. Toque, tóquelo... (*Él ha levantado la mano hacia la cabeza de ella, pero repentinamente la baja*) ¡Oh, permíteme!

QUENTIN. — No es nada.

MAGGIE. — Pensé que querría tocarlo.

QUENTIN. — Claro.

MACOTE. — Entontes, toque. Es decir, si quiere.

Ella agacha la cabeza hacia él de nuevo. Él la toca en la nuca.

QUENTIN. — Sí, es muy suave.

MAGGIE (*con orgullo*). — Una vez me cambié de paje a globo en menos de diez minutos.

QUENTIN. — ¿Por qué dejó ese trabajo?

MAGGIE (*un estudiante la mira*). — Empezaron a mandarme a convenciones y otras cosas. Y una, ¿sabe?, tiene que ser buena con los que vienen del campo.

QUENTIN. — ¡ Ah, sí!

MAGGIE. — Hubo cosas que no me gustaron... ya. (*Mira a un estudiante sentado cerca.*) ¿Verdad que son preciosos cuando levantan la vista de los libros?

El estudiante se marcha turbado. Ella se vuelve liada QUENTIN, riendo. Él la contempla cariñosamente, sonriendo. Un reloj da las ocho en un campanario lejano.

QUENTIN. — Bueno, ahora tengo que irme.

MAGGIE. — Perdona que le haya puesto la mano en mi cabeza.

QUENTIN. — No es nada. Yo no soy un lobo feroz. (*Ríe quedamente, turbado.*)

MAGGIE. — No está mal ser tímido. (*Pausa. Se miran.*)

QUENTIN. — Eres muy hermosa, Maggie.

Ella sonríe; se endereza como si las palabras de él hubiesen entrado en su ser. Me gustaría que supieras cuidarte.

MAGGIE. — ¡Oh! (*Sostiene en alto una parte del vestido en que hay un descosido.*) Esto se me descosió en el ómnibus esta mañana. Voy a coserlo en casa.

QUENTIN. — No me referí a eso. (*Las miradas se cruzan de nuevo. Ella parece sentirse castigada.*) No es que te critique. Nada de eso, ¿entiendes? Ella asiente, absorta en el rostro de él.

MAGGIE. — Entiendo. Creo que voy a dar un paseo por el parque.

QUENTIN. — No lo hagas. Está oscureciendo.

MAGGIE. — ¡Pero el parque es hermoso de noche! Una vez dormí aquí cuando en mi cuarto hacía un calor horrible.

QUENTIN. — No debes hacer eso. La mayoría de los animales que andan sueltos por este lugar no son como los del zoológico.

MAGGIE. — Bien. Iré a buscar el disco entonces. Perdóname por lo del cabello, si es que te dio vergüenza.

QUENTIN (*ríe*). — No.

MAGGIE (*se toma la nuca*). — Lo que pasa, sencillamente, es que no tengo el cabello reseco. (*Él asiente con un movimiento de cabeza.*) Voy a coser esto en casa. (*Él asiente. Ella señala el parque, al foro.*) No es que yo quisiera dormir aquí, no. Lo que pasó fue que me quedé dormida. (*Se levantan ahora unos jóvenes, que la contemplan.*)

QUENTIN. — Entiendo.

MAGGIE. — Bueno, ¡hasta la vista! (*Ríe.*) ¡Si no me despiden!

QUENTIN.— ¡Adiós!

MAGGIE pasa junto a dos hombres, quienes echan a andar detrás de ella, hablandóle a los oídos a la vez. MAGGIE no se vuelve ni contesta. Ahora un grupo de hombres está empezando a rodearla. QUENTIN, angustiado, va a separarla de ellos.

QUENTIN.— ¡Maggie! (*Saca un billete del bolsillo.*) ¿Por qué no tomas un taxi? Yo te invito. Allí hay uno. (*Señala y silba.*) Corre... Tómalo.

MAGGIE. — ¿Adonde... le digo que me lleve?

QUENTIN.—Al centro. Pasando la calle Cincuenta. Tienes dinero suficiente.

MAGGIE. — Bueno, adiós. (*Retrocede.*) ¿Vas a descansar más aquí?

QUENTIN. — No sé.

MAGGIE.— ¡Oh! ¡Qué hermoso es eso!

Los dos hombres siguen con las miradas el auto que se aleja y luego se marcha. Entre ellos penetra LOUISE siguiendo a su asiento de delante. MAGGIE se vuelve, va a la segunda plataforma y se acuesta como antes. QUENTIN viene hacia LOUISE, y permanece de pie a unos metros de ella, mirándola con aire optimista. Sin advertirlo, LOUISE lee.

QUENTIN. — Sí. Tiene piernas, pechos, boca, ojos... ¡Qué bella! Es una mujer que me pertenece. ¡Todo un milagro! ¡En mi propia casa! (*Camina hacia ella, se agacha y la besa. Ella levanta la mirada sorprendida, perpleja.*) ¡Hola! (*LOUISE sigue mirándolo, consciente de un espacio libre y abierto en el mundo, como el mar.*) ¿Qué pasa? (*LOUISE sigue sin hablar.*)

LOUISE. — Nada.

Vuelve a su libro. Intrigado y decepcionado, él sigue mirándola y luego empieza a sacar papeles. Cierra la puerta si vas a escribir a máquina.

QUENTIN. — Lo hago siempre.

LOUISE.— Siempre, no.

QUENTIN. — Casi siempre. (*QUENTIN está a punto de echarse a reír y se siente alegre,*

pero ella no tiene ganas de divertirse y vuelve a su libro. Él se pone en marcha hacia el dormitorio. Se detiene.) ¿No podríamos cenar fuera de casa mañana por la noche? Antes de la reunión de padres.

LOUISE.— ¿Qué padres?

QUENTIN.— Los de los chicos del colegio.

LOUISE.— Eso fue esta noche.

QUENTIN (*sorprendido*).— ¿Sí?

LOUISE.— ¡Claro! Yo vengo de allí.

QUENTIN.— ¿Por qué no me lo recordaste cuando te llamé esta tarde? Sabes que me olvido siempre de esas cosas. Te dije que deseaba hablar con la maestra de la nena.

LOUISE (*un poco más mordaz*).— Cada uno hace lo que desea hacer. Quentin. (*Un grito involuntario.*) ¡Y dijiste que esta noche tenías trabajo! (*Vuelve a su libro.*).

QUENTIN.— No trabajé.

LOUISE (*siempre leyendo*).— Ya lo sé.

QUENTIN (*sorprendido*).— ¿Cómo lo supiste?

LOUISE.— Bueno, en primer lugar... porque Max llamó a las siete y media.

QUENTIN.— ¿Max? ¿Para qué?

LOUISE.— Al parecer, toda la junta directiva estaba en su oficina y querían verte esta noche. (*Él se lleva una mano a la cabeza; en el rostro se le refleja alarma.*) Para ser más exacta, llamó tres veces.

QUENTIN.— ¡Dios mío! Yo... ¿Cómo he podido hacer eso? ¿Qué número tiene en su casa?

LOUISE.— La guía está en el dormitorio.

QUENTIN.— Teníamos que discutir si yo puedo ocuparme de la defensa de Lou. De Vries se quedó en Nueva York sólo para... dejarlo decidido. (*Se interrumpe.*) ¿Cuál es el número de Max? Hudson 6... ¿Qué número?

LOUISE.— La guía está al lado de la cama.

QUENTIN.— Lo sabes de memoria. Hudson 6 y... ¿qué más?

LOUISE.— Está en la guía. (*Pausa. Él la mira, intrigado.*) Yo no soy tu índice telefónico. Puedes recordar los números exactamente igual que yo. Por favor, no uses ese teléfono, que la podrías despertar.

QUENTIN (*se vuelve*).— No tuve intención de llamar desde allí.

LOUISE.— Pensé que querías hablar en privado.

QUENTIN.— No hay nada de "privado" en este asunto. Se trata de lo que comes. La reunión estaba convocada para ver si yo tenía que separarme de la firma hasta que terminase el proceso contra Lou... O quizás para siempre. (*Recuerda el número y va al teléfono.*) ¡Ya lo recuerdo! Hudson 6...

Ella lo sigue con la vista mientras él va al aparato. Él lo toma, marca un número... y ella, muy contra su voluntad.

LOUISE.— Ése es el número viejo.

QUENTIN.— Hudson 6-9178.

LOUISE.— Lo cambiaron. (*Una pausa.*) Ahora es LT 3-0972.

QUENTIN (*ella no lo mira de frente; él presiente lo que cree es una victoria*).— Gracias. (*Se pone a marcar el número nuevamente, deja el teléfono apoyado. Ella se sienta; hay un reconocimiento de una debilísima especie de fracaso en ella.*) No sé qué decirle. (*Ella no habla.*) Convinimos que todos volveríamos después de cenar. Parecerá idiota que me haya

olvidado.

LOUISE. — A lo mejor sentiste miedo.

QUENTIN.— ¡Pero si toda la tarde estuve tomando notas de lo que pensaba decir esta noche! ¡Es increíble!

LOUISE (*con aviesa intención*).—Tal vez no te das cuenta del miedo que tenías.

QUENTIN. — Sí, tal vez. Hoy dijo una cosa horrible... Max. Procuraba convencerme de que abandonase la defensa y yo le dije: "Debemos cuidarnos mucho de cambiar de conducta sólo porque el país se ha vuelto histérico". Me pareció que no le decía nada del otro mundo, pero él... Nunca me había mirado de ese modo... como si de pronto nos hallásemos parados en dos montañas muy distantes entre sí. Y contestó: "Yo no sé que haya histeria. Por lo menos, en esta oficina".

LOUISE. — ¿Por qué te sorprende todo eso? Max no va a poner en peligro la firma entera para defender a un comunista. ¡Cómo te gusta convertir en parientes a todos los demás! Si tanto te interesa la defensa de Lou, lo mejor sería que renunciases. No es posible estar en la procesión y verla desde el balcón.

QUENTIN (*pausa*). — ¿Crees que debo renunciar?

LOUISE (*asintiendo con la cabeza, enfáticamente*). — Lo que tienes que hacer es decidir cuál es tu sentimiento acerca de un cierto ser humano... y nada más. Siquiera una vez en tu vida. Es posible que entonces decidas lo que debes sentir hacia otros seres humanos. Clara y definidamente.

QUENTIN. — Dicho con otras palabras..., dónde estuve esta noche.

LOUISE. — Me es indiferente donde hayas estado.

QUENTIN (*pausa*). — Me quedé sentado un rato en el parque. Conocí a una muchacha. Pasó por casualidad, una telefonista de la oficina. Tal vez no debiera hacerlo, pero voy a contártelo. Muy estúpida, zonza. Duerme en el parque, llevaba el vestido roto. Dijo cosas ridículas. Pero hubo algo que me llamó la atención; no defendía nada, no sostenía nada, no acusaba. . . Estaba simplemente allí, como un árbol o un gato. Fue una cosa extraña. Me sentí abstracto a su lado. Y comprendí que estábamos matándonos con abstracciones los unos a los otros. Yo definiendo a Lou por cariño, pero la sociedad transforma ese cariño en una especie de traición, lo que ellos llaman "un plan subversivo", con lo cual terminan sospechando de mí y odiándome. ¿Por qué no hablamos con la voz que alienta por debajo de esas "subversiones", con nuestra incertidumbre real? Acabo de llegar a casa y sentí un enorme deseo de sincerarme contigo. Y que tú te sincerases conmigo. Parece absurdo, pero esta ciudad está llena de gente que corre al encuentro de otro. Está llena de amantes...

LOUISE. — ¿Y ella qué dijo?

QUENTIN. — Por lo visto, hice mal en contártelo.

LOUISE.— ¿Por qué?

QUENTIN. — Louise... No sé qué es lo que me está permitido decir.

LOUISE (*asiente con la cabeza*). — No sabes qué es lo que tienes que ocultar.

QUENTIN (*indignándose*).— Está bien; no ocultemos nada. Pude acostarme con ella fácilmente. (LOUISE *se enrojece y se pone tensa*.) No lo hice porque pensé en ti... y en una forma nueva..., como una extraña a quien nunca había llegado a conocer. Y en virtud de un milagro, me estabas esperando, en mi propia casa.

LOUISE. — ¿Qué quieres, que te felicite? No supondrás que una mujer verdadera se acueste con el primer hombre que se le aparece en el camino. O que un hombre verdadero se acueste con todas las mujeres que lo acepten. Sobre todo una ramera, como evidentemente era ésa.

QUENTIN. — ¿De dónde sacas que sea una...?

LOUISE (*ríe*). — ¡Perdóname! No quise ofenderla. ¡Eres imposible! Supongamos que yo llego a casa y le digo que había conocido... a un hombre en la calle con el cual sentí deseos de acostarme... porque a causa de ese hombre, la ciudad se me aparecía llena de amantes...

QUENTIN (*humillado*).— Entiendo. Discúlpame. Me enojaría yo también, pero comprendería que habías luchado... Y me preguntaría... o tal vez tuviese el valor de preguntártelo a ti. . . en qué había fracasado yo.

LOUISE. — Bueno, me has dado un preaviso. Entiendo el mensaje. (*Se pone en marcha para el mutis.*)

QUENTIN. — Louise, ¿es que nunca dudas de ti misma? ¿Te parece suficiente con demostrar una tesis... o hasta ganar en la disputa... (*Grita.*) mientras por dentro nos estamos muriendo?

Entra MICKEY por el borde del escenario. ELSIE viene por la segunda plataforma, abriendo su, salida de baño como antes.

LOUISE (*se vuelve, en plena posesión de sí misma*).— Yo no estoy muñéndome. No soy yo quien quiere destruir esto. Y eso es lo único de que se trata. Lo único de que se ha tratado estos últimos tres años. No me necesitas. (*Mutis.*)

QUENTIN.— ¡Dios mío! ¿Será posible que eso sea cierto?

MICKEY. — Una sola cosa te puedo yo decir, muchacho. Nunca te sientas culpable.

QUENTIN.— ¡Sí! (*Busca fuerza y se estira hacia el foro.*) Sí. (*Pero su convicción es vacilante; se vuelve hacia la visión.*) Pero si te hubieras sentido más culpable, quizás no hubieses...

ELSIE (*cerrando la salida*).— ¡Es un idiota moral!

QUENTIN.— ¡Sí! En eso tienes razón. Y, sin embargo..., ¿qué cuernos es la moral?... ¿Y quién soy yo... para atreverme a hacer esa pregunta? Pero un hombre debe saberlo; un hombre decente conoce la respuesta como conoce su propio rostro. (*Viene LOUISE, trayendo una sábana doblada y una almohada.*)

LOUISE. — No quiero dormir contigo.

QUENTIN. — ¡Louise, por amor de Dios!

LOUISE. — Me repugnas.

QUENTIN. — Pero cuando amanezca, Betty verá...

LOUISE. — Eso lo debiste pensar antes. (*Llama el teléfono. Ella mira las sábanas y no hace nada por atender.*) ¿Le diste este número? (*Teléfono de nuevo.*) ¿Se lo diste? (*Dicho esto, ella va a pasos largos al teléfono.*) ¡Hola!... ¡Ah, sí! Está aquí. Un momento, por favor.

QUENTIN. — No puedo dormir aquí fuera. No quiero que Betty lo vea.

Va al teléfono y lanza una mirada que denota odio.

LOUISE. — Es Max.

QUENTIN (*al teléfono*).— ¡Max! Lo siento mucho, se me borró de la memoria completamente. No sé cómo explicarlo, fue una laguna mental..., me parece... (*Pausa.*) ¿La radio? No. ¿Por qué? ¡Qué!... ¿Cuándo? (*Pausa larga.*) Gracias... por hacérmelo saber. Sí, estuvo. Buenas noches... Sí, nos veremos de mañana. (*Cuelga. Pausa. Permanece inmóvil mirando fijamente.*)

LOUISE. — ¿Qué pasa?

QUENTIN. — Lou. Lo mató esta noche un tren del subte.

LOUISE (*jadea*). — ¿Cómo?

QUENTIN. — No saben. Dicen que "se cayó o se tiró".

LOUISE. — ¡No pudo tirarse! Lo empujó la gente sin duda.

QUENTIN. — No hay mucha gente a las once de la noche. Eran las once.

LOUISE. — ¿Pero por qué? Lou se conocía bien. Sabía dónde estaba parado. ¡Es imposible!

QUENTIN (*mirando fijamente*). — Tal vez no es bastante... conocerse uno mismo. O quizás sea demasiado. Yo creo que se mató.

LOUISE. — ¿Pero por qué? ¡Es inadmisibile!

QUENTIN. — Cuando lo vi anoche, dijo una cosa espantosa. Procuré no oírlo. (*Pausa. Ella espera.*) Que yo resultaba ser el único amigo que él tenía.

LOUISE (*con sinceridad*). — ¿Y eso fue espantoso?

QUENTIN (*evasivamente, casi furtivamente*). — Lo fue. No supe por qué. (*Mientras en sus ojos se forman lágrimas, viene hacia el oyente.*) ¡No me atreví a saber por qué! Pero ahora me atrevo. Fue espantoso porque yo no era tampoco su amigo y él lo sabía. Me había mantenido fiel hasta el último momento, pero me indignaba el peligro latente para mí y él había visto claramente a través de mi lealtad; y no me decía qué buen amigo era yo, sino que me imploraba que lo fuese. "Por favor, sé mi amigo, Quentin"; eso es lo que estaba diciéndome. "Me ahogo, tírame una cuerda". Pero yo quise salir del aprieto, ser otra vez un buen norteamericano, purificarme de nuevo... y lo demostré con la alegría..., la alegría... la alegría que sentí al saber que mi peligro se había estrellado entre las ruedas del tren subterráneo. No es, pues, grotesco para mí... (*La torre surge resplandeciente a la vista y él recorre con sus ojos el camino hasta ella.*) Esto no es una loca aberración que conmigo comete la naturaleza humana. Imagino sin esfuerzo a los contratistas, completamente normales, con sus cigarros de hoja; a los carpinteros y plomeros sentados plácidamente en sus baldes a la hora del almuerzo;... veo tendiendo los caños que se llevarían de esta mansión la sangre derramada; buenos padres, hijos amorosos, agradecidos de que algún otro hubiese de morir, que no fuese ellos... ¿Y cómo es posible que eso lo entienda el que es inocente? ¿Cuando en algún recóndito rincón de su alma no hay complicidad... con esa alegría, esa alegría, esa alegría cuando uno se libera cíe un peso que lo abrumba... y queda salvado? (*Se percibe la respiración de MAGGIE. QUENTIN se vuelve hacia ella, dolorido; viene a quedarse de pie a un lado de las sábanas y la almohada tiradas en el suelo, y LOUISE está en él otro lado.*) Necesito dormir. Estoy muy cansado. (*Se agacha para levantar las sábanas. Ella hace un movimiento que no logra materializarse, intentando tomar la almohada.*)

LOUISE (*con gran dificultad*). — Siempre... me sentí orgullosa de que aceptases la defensa de Lou. (*Él levanta las sábanas y la almohada y queda de pie, esperando.*) Fuiste... valiente.

Ella permanece en el sitio, con las manos vacías, sin mirarlo del todo.

QUENTIN. — Me encanta que lo pienses así.

Pero no hace ningún movimiento tampoco. Los segundos pasan marcados con el tic-tac del reloj. Ninguno de los dos puede ser menos obstinado en su pedido de perdón o gracia.

QUENTIN. — *(Con dificultad.)* Y que me lo hayas dicho. Gracias.

LOUISE. — Pero... de ese modo... Eres sincero. Te lo he dicho a menudo.

QUENTIN. — ¿Últimamente?

LOUISE. — Buenas noches.

Hace un movimiento como para marcharse, y él tiene clara sensación de la mala gana con que ella se va.

QUENTIN. — Louise, si algo he tratado de hacer es ser honesto contigo.

LOUISE. — No, lo que has procurado es mantener encendidos los fuegos del hogar y ver mundo al mismo tiempo.

QUENTIN. — ¡Así que, en fin de cuentas, yo no soy más que un farsante y un taimado!

LOUISE. — Sólo eso, no; pero casi.

QUENTIN. — Y no hay lucha. Ni hay dolor. No lucho por encontrar un camino que me lleve de vuelta hacia ti.

LOUISE. — Ésa no es tu lucha.

QUENTIN. — Y entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

LOUISE. — Yo...

QUENTIN. — ¿Para qué diablos te estás comprometiendo si eres tan maldecidamente honesta?

Mientras dice esto empieza a moverse con los puños cerrados hacia ella y ella retrocede, aterrada y extrañamente viva. Con su mirada advierte el movimiento de abortada violencia y se mantiene muy erecta y al mismo tiempo lista para escapar.

LOUISE. — Estuve esperando que la lucha empezase. Él se siente pasmado... por la sinceridad de ella, por su inexorabilidad.

Mirándolo fijamente, ella se vuelve y hace mutis.

QUENTIN *(a solas, consigo mismo)*. — ¡Dios Santo! ¿Es posible que haya más aún? ¿Es posible que haya algo peor? *(Se vuelve liada el oyente.)* ¿Ves? ¡Eso es lo que me resulta increíble...; tres años más! ¿Acaso esperé que algo nos salvase? De pronta, sabe Dios por qué, pensé que ella alargaría una mano y yo una mía. Y reiríamos, reiríamos, sin dejar de reír mientras llegaba de nuevo a su querido rostro, que me miraría a los ojos... No puede seguir. Mira a la distancia. De nuevo a alguna clase de sonrisa salvadora y eterna. Tal vez por eso he vuelto. Sigo creyéndolo todavía. Que en el fondo somos amigos. No logro comprender este mundo; todo este odio no tiene realidad para mí. *(Se vuelve hacia su "living room", las sábanas. LOUISE no está.)* ¡A la cama, como un perro, en mi propio living-room! ¿Cómo es posible que eso sea necesario? Luego ve a buscarla, ábrele el corazón, confíesale tu lascivia, el misterio de las mujeres..., díselo todo... *(Se ha desplazado hacia donde ella hizo el mutis y ahora se detiene.)* Pero yo lo hice. De modo que la verdad, en fin de cuentas, puede ser simplemente homicida. La verdad mató a Lou; aniquiló a Mickey. Pero entonces, ¿cómo debe uno vivir? ¿Con una mentira viable? ¡Eso es el resultado de una conciencia clara! ¡O muerta! No ver el propio mal... ¡He ahí el poder! ¡Y la rectitud también! ¡Matar la conciencia! ¡Matarla! *(Mirando fugazmente hacia la salida de ella)* Saberlo todo, no reconocer nada, afeitarse muy bien la cara, recordar los

cumpleaños, abrir las portezuelas de los autos, perseguir a Louise no con la verdad, sino con atenciones. No dar seguridades en nada que pueda comprometer. En la cama ser absoluto. Y de ese modo ser un hombre... y ver mundo. Y, por la mañana, ¡un puñal en el corazón de esa hijita querida! (*Arrojándolo hacia el sitio por donde salió LOUISE.*) ¡Perra! (*Se sienta.*) Diré que estaba resfriado. Y no quise contagiar a mamá. (*Disgustado.*) ¡Pa...! ¡Papapapapa! (*Resopla y trata de hablar por la nariz.*) Tengo un resfriado de nariz, queridita. . . (*Gime. Pausa. Mira fijamente; ha llegado a un punto muerto. Se percibe el ruido de un avión a chorro. Viene un changador del aeropuerto, trayendo dos valijas, mientras HOLGA, vestida con traje de viaje, aparece y mira en torno, buscando a QUENTIN. Un avión a chorro distante ruge al levantar vuelo. QUENTIN mira la hora en su reloj y, avanzando hacia la silla.*) Las seis. Aeródromo de Idlewild. (*Ahora levanta la vista en dirección a HOLGA, quien aún sigue buscándolo como si hubiese una multitud en la plataforma superior.*) ¡Es que la evidencia es mala para las promesas! ¿Pero de qué manera se llega al mundo... sino con una promesa? Y, sin embargo, no debo olvidar la forma en que me despierto. Abro los ojos todas las mañanas como un niño... ¡Aun ahora! ¡Aun ahora! Eso es lo más cercano a la verdad que yo conozco, pero ¿dónde está la evidencia? ¿O se trata simplemente de que mi corazón sigue latiendo?... Sí, por supuesto. Puedes irte. Yo te esperaré. (*Con su mirada sigue al oyente que parte; ahora se levanta y va tras él hasta el foro.*) ¿No tienes inconveniente en que me quede? Desearía dejar mis dudas resueltas. Aunque en realidad, yo... (*Ríe*) sólo vine a saludarte.

Se vuelve hacia el público. Mira fijamente, y en él ahora, al estar a solas, hay una clase distinta de relación nerviosa. La escena se encuentra a oscuras, sin más luz que la que alumbra a QUENTIN. Ahora se ve la torre y MAGGIE está en la segunda plataforma, cerca de él. De pronto ella se levanta.

MAGGIE.— ¡Quentin! ¡Quentin!

QUENTIN (*en una agonía*).—Ya voy a lo tuyo, tesoro. (*Cierra los ojos.*) ¡Ya voy!

Al hacer funcionar un encendedor, que tiene aplicado a un cigarrillo, saltan chispas. Toda la luz desaparece.

ACTO SEGUNDO

El escenario está a oscuras. Se ve una chispa; arde una llama. Al iluminarse la escena, aparece QUENTIN encendiendo el cigarrillo; no ha transcurrido tiempo alguno. QUENTIN sigue esperando que vuelva el oyente y camina abstraído unos pasos; mientras hace esto, se oye el motor de un avión del aeropuerto: "...de Francfort llega en este momento a la plataforma nueve, y los pasajeros harán el favor de...". El farfuleo se torna confuso y en el mismo instante vemos a HOLGA, bellamente vestida, que camina a la plataforma superior con la compañía de un changador, quien deja sus valijas y se va. Ella mira en torno, como si estuviese en medio de una muchedumbre, hasta que por fin ve a QUENTIN, se pone de puntillas y saluda con las manos.

HOLGA.— ¡Quentin! ¡Aquí! ¡Aquí! *(Abre los brazos y es evidente que él se le acerca.)*
¡Hola! ¡Hola! *Él se vuelve al oyente, que ha regresado y está delante, y desciende y viene hacia él.*

QUENTIN. — Está bien, está bien. No tuve inconveniente en esperar. ¿De cuánto tiempo dispongo?

Se sienta en el borde inferior del escenario, y mira la hora en su reloj. MAGGIE aparece en la segunda plataforma, con vestido de boda de encaje; LUCAS, modista, está de pie sosteniéndole el velo. MAGGIE se encuentra nerviosa en un borde de la vida, y se mira en un espejo.

QUENTIN. — *(Al oyente)* Creo que ahora puedo ser más explícito.

MAGGIE *(en un éxtasis de miedo y esperanza)*. — ¡Está bien, Carrie, dígame que entre! *(Como probando la forma en que salen las palabras afiladas.)* ¡Que entre mi marido!

CARRIE *(camina unos pasos hasta un cierto punto; se detiene)*. — Ya puede verla, señor Quentin. *(Desaparecen. QUENTIN sigue con el oyente.)*

QUENTIN. — ¡Me confunde la muerte del amor! ¡Y mi parte de culpa en ello! *(HOLGA vuelve a la luz, buscándolo en el aeropuerto.)* Esta mujer está de mi parte; de eso no tengo duda. Y no quisiera pasar por otra acusación. Por lo menos, de ella. *(HOLGA saluda con la mano y hace mutis. Él sigue de pie, agitado.)* De pronto me pregunto por qué vuelvo a correr el riesgo. Salvo... *(Aparecen FELICE y la MADRE)* ¿Has tenido alguna vez la sensación de verte... tal como eres... absolutamente? Es posible que lo haya soñado, pero juro que en algún lugar de mi camino... creo que con Maggie... durante una fracción de segundo ¡mi vida; lo que había hecho yo, lo que otros me hicieron y aun lo que debía hacer. Esa visión queda a veces suspendida detrás de mi cabeza, ciega ahora, blanqueada como la luna en la mañana; y con sólo que pudiese entrar algo de oscuridad, brillaría nuevamente. Creo que en ello había algo que ver con el poder. *(Se aproxima FELICE, a punto de quitarse el vendaje.)* Quizás sea por eso que persiste en mi cerebro. *(Camina en torno de ella, mirando, con curiosidad.)* Bueno, el poder es eso, ¿no te parece? Influir en una mujer hasta hacerle cambiar la nariz, la vida. . . Sí, me asusta, y pido al Cielo que . . . *(FELICE levanta el brazo.)* ¡deje de bendecirme! *(De la plataforma superior hace mutis la MADRE. QUENTIN ríe turbado, sorprendido del poder de su miedo.)* Supongo que en medio de esto hay una superchería; porque yo no tengo ese poder. MAGGIE aparece súbitamente, hablando en un teléfono y baja a la cama, en el centro.

MAGGIE (*con tímida idolatría*). — ¡Hola...! ¿Es...? ¿Cómo adivinaste que era yo? (*Ríe.*) ¿De veras me recuerdas? ¡Maggie! ¡Del parque aquel día! Bueno, han pasado casi cuatro años y yo...

QUENTIN *se aparta de ella al tiempo en que MAGGIE se echa en la cama. Ésta continúa hablando, pero sin que la oigamos.*

QUENTIN (*se detiene cerca de la silla y mira en dirección a FELICE, diciendo al mismo tiempo al oyente*). — Sí, sí; noto la semejanza.

Se perciben carcajadas al tiempo en que HOLGA aparece en una mesa de café, con una silla vacía a su lado. En el café flota la música del violín.

HOLGA (*lleva su mirada hacia ella, y al oyente*). — ¡Sí, adorado otra vez! Pero... en este caso hay algo distinto. (*Yendo hacia HOLGA, dice al oyente:*) En Salzburgo, una tarde, estábamos en un café y repentinamente, no sé por qué..., pareció que todo moría entre nosotros. Vi que todo ocurría de nuevo. ¿Conoces ese momento, el instante en que, desesperadamente, te pones a hablar de arquitectura?

HOLGA. — Mil quinientos treinta y cinco. El plano lo hizo el arquitecto mismo.

QUENTIN. — ¡Es hermoso!

HOLGA (*distante*). — Sí.

QUENTIN (*como esforzando su coraje, se vuelve de pronto hacia ella*). — Holga, esta mañana me pareció notar que tu almohada estaba húmeda.

HOLGA. — No tiene importancia.

QUENTIN. — No hay lágrimas que no la tengan.

HOLGA. — Me da la impresión a veces... (*Se para; luego.*) de estar aburriéndote.

LOUISE (*entra por el foro*). — ¡Yo no soy tan falta de interés, Quentin!

QUENTIN (*la mira fijamente, tratando de combinar esto con su propia visión perdida, y en esta actitud se vuelve hacia el oyente:*) Todo es cuestión de poder, pero yo he perdido el... ¡Sí! (*Se pone en pie de un salto y da vueltas en torno a LOUISE*) Te aseguro que hubo momentos en que se miró en el espejo y noté que no le gustaba su cara; y tuve la sensación de que debía situarme entre ella y su imagen.

QUENTIN. — ¡Me sentí culpable hasta de su cara! Pero... en este caso (*Vuelve a la mesa del café.*), hubo una especie de nueva concesión... La de no permitir que se cegase a su propia desdicha. Vi que tenía que hacerlo, como yo con respecto a la mía. Y de pronto no hubo más que buena voluntad y un misterio.

HOLGA. — Desearía que me creyeses, Quentin. Aquí no te retiene ninguna obligación.

QUENTIN. — Me iría, Holga. Pero sé que mañana estaría buscándote. (*Entra la MADRE, hablando en el lugar de HOLGA, en el asiento contiguo al de él.*) Pero encierra una verdad lo que tú piensas. Llega un momento en que parece que me tengo que ir. No hacía nada. ... ni alejándome de ti... Pero en el hecho de irse hay una cierta libertad...

MADRE. — Querido, las crisis no existen para los grandes. La primera vez que sentí que te movías, yo estaba de pie en la playa de Rockaway... (*QUENTIN se ha levantado.*)

QUENTIN (*mirando fugazmente a la MADRE*). — ¿Pero cabe que haya algún poder en esta estupidez?

MADRE — Vi una estrella, cuyo brillo aumentó más y más... y más. De pronto cayó, cual si un gran hombre hubiese muerto y te arrancaban de mis entrañas para que ocuparas su lugar

y fueses una luz, un resplandor en el mundo.

QUENTIN (*al oyente*). — Sí, es una especie de poder. ¿Pero a qué se debe que parezca tan traicionero?

IKE (*apareciendo de pronto; DAN viene detrás de él. A la MADRE.*). — ¿Pero de qué cuernos estás hablando? Volvemos a empezar y yo lo necesito.

Presa de un ansia enorme, QUENTIN lleva su mirada de uno a otro mientras discuten.

MADRE. — Tienes a Dan. ¡Quentin no te hace falta! Quiere buscar trabajo, entrar quizás en la universidad...

IKE. — ¡Trabajo tiene!

MADRE. — Busca un trabajo pago. No quiero que desperdicie sus años de juventud. ¡Necesita crearse una posición!

IKE (*señala a DAN*). — ¿Y éste no necesita posición? ¿Por qué?

MADRE. — Porque es distinto.

IKE. — ¡Porque sabe lo que está bien! (*Señala a la MADRE y a QUENTIN juntos.*) ¡Son iguales los dos! ¿Qué es lo que quieren? ¡Cristo! Cuando tenía su edad, mantenía a seis personas. (*Se acerca a QUENTIN.*) ¿Qué eres tú, un extraño? ¿Qué eres?

QUENTIN (*mira de cerca y fijamente el desagrado en el rostro del PADRE*). — Sí, pensé que en irme había un poder... y una traición... Porque interviene el fracaso y al fracaso le vuelve uno la espalda. (*Mutis de IKE con la MADRE.*)

IKE. — ¡Lo necesito!

DAN. — No, muchacho, no lo tomes así. Yo quiero que él triunfe de nuevo, pero tú te vas. Volveré a la universidad si la situación mejora.

QUENTIN (*mirando a DAN, quien habla a un QUENTIN invisible*). — Sí, los buenos se quedan, así sea para morir allí...

DAN (*señalando un libro que tiene en la mano*). — Mi Byron. Lo pondré en tu valija. He puesto también mis medias nuevas de lana... No las laves con agua caliente. Recuerda, además, que dondequiera que estés. (*Se oye lejos un silbato de tren. DAN corre a la segunda plataforma, gritando.*) ¡Dondequiera que estés, esta familia estará contigo! Anímate, pues... Te mandaré una lista de los libros que te aconsejo leer... (*La MADRE, IKE y DAN desaparecen saludando con las manos. FELICE se ha ido.*)

MAGGIE (*se incorpora de pronto en su cama; habla hacia un espacio vacío a sus pies*). — ¿Podría yo leerlos?

QUENTIN (*gira en redondo, sorprendido*). — ¡Chist! (*Todos se han sumido en la sombra, excepto él y MAGGIE.*)

MAGGIE. — ¿Quiero decir qué clase de libros? Porque bueno..., en realidad, nunca estudié secundaria... Pero me gusta la poesía.

QUENTIN (*deja de mirarla fijamente y viene con rapidez hacia el oyente*). — Lo que pasa es que ya no logro verme en medio de esta vanidad.

MAGGIE (*subyugada, en la cama*). — ¡Me parece mentira que hayas venido! ¿Podrías quedarte cinco minutos? Ahora soy cantante, ¿sabes? Más aún... (*Con una risita para consigo misma.*), soy una de las tres que más discos venden. Hace mucho tiempo que quiero decírtelo... Nada de esto habría ocurrido si no te hubiese conocido aquel día.

QUENTIN (*al oyente*). — ¿Por qué hablas de amor? ¡Todo lo que consigo ver es el poder que ella me ofrecía! Está bien... (*Se vuelve hacia ella.*) Haré la prueba. (*Se le acerca.*)

MAGGIE. — Lamento si por teléfono parecí asustada, pero no creí que estuvieses en la

oficina después de la medianoche... (*Se ríe nerviosa consigo misma.*) La verdad es que sólo fingí llamarte. ¿Puedes quedarte unos cinco minutos?

QUENTIN (*retrocede hacia la silla*).— Por supuesto. No te apresures.

MAGGIE.— ¡Eso quiero decir! Tú te das cuenta de que yo me apresuro. ¿Una copita? ¿O un bife? Aquí tienen dos heladeras. Mi agente salió para Jamaica; por eso me quedo aquí esta semana, hasta que tenga que salir para Londres el viernes. En el Palladium, un teatro enorme. Es casi un honor, pero me da un poco de miedo.

QUENTIN.— ¿Por qué? Te he oído. Eres maravillosa. Especialmente en... (*No recuerda el título.*)

MAGGIE. — No, apenas estoy aprendiendo a volar... ¿Pero leíste lo que escribió el tipo del "News"? Guarda mis discos en la heladera, por miedo a que se derritan. Soy de fuego.

QUENTIN. — "Chiquita triste". Lo cantas en forma muy cautivante.

MAGGIE.— ¿Sí? Pues no es que yo me diga: "Voy a parecer sexual". No. Trato de... cumplir..., simplemente..., como en el amor o... (*Ríe.*) ¡La verdad es que no puedo creer que estés aquí!

QUENTIN.— ¿Por qué? A mí me alegra que hayas llamado; a menudo pensé en ti estos últimos dos años. Todas las grandes cosas que te pasaban me daban, por alguna razón, una cierta satisfacción secreta.

MAGGIE. — Tal vez porque es obra tuya.

QUENTIN. — ¿Por qué dices eso?

MAGGIE. — No sé... Sólo la forma en que me miraste. Hasta ese día, ni siquiera tuve coraje para ir a ver a un agente.

QUENTIN.— ¿Cómo te miré?

MAGGIE (*encogiéndose de hombros; esto es un misterio*).— Como... desde fuera de ti mismo. La mayoría de las personas la miran a una..., nada más. No sé cómo explicarlo. Y la forma en que me hablaste.

LOUISE (*que estaba sentada a la derecha, jugando solitarios*). — ¿Crees que leer el alegato ya es hablarme?

MAGGIE. — ¿Qué has querido decir con eso de... que te dio una satisfacción secreta?

QUENTIN. — Eso nada más ... Igual que en la oficina. .. Oí que algunos reían y decían que Maggie tiene el mundo a sus pies...

MAGGIE (*herida e intrigada*). — ¿Se reían?

QUENTIN. — En cierto modo.

MAGGIE (*dolorida*). — ¡Es lo que yo digo! Soy un chiste para casi todos.

QUENTIN. — No, es tu costumbre de decir lo que piensas, Maggie. No parece que estuvieses sosteniendo algo, que no te... avergonzases de ser como eres.

MAGGIE. — ¿Qué quieres decir con... ser como soy?

QUENTIN (*de pronto se apercibe de que ha tocado un nervio. LOUISE levanta la vista*). — Bueno, que amas la vida... y... Es difícil describirte. Yo...

LOUISE. — ¡Prostituta es la palabra! ¿Pero eso qué importa, con tal de que te alabe?

QUENTIN (*al oyente, de pie y yendo hacia la zona de MAGGIE*). — Eso tiene algo de verdad... Nunca me había alabado una mujer, así fuese una mujer de la cual me reí junto con los otros...

MAGGIE. — Pero tú no..., ¿verdad? (*Él se vuelve hacia ella, agónicamente.*) ¿No te reíste de mí?

QUENTIN. — No. (*De pronto se pone de pie y grita hacia el oyente:*) ¡Mentira! ¡Desde los primeros cinco minutos! Porque... yo... debí haber admitido que ella era un chiste, un

hermoso pedazo de carne que trataba de tomarse en serio... ¿Por quién le mentí? ¿Por qué representé este papel barato de benefactor, este...?

Escucha, y ahora, de mala gana, se vuelve hacia ella otra vez.

MAGGIE. — Como cuando me dijiste que me cosiera el desgarrón del vestido. Querías estar... orgulloso de mí, ¿no es cierto?

QUENTIN (*tomado de sorpresa*). — Creo que sí... Sí... ¡Claro! (*Al oyente.*) ¡Bah! ¡Orgulloso yo!

MAGGIE (*bajo la sensación de haberlo afectado*).— ¿Una copita?

QUENTIN (*aflojando la tensión*). — No me vendría mal... (*Mira en torno.*) ¿De qué son todas estas flores?

MAGGIE (*sirviendo bebida*).— ¡Oh! Sigue rondándome ese tipo que se las da de príncipe, o de rey o no sé qué. No hace más que mandarme un contrato... Con ese contrato yo cobraría cien mil dólares si llegase a divorciarme de él. Sería como una reina o algo parecido... ¡Pero lo he visto sólo una vez en un cabaret! (*Ríe al darle el vaso.*) Paso por querida de él también. No sé por qué publican esas cosas.

QUENTIN. — Bueno, supongo que todos quieren tener algo que ver contigo ahora.

MAGGIE.— ¡Salud! (*Beben. Ella hace una mueca.*) Aborrezco el sabor, pero me encanta el efecto. ¿Quieres quitarte los zapatos? Quiero decir para que descanses.

QUENTIN. — No, estoy bien. Por teléfono pareció como si algo te asustase.

MAGGIE. — ¿Tienes que irte ya en seguida?

QUENTIN. — ¿No te da miedo estar sola aquí?

MAGGIE. — No... ¿Por qué? ¡Eh, eh! El mes pasado corté tu foto de un diario. Cuando estabas defendiendo a ese Reverendo Harley Barnes, en Washington. (*Saca una foto pequeña, con marco, de debajo de la almohada.*) ¿Ves? ¡Le puse marco!

QUENTIN. — ¿Hay algo que te asusta, Maggie?

MAGGIE. — No; pero ¡claro!, estás tú aquí. Es curiosa la forma en que encontré esto... Había ido a ver a mi padre...

QUENTIN. — Ahora tu padre debe estar muy orgulloso de ti.

MAGGIE (*ríe*). — ¡Oh, no! Se fue de casa cuando yo tenía dieciocho meses... ¿Sabes por qué? Decía que no era hija suya, aunque mi madre siempre aseguró que era. Ahora me hacen reportajes y nunca sé qué contestar; me preguntan dónde nací y varias otras cosas. Por eso me pareció que si él me viese únicamente... ¿comprendes?, verme tan sólo... No puedo explicarlo.

QUENTIN. — A fin de saber quién eres.

MAGGIE. — Sí. Pero por teléfono ni siquiera quiso hablar conmigo. Contestó: "Ve a ver a mi abogado" y colgó. Pero en el tren, cuando volvía, encontré tu foto en el diario, justo en mi asiento, mirándome. Y dije: "Ya sé quien soy". Soy la amiga de Quentin". Pero no te preocupes por eso. Quiero decir que puedes ser amigo de cualquier mujer, ¿no es cierto?

QUENTIN (*pausa ligera*). — Sí, Maggie, puedo ser amigo de cualquiera. Pero es que eres tan hermosa... y no sólo me refiero a tu cuerpo y a tu cara.

MAGGIE. — Ni siquiera sería necesario que nos viésemos de nuevo. Yo haría cualquier cosa por ti, Quentin..., ¡como por un dios!

QUENTIN. — Pero cualquier otro te hubiese dicho que te cosieras el vestido.

MAGGIE. — No, se hubiesen reído o habrían buscado algo pronto. Me entiendes.

QUENTIN (*al oyente*).— ¡Sí! ¡Todo es tan claro...! ¡La honradez! La primera prueba de

honradez fue que yo no traté de acostarme con ella. Lo tomó como un tributo a su "valor" y lo que pasó fue que tuve miedo. ¡Dios, qué hipocresía! ¿Pero por qué mencionas el amor?
MAGGIE.— ¡Eh, eh! ¿Sabes qué hice por culpa tuya? (*Él se vuelve de nuevo hacia ella.*) Estuve bautizando un submarino en el astillero de Crotón; porque todos los obreros me votaron su favorita. Yo exigí que subiesen diez obreros a la plataforma, porque al final son ellos los que lo hicieron, ¿no es verdad? ¿Y sabes qué dijo el almirante? Que anduviese con cuidado si no quería terminar siendo comunista. Y entonces yo de pronto me acordé de ti y le contesté: "No sabía que eso fuese tan terrible. Están a favor de los pobres". ¿No es en eso en lo que tú crees?

QUENTIN.— Creía; pero el asunto es un poco más complicado, tesoro.

MAGGIE. — ¡ Oh, cómo me gustaría saber algo!

QUENTIN. — Sabes mirar todas las cosas con tus propios ojos, Maggie, y eso es más importante que todos los libros del mundo.

MAGGIE. — Pero tú sabes si es verdad lo que ves.

QUENTIN (*intrigado*). — Estás asustada..., ¿no es cierto? (*MAGGIE lo mira fijamente, tensa, y transcurre un momento largo*) ¿Qué te pasa, querida? ¿Te da miedo estar sola? (*Pausa.*) ¿Por qué no llamas a alguien que se quede contigo?

MAGGIE. — No sé de nadie... que sirva para eso.

QUENTIN (*pausa leve*).— ¿Puedo hacer algo?... No temas preguntarme.

MAGGIE (*en medio de una lucha, finalmente dice:*). — ¿Podrías... abrir la puerta de ese placard?

QUENTIN (*mira hacia afuera; luego a ella nuevamente*).— ¿Sólo abrirla?

MAGGIE. — Sí.

QUENTIN *camina a la periferia oscura. Ella se incorpora, cansada, expectante. Él abre una "puerta". Vuelve. Y ella se recuesta hacia atrás.*

QUENTIN.— ¿Desearías decirme algo? Yo no voy a reírme. (*Se sienta.*) ¿Qué es?

MAGGIE (*con gran dificultad*). — Antes, cuando quise dormir. De pronto vi que salía humo de ese placard, por debajo de la puerta. Salía y salía... ¡Y se empezó a llenar toda la habitación!

Desfallece y está casi por llorar. Él la toma de una mano.

QUENTIN.— ¡Ah, criatura...! ¿Has soñado esas cosas a menudo?

MAGGIE.— ¡Pero es que estaba despierta!

QUENTIN. — Bueno, soñaste despierta. Fue un sueño que no pudo esperar que estuvieses dormida. Estas cosas se explican si les buscas el origen.

MAGGIE. — Ya sé. Voy a un psicoanalista.

QUENTIN.— ...Entonces cuéntaselo todo; él te lo aclarará.

MAGGIE. — Fue antes, cuando te llamé. (*Ahora está absorta en sus propias conexiones.*) Hay un detalle. Mi madre, ¿sabes?, solía vestirse en el placard. Era muy... como si dijéramos moral... ¿Te das cuenta? Pero a veces fumaba dentro. Y salía... toda envuelta en una nube de humo blanco.

QUENTIN. — Bueno..., tal vez pensaste que ella no hubiese querido que me llamasen.

MAGGIE (*sorprendida*).— ¿Cómo te has dado cuenta?

QUENTIN. — Dijiste que era muy moral. Y llamaste a un hombre casado.

MAGGIE.— ¡Sí! Una vez trató de matarme con una almohada en la cara porque parecía que yo estaba saliendo mala a causa de... algo así como su pecado. Y tengo su mismo cabello, su misma espalda. *(Se vuelve a medias hacia él, enseñándole una espalda medio desnuda.)* Porque tengo una hermosa espalda, ¿sabes? Me lo dicen todos los masajistas.

QUENTIN.— Sí, es linda. Es hermosa. Pero no es ningún pecado llamarme.

MAGGIE *(menea la cabeza como una niña; con una risita de alivio para consigo misma)*. — Por eso no soy mala, ¿verdad?

QUENTIN.— Eres una muchacha muy moral, Maggie.

MAGGIE *(con delicadeza y temerosa)*.— ¿Qué... es moral?

QUENTIN.— Tú dices la verdad, aun contra ti misma. No finges ser... *(Se vuelve hacia el oyente, con alegría horrible.)* ¡Inocente! Sí, de pronto estaba en presencia de alguien que no me aporreaba con su inocencia... ¡Y ahora todo es risible!

Aparece la MADRE, levantando un brazo. Mutis de LOUISE.

MADRE.— Vi una estrella...

MAGGIE.— ¡Yo te bendigo, Quentin!

La MADRE desaparece al tiempo en que él se vuelve hacia MAGGIE, quien toma la foto de QUENTIN de nuevo.

MAGGIE.— Muchas noches saco tu retrato y te bendigo. ¿Te sabe mal? Ha apretado la foto contra su mejilla.

QUENTIN.— Confío que duermas.

MAGGIE.— ¡Ahora sí que dormiré! *(Se echa atrás.)* En serio, sí. Tengo la sensación de que... todo está claro.

QUENTIN *(con un movimiento de la mano)*. — Buena suerte en Londres.

MAGGIE.—Bueno, pero... ¿qué es la moral a todo esto?

QUENTIN.— Vivir la verdad.

MAGGIE.— ¡Eso eres tú!

QUENTIN.— Todavía no, amor; pero pienso hacer la prueba. No tengas miedo de llamarme cuando precises ayuda. *(Ella desaparece de pronto. A solas, él continúa con su pensamiento.)* En cualquier momento...

Aparece DAN con un sweater de cuello como los de marineros; trae su libro.

DAN.— ...si te hace falta alguna cosa, llámame, ¿has oído? La familia está contigo, Quentin. *(Retrocede hacia la oscuridad, saludando con una mano, al mismo tiempo en que un tren silba.)* En cualquier momento, si te hace falta algo...

QUENTIN *sorprendido, se ha vuelto rápidamente hacia DAN, que desaparece. Y habla al oyente, mientras sigue contemplando el lugar vacío en que DAN desapareció.*

QUENTIN.—¿Sabes una cosa? No es superchería, sino... una especie de ficción. Llegué a ella como DAN... con su bondad. ¡Con razón no me encuentro a mí mismo! *(Aparece FELICE al hacer mutis MAGGIE. Está por quitarse la venda... y él busca a tientas su concepto.)* ...Y esa mujer la otra noche. Cuando se fue. Todavía no me resulta claro, pero

de pronto aquellos dos apliques de la pared. (*Camina hacia una "pared" levantando la mirada.*) No lo hice, pero quise hacerlo. Como. . . (*Se vuelve y abre los brazos como en un crucifijo.*) ¡Así! (*Disgustado, baja los brazos.*) ¡No sé! Porque ella. . . me dio. . . el poder de cambiarla. Como si yo (*Grita.*) ¡sintiese algo por ella! (*Casi se echa a reír.*) ¿Pero qué es lo que pretendo hacer? ¿Amar al mundo entero?

El parlamento termina con desprecio de sí mismo y rabia. Y repentinamente, con extrema rapidez, aparece una mujer con ropa de la primera guerra mundial, con un sombrero femenino del tipo comúnmente representado por el dibujante Charles Dana Gibson. Esta mujer lleva una capa que le llega al tobillo y en la mano tiene un barco de vela de juguete. Se agacha como ofreciendo el barquito a un niño, y su voz es como un susurro distante y borroso... Entra el PADRE, llamando, y seguido por DAN.

MADRE. — ¡Quentin! Mira lo que te hemos traído de Atlantic City... De la rambla. (*Es evidente que el chico echa a correr; la MADRE instantáneamente se siente ansiosa y enojada y corre hasta un punto, donde se detiene, como si llamase a través de una puerta cerrada.*) ¡No cierres esta puerta con llave! Pero, querido, no te hemos engañado. Nos llevamos a Dan porque era mayor y yo quería descansar... Pero Fanny te dijo que íbamos a volver, ¿no es verdad? ¿Por qué dejas correr el agua? ¡Quentin, cierra la canilla! ¡Ike, ven aquí, pronto! ¡Echa la puerta abajo! ¡Échala! (*Corre hacia afuera, a la oscuridad.*) .

Pero a su rostro asoma una extraña indignación, y él se ha puesto en marcha en pos de ella. Luego, al oyente:

QUENTIN. — Me mandaron a dar un paseo con la sirvienta. Cuando volví, la casa estaba vacía. ¡Dios mío! ¿Por qué la traición es la única verdad que permanece? ¡Yo adoraba a esa mujer! ¡Es monstruoso que no pueda llorar su muerte!

Se ilumina el banco del parque. Aparece MAGGIE con sweater grueso de hombre, una peluca roja sobre un gorrito blanco de patinar, de lana angora, mocasines y anteojos de sol.

MAGGIE (*al banco vacío*). — ¡Hola! ¡Soy yo! ¡Maggie!

QUENTIN. — Ni llorar esta otra muerte tampoco. No, no se trata de creer que yo la haya matado. Es...

MAGGIE (*al banco vacío*). — ¡Ves! ¡Te dije que nadie me reconocía!

QUENTIN. — ...que en esto no logro encontrarme a mí mismo... Asoma la sensación de culpabilidad o la de inocencia. ¿Y dónde está mi amor, o mi delito, si a eso vamos? ¡Pero yo te aseguro que lo vi una vez! ¡Que vi a Quentin aquí!

MAGGIE.— ¡Oh, qué cosa! Caí dormida apenas te separaste de mí la otra noche. ¿Te gusta mi peluca? ¡Ves! ¡Y los mocasines!

Pausa ligera. Ahora él sonríe y viene a colocarse a su lado en el banco.

QUENTIN. — Sólo te hacen falta los patines.

MAGGIE (*bate palmas de alegría*).— ¡Qué gracioso!

QUENTIN (*a medias al oyente*).— Olvido continuamente... (*A ella por completo.*) lo hermosa que eres. Tus ojos me estremecen. (*Ella guarda silencio un momento, en*

adoración.).

MAGGIE.— ¿Te gustaría ver mi nuevo departamento? No hay ascensor. Ni portero. Nadie se daría cuenta. Si quieres descansar antes de ir a Washington. (*Él no le responde.*) Porque acabo de enterarme... Después de Londres, tengo que ir a París.

QUENTIN.— ¿Y entonces... cuánto tiempo estarás ausente?

MAGGIE.— Será tal vez dos meses..., creo. (*Los dos llegan a la misma comprensión; la separación es doloroso. A los ojos de ella asoman lágrimas.*) ¡Quentin!

QUENTIN.— ¡Tesoro...! (*La toma de una mano.*) No esperes nada más de mí.

MAGGIE.— No espero. Pero si yo fuese a Washington... me podría anotar en el hotel como Señorita Nadie.

QUENTIN.— ¡Nadie!

MAGGIE.— Sí. Como nada. Los nombres supuestos me dan mucho trabajo. Se me olvidan. Pero pensé en éste, porque con decirme que yo no soy nada, que no soy nadie... (*Ríe gozosa.*) ¡ya está!

QUENTIN.— Es una idea maravillosa. Todo el gobierno me detesta y yo, mientras tanto, allá en el hotel...

MAGGIE.— ¡Eso es lo que quise decir! Justo cuando la comisión investigadora te sacude golpes en la cabeza, tú podrías pensar en mí... digamos desnuda...

QUENTIN.— ¡Qué divina ocurrencia!

MAGGIE.— ...y con eso te sentirías feliz.

QUENTIN (*le sonríe cariñosamente*).— Y nervioso.

MAGGIE.— Porque todo vendría a ser una misma cosa, ¿sabes? Ayudar al prójimo, y al sexo. ¡Hasta serías capaz de presentar mejores argumentos al día siguiente!

QUENTIN (*con una comprensión nueva y asombro*).— ¿Sabes una cosa? ¡En la frente llevas escrita una palabra.

MAGGIE.— ¿Cuál?

QUENTIN.— "Ahora".

MAGGIE.— ¿Es que hay alguna otra cosa?

QUENTIN.— Un futuro. Y yo vengo llevándolo auestas la vida entera. Como un jarrón que no debe dejarse caer. Por lo cual no debes tocar nunca a nadie, ¿comprendes?

MAGGIE.— ¿Pero por qué no lo sostienes con una sola mano? (*Ríe.*) ¿Y así tocas con la otra? Yo no te molestaría para nada, Quentin. (*Él mira su reloj, como si empezase a calcular que quizás no haya tiempo.* MAGGIE, *alentada, mira el reloj de él.*) Haz de cuenta que tuviste sed. Si así ocurre, bebas... y te vas... Y nada más.

QUENTIN.— ¿Y tú?

MAGGIE.— Bueno..., a mí me quedaría el hecho de haber dado.

QUENTIN.— ¿Verdad que eres todo amor?

MAGGIE.— ¡Eso únicamente soy! La gente muere en cualquier momento, ¿sabes? (*De pronto.*) ¡Oh... oh! Tengo el testamento. (*Extrae del bolsillo una hoja doblada de papel con algo escrito a mano.*) ¿Pero es legal si no está escrito a máquina?

QUENTIN (*tomándolo*).— ¿Qué falta te hace un testamento? (*Se pone a leerlo.*)

MAGGIE.— Todos dicen que debo ser millonaria dentro de un par de años más o menos. Y ahora voy a tener que volar mucho.

QUENTIN (*la mira*).— ¿Quién redactó esto?

MAGGIE.— Jerry Moon. Es amigo de mi agente Andy; está en el mismo edificio de escritorios, y sabe mucho de leyes. Él mismo lo firmó ahí como testigo. Yo vi cuando lo firmaba. En mi dormitorio...

QUENTIN. — Le dejas todo a la agencia.

MAGGIE. — Ya lo sé, pero es sólo de momento, hasta que se me ocurra alguien a quien dejárselo.

QUENTIN. — ¿No tienes a nadie absolutamente?

MAGGIE. — ¡No!

QUENTIN. — ¿Ya qué viene la prisa, entonces?

MAGGIE. — Bueno, en el caso de que el avión en que viaje Andy se cayese. Tiene cinco hijos... y su...

QUENTIN. — ¿Pero tú tienes que pensar en la familia de él?

MAGGIE. — Bueno, no. Pero él me ayudó. Me prestó dinero cuando yo...

QUENTIN. — ¿Un millón de dólares?

Por el foro entran dos muchachos trayendo guantes de baseball.

MAGGIE (*se da cuenta de algo de pronto*). — Oh... No un millón, no... (*Tiene miedo.*)

QUENTIN. — ¿Quién es tu abogado?

MAGGIE. — Bueno, nadie.

QUENTIN (*con una cierta falta de voluntad, hasta con repugnancia por meterse en esto. Sensación de neutralidad en la voz*). — ¿Nadie te aconsejó que tuvieses un abogado?

MAGGIE. — Cuando se tiene confianza en la gente, se tiene confianza..., ¿no te parece?

QUENTIN (*pausa leve. Adopta una decisión; la toma de una mano*). — Vamos. Te acompaño a casa.

MAGGIE (*de pie junto a él*). — ¡Bueno! Porque lo que está bien para Andy está bien para mí también. ¿No es cierto?

QUENTIN. — No puedo aconsejarte, preciosa. En esto hay algo que yo no entiendo. Vamos.

MAGGIE. — ¡No! Yo no tengo ningún lío con Andy. Yo... No vayas a pensar que me acuesto con cualquiera que se me presente, Quentin. (*QUENTIN comienza a llevarla, pero ella sigue hablando.*) He estado con muchos, pero nunca saqué nada para mí. Fue como hacer obras de caridad, ¿me entiendes? Mi psicoanalista dice que yo doy a los necesitados. Pero no es que yo sea un asilo. ¿Me crees?

QUENTIN (*ansiándola febrilmente*). — Te creo. Vamos. Una pequeña pandilla de chicos, con equipos de baseball, les obstruyen el paso; uno de la primera pareja la señala.

MUCHACHO. — ¡Es Maggie! ¿No te lo dije?

MAGGIE (*asiéndose con fuerza del brazo de QUENTIN, a la defensiva, pero emocionada*). — No, me parezco, pero yo soy Sarah Nadie.

QUENTIN. — ¡Vamos!

Trata de apartarla, pero los muchachos la retienen, y ella empieza a aceptar lápices y pedazos de papel para firmar autógrafos.

CHICOS. — ¡Un autógrafo, Maggie! ¿Por qué no has venido al club? ¿Cuándo haces tu próximo gran programa? ¡Maggie, yo tengo todos tus discos! ¡Cántanos algo! (*Uno le da papel para que firme.*) ¡Para mi hermano, Maggie! Quítate el sweater, Maggie; hace mucho calor aquí afuera. ¿Cómo era ese baile que hiciste en la TV? (*Ella se contonea sensualmente.*)

QUENTIN. — ¡Basta ya!

QUENTIN *ha sido empujado a un lado; ahora se abre paso, la toma con fuerza y la aparta,*

retrocediendo ella, todavía firmando y riendo con ellos. Y la oscuridad envuelve a los chicos y ella se vuelve hacia QUENTIN.

MAGGIE. — Perdóname.

QUENTIN. — Cualquiera diría que te estaban comiendo. ¿Te gusta eso?

MAGGIE. — No, pero son gente. ¿Por qué no te sientas hasta la hora del tren? Todo lo que tengo es este juego de living provenzal. *(Se quita el sweater.)* Lo elegí yo misma. Y la cama, y el tocadiscos. Pero podría ser un lindo departamento, ¿no es verdad? *(En el silencio, QUENTIN la toma de la mano; ahora la atrae hacia sí y la besa.)* Te amo, Quentin. Por ti haría cualquier cosa. Y nunca te molestaría, te lo juro.

QUENTIN. — Eres tan hermosa que cuesta trabajo mirarte.

MAGGIE. — ¡Ni siquiera me viste! *(Retrocediendo.)* ¿Por qué no te quedas ahí de pie un momento y yo saldré desnuda? ¿No hay un tren más tarde?

QUENTIN *(pausa)*. — Sí. Más tarde hay siempre un tren. *(Empieza a desabrocharse el saco.)*

MAGGIE. — Pondré música.

QUENTIN *(ahora ríe a través de sus palabras)*. — Sí, pon música. *(Lucha mucho consigo mismo; al oyente, mientras entreabre el saco.)* Aquí..., aquí, en algún sitio, estaba... lo sé... Una especie de... mentira. *(Llega el sonido enloquecedor de un jazz.)*

MAGGIE. — ¡Un momento! ¡Deja que te quite los zapatos!

IKE, la MADRE y DAN entran. MAGGIE cae a los pies de él y empieza a desatar los cordones. Tieso, con creciente sensación de horror, él baja la vista hacia ella. Ahora se mueven formas en la oscuridad.

QUENTIN. — ¡Maggie!

MAGGIE *(levantando la mirada desde el suelo, abandonando la tarea de desatar los cordones)*. — ¿Qué?...

QUENTIN *mira en torno, en la oscuridad; y de pronto el PADRE carga impetuosamente contra él.*

IKE. — ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué quieres siempre? ¡Cristo! ¿Quién eres tú?

Ahora aparece LOUISE, que está leyendo un libro. DAN se encuentra de pie a su lado y casi la toca con su mano.

DAN. — La familia está contigo, muchacho.

La MADRE, aislada, moviéndose casi sensualmente; y QUENTIN, apretado como si lo apretasen ellos, se aleja con MAGGIE.

QUENTIN *(ruge por encima de todos, los puños en alto, indignado contra ellos)*. — ¿Pero dónde está Quentin?

MADRE. — ¡Oh, cuánta poesía trajo a mi vida Strauss! Novelas para leer...

QUENTIN *(yendo hacia la MADRE, abstraída en su añoranza)*. — ¡Sí! sí! Yo conozco esa clase de traición. . . Y el terror de la complicidad en ese deseo. ¿Pero dónde está Quentin? En vez de quitarme la ropa, esta... ¡actitud! ¡Maggie...!

MAGGIE. — Está bien. Tal vez cuando vuelva...

QUENTIN. — Vas... a tener que romper ese testamento. (*Al oyente.*) ¿Pero es que no puedo acostarme sin hacerlo en virtud de "un principio"? ¿Pero de qué amor me estás hablando? Una larga hilera de hombres, con muecas de burla en las caras, criticó y escupió a esa mujer. Su nombre ha flotado entre el hedor de los vestuarios y el humo de cigarrillos de los vagones de tren. Ella poseía la verdad ese día. Yo llevé la mentira de que necesitaba ser salvada. ¿Salvada de qué? ¡Como no fuese de mi propio desprecio!

MAGGIE (*al espacio vacío, en el sitio en que estuvo QUENTIN*).— Pero si hasta mi psicoanalista dijo que estaba bien. Porque una persona como yo necesita tener alguien.

QUENTIN. — Maggie, los hombres honestos no redactan testamentos como ése.

MAGGIE.— Pero es sólo temporariamente...

QUENTIN. — Querida, si yo me presentase ante Andy y a ese asesor jurídico, y al psicoanalista también... creo que me propondrían entrar en el negocio para que cerrase el pico. Te han tendido en una mesa, querida, y están trinchándote...

MAGGIE.— ¡Pero... de todos modos yo no puedo gastar tanto dinero! ¡Ni siquiera soy capaz de pensar en nada que pase de veinticinco dólares!

QUENTIN. — No es el dinero de que se apoderan, es la dignidad que destruyen. No eres un pedazo de carne. Por lo visto, piensas que debes a los otros todo lo que ellos te exigen.

MAGGIE. — Ya entiendo.

Baja la cabeza, lanzando un grito y temblando de esperanza y vergüenza.

QUENTIN (*levantándole la cara hacia arriba*).— ¡Pero Maggie..., tú eres alguien! Ya no eres una criatura que corre por ahí buscando un lugar en que dormir. No se trata únicamente de tu éxito o de que seas rica..., sino de que eres honesta, seria, una mujer excelente, que la gente significa algo para ti. No tienes que ir pidiendo consejo a individuos tortuosos como si fueses... ¡una atorranta!

Con un sollozo de amor y desesperación, ella cae deslizándose al suelo y se ase de los muslos de él, besándole los pantalones. Él la contempla, luego de pronto la levanta y con piedad y esperanza inmensas

QUENTIN. — ¡Maggie, levántate!

La música entra ahora flotando y ella le sonríe en forma extraña a través de sus lágrimas y con una especie de afirmación de naturaleza persistente empieza a desabrocharse la blusa. El cuerpo de MAGGIE se contonea al compás de la música dentro de su ropa. Y apenas empieza ella a bailar, la cabeza de él se mueve de lado a lado.

QUENTIN (*al oyente*).— ¡No, amor no! ¡Dejar de fingir, eso es todo! ¡Vivir... (*Busca afanosamente los conceptos.*), vivir de buena fe, aunque sea solamente a fuerza de coraje! Vi... (*A DAN e IKE.*) ¡Sí! ¡No ser "bueno" más! ¡No estar más disfrazado! (*A la MADRE*) ¡No sentir más temor de demostrar lo que Quentin, Quentin, Quentin... es!

LOUISE. — No tienes siquiera la decencia de...

Nebulosamente, aparecen un alto tribunal y una bandera; un presidente golpea con su maza una vez; tiene a ambos lados otros que miran hacia abajo, en dirección a QUENTIN,

desde sus alturas.

QUENTIN. — ¡La decencia es homicida! ¡Decir lo que es verdad, no lo que es decente! ¡Yo acuso a todas las altas autoridades de falsa inocencia! (*Al presidente.*) ¡Lo declaro! ¡Yo no soy inocente! ¡Ni soy bueno!

PRESIDENTE. — Pero seguramente el Reverendo Barnes no puede oponerse a responder si concurrió al Congreso de la Paz, regido por los comunistas, que se celebró en Praga, capital de Checoslovaquia. ¡No..., no! Al abogado no se le permite hablar con el testigo... ¡Esto no es un juicio! Cualquiera hombre inocente estaría...

QUENTIN.— ¡Esa cuestión! ¡Inocente! ¿A cuántos negros permiten ustedes votar en su patriótico distrito? ¿Y cuál de sus sentimientos sociales, políticos o raciales no hubiese aprobado Hitler? ¡Usted no es sincero! En este momento, sus "investigadores" están procurando captar voluntad en la iglesia de ese hombre para echarlo como un perro.

HARLEY BARNES (*aparece, poniéndose de pie; tiene cuello de clérigo.*) — Me niego, de acuerdo con las enmiendas primera y quinta de la Constitución.

QUENTIN (*con intenso pesar.*)— ¿Pero se siente seguro, Harley? Yo pregunto, yo pregunto... Si la situación se invirtiese y estuviesen ellos frente a usted..., ¿les permitiría no contestar? ¿Por mucho odio que sintiesen? (*HARLEY lo mira indignado, suspicazmente.*) Ya no sé a ciencia cierta qué es lo que estamos defendiendo. ¿Somos buenos con sólo decir "no" al mal? Hasta en un "no" virtuoso hay algo de ficción. ¿Acaso no es necesario... (*HARLEY y el tribunal han desaparecido. MAGGIE está allí, cerrando bruscamente los dedos, dejando caer el cabello.*) finalmente decir sí... a algo? (*Volviéndose hacia MAGGIE.*) ¡Sí, sí sí!

MAGGIE. — Dime algo.

QUENTIN. — ¡Un hecho..., un hecho..., un hecho, una cosa!

MAGGIE. — Canta dentro de mí. (*QUENTIN cruza hacia el oyente.*)

QUENTIN. — Aún condenado, inexpresable como toda verdad...

MAGGIE. — Sé feliz.

QUENTIN. — Despreciable como toda verdad.

MAGGIE. — Eso es todo lo que yo soy.

QUENTIN. — Cubierto de fango como toda la verdad: ciego, ignorante.

MAGGIE.— ¡Pero nadie nunca me dijo: levántate!

QUENTIN. — La sangre es un hecho. . . ¡El mundo es coraje ciego, sí!

MAGGIE. — ¡Ahora!

QUENTIN. — A esto, sí.

MAGGIE.— ¡Ahora...! ¡Ahora! ¡Quentin!

La luz la encuentra a ella boca abajo en una cama, su cuerpo desnudo cubierto parcialmente por una sábana. La barbilla descansa lánguidamente en las manos. Mira hacia un punto apartado.

MAGGIE.—¡Quentin! Ese jabón no tiene olor, así que no debes preocuparte de nada. (*Pausa ligera.*) ¡Está bien...! ¡No te apures! ¡Me encanta esperarte! (*Baja la mirada hacia un zapato de él, en el suelo. Lo levanta, lo acaricia.*) Son divinos tus zapatos. ¡Tienes buen gusto! (*Camina al foro envuelta en una frazada.*) ¡Perdóname que no tenga nada para que puedas comer, pero es que no sabía. Sin embargo, compraré huevos, por si acaso los quieres por la mañana. ¡Y bifés... por si los quieres de noche! Quiero decir, por si acaso.

Podrías comerlos como se te ocurra, cuando te parezca. (*Se vuelve hacia el frente.*) ¿Te gusto?

En el aeropuerto aparece HOLGA, que mira en torno buscándolo.

QUENTIN. — Todo eso es verdad, pero no es la verdad. Lo sé porque el recuerdo de todo eso vuelve a mí con tanta facilidad; yo amé a esa mujer. La amargura me induce a mentir. Tengo miedo. De hacer una promesa. (*Mira fugazmente a HOLGA.*) Porque no sé quién sería el que la hiciese. Soy extraño a mi propia Vida.

MAGGIE (*ha levantado una "corbata" del suelo*).— ¡Oh, se te ha arrugado la corbata! Lo siento... ¡Pero, eh! Yo tengo una corbata. Es hermosa, una corbata de hombre. (*Se contiene.*) La tengo por casualidad.

Ríe para salir del aprieto y se dirige a la oscuridad. HOLGA ha desaparecido.

QUENTIN.—Yo te aseguro que, por debajo de toda esta bruma de ostentación y vanidad, en este desastre, hay una ley y yo la vi tan definida y clara como una estatuilla. Pero creo que la vi... con algo de amor. Aunque... ¿es que alguien puede recordar el amor? Es como querer conjurar el aroma de las rosas en un sótano. Podrías ver la rosa, pero el perfume, jamás. Y esa es la verdad de las cosas, ¿no te parece? Su perfume.

En la segunda plataforma aparece MAGGIE en la luz con un vestido de boda; CARRIE, una criada negra, está colocándole en la cabeza un sombrero con velo; LUCAS, modisto, se encuentra de rodillas, arreglándole apresuradamente el ruedo, como antes. MAGGIE se vuelve hacia un espejo con ojos muy abiertos. QUENTIN empieza a levantarse.

MAGGIE. — Apúrate, Lucas, que no quiero hacerle esperar más. La ceremonia es para las tres. ¡Date prisa, por favor! (*LUCAS cose más de prisa.*)

QUENTIN. — Yo quiero verla... con aquel amor de nuevo. ¿Por qué es tan difícil! De pie allí, esa muchacha anhelante, esa victoria cubierta de encajes.

MAGGIE (*mira hacia adelante sobre el borde de la vida al tiempo en que LUCAS corta con los dientes los últimos hilos*).— ¡No vas a conocerme en adelante, Lucas! Ese hombre me ha salvado, te lo digo en serio. Tengo un testamento nuevo y hasta he cambiado de psicoanalista. Tengo también un médico maravilloso. Y vamos a hacer todos mis contratos de nuevo, porque nunca me pagaron lo que merezco. ¡Me acepta Ludwig Reiner! ¡Y eso que él no toma ni cantantes de ópera a menos que sean... en fin, ya me entiendes, que sean como si dijéramos artistas! Por mucho que le quieran pagar. Yo no me hubiese atrevido, pero Quentin me obligó...; y ahora me ha aceptado Ludwig Reiner! ¡Imagínate!

Ahora se vuelve al ver que QUENTIN entra. De ambos se apodera una honda impresión de solemnidad; LUCAS se va. CARRIE toca ligeramente la frente de MAGGIE y en silencio ora.

QUENTIN.— ¡Oh, mi amorcito! ¡Qué perfecta eres!

MAGGIE (*descendiendo hacia él*). — ¿Te gusto?

En segunda plataforma entran el clérigo y una mujer.

QUENTIN.— ¡Cielos Santos! ¡Volver a casa todas las noches... y encontrarte!

Ahora se pone en marcha hacia ella, con los brazos muy abiertos y riendo; pero ella le toca el pecho, emocionada y temerosa en una forma extraña.

MAGGIE. — Todavía estás a tiempo de arrepentirte, Quentin. Yo iría adonde estés cada vez que quisieras.

QUENTIN. — ¿Te cuesta admitir que pueda pasar algo bueno? Pero esto es real, querida. Eres mi esposa.

MAGGIE (*con la contracción del miedo en la voz*). — Quiero contarte por qué fui a ver al psicoanalista.

QUENTIN. — Querida, siempre estás haciendo revelaciones nuevas, pero...

MAGGIE. — Dijiste que tenemos que amar lo que ha pasado, ¿no es así? Hasta las cosas malas.

QUENTIN (*en serio ahora, haciendo juego con la intensidad de ella*). — Sí. (*Mutis de clérigo y mujer.*)

MAGGIE. — Yo... estuve con dos hombres... el mismo día. (*Ha apartado su mirada de él.*) (*En segunda plataforma aparece un grupo de invitados a la boda.*) Quiero decir el mismo día, ¿sabes? (*Está a punto de llorar y lo mira sumisa y castigada en forma extraña.*) Siempre te amaré, Quentin. Pero podríamos decir sencillamente que hemos cambiado de idea.

QUENTIN. — Tesoro... Un suceso no tiene importancia en sí mismo; es lo que sacas de él. Lo que te haya pasado es lo de menos; esto es lo que sacaste de ello y esto me encanta. (Pronto, con rapidez, al oyente.) ¡Sí! Conspiramos para burlarnos del pasado, pero el pasado es sacrosanto y sus horrores más sacrosantos aún. (*Se vuelve hacia MAGGIE.*) Y... algo... más...

MAGGIE (*ahora esperanzada*).— Tal vez. Eso haría que fuese una esposa mejor, ¿no es verdad?

QUENTIN (*con esperanza contra el dolor*).— ¡Así me gusta oírte!

Entra ELSIE y se une al grupo de invitados.

MAGGIE (*alegre, viendo un fruto del dolor pasado*).— ¡Porque yo no soy curiosa! Te sorprenderías. Hay mujeres que pasan por respetables y sonrían, sin que los maridos se enteren nunca. Pero son curiosas. Yo, en cambio, lo conozco todo y sé que conmigo tengo un rey. Hay quienes... se van a reír de ti.

QUENTIN.— Ya no, querida; verán lo que yo veo. ¡Vamos!

MAGGIE (*sin ir con él*).— ¿Y qué es lo que ves? ¡Cuéntamelo! (*Sale de ella como una explosión.*) Porque yo creo... que una vez estuviste avergonzado. ¿Es verdad?

QUENTIN. — Vi tu sufrimiento, Maggie; y en cuanto lo vi, toda la vergüenza desapareció.

MAGGIE.— ¿Estabas... avergonzado?

QUENTIN (*con dificultad*). — Sí, pero eres una victoria, Maggie; como una bandera para mí, una especie de prueba, de una manera u otra, de que es posible triunfar.

Por el foro entra LOUISE, cepillándose el cabello.

MAGGIE. — Y tú... no volverás a mirar a ninguna otra mujer, ¿verdad?

QUENTIN. — Querida, no hay razón para no amar a una esposa.

MAGGIE (*con una nueva intensidad de conflicto*). — Antes, sin embargo, ¿por qué besaste a Elsie?

QUENTIN. — Fue un saludo. Tiene la costumbre de abrazar a todo el mundo.

MAGGIE. — ¿Pero por qué le permitiste que te restregase el cuerpo?

QUENTIN (*ríe*). — No me restregó...

MAGGIE (*ahogando una ansiedad mucho mayor*). — Yo lo vi. Estabas allá de pie.

QUENTIN (*queriendo reír*). — Maggie, fue sin ninguna intención...

MAGGIE. — ¿Quieres que vuelva a ser como era? ¿Como si todo fuese una niebla? (*Implorante, ahora, y levemente resentida.*) ¿No me dijiste tú mismo que debía buscar el sentido de las cosas? ¿Por qué la dejaste hacer eso?

QUENTIN. — Vino a mí, me echó los brazos al cuello. ¿Qué podía hacer?

MAGGIE (*un raptó de indignación y temor*). — ¡Le hubieses dicho que se fuese a freír espárragos!

QUENTIN (*atónito*). — Me parece... que se te está yendo la mano, querida.

MUJER INVITADA. — ¡Ya está! ¡Ya está!

Los invitados se ponen en fila en los escalones, formando una especie de guardia de honor para MAGGIE y QUENTIN.

QUENTIN. — Vamos, que están esperando. (*Toma un brazo de ella y lo pone en uno de él. Se vuelven para irse.*)

MAGGIE (*casi en llanto*). — ¡Tócame, Quentin! ¡No sé cómo hacer! Perdóname si parecí enojada.

QUENTIN (*como si quisiera borrar la visión de LOUISE*). — No. Di lo que sientas. La verdad está de nuestro lado. Dilo siempre.

MAGGIE (*implorante, pero siguiendo*). — ¡No me tienes del brazo!

QUENTIN (*a mitad de escenario de ella, y volviéndose hacia la silla vacía*). — ¡Te tengo, querida! Estoy contigo.

MAGGIE (*avanzando entre el corredor de invitados*). — Voy a ser una buena esposa. Una buena esposa.

CARRIE. — ¡Dios bendiga a esta criatura!

MAGGIE (*desfalleciendo, al entrar en la oscuridad*). — ¡No te siento a mi lado, Quentin!

Desaparecen los compases de la "Marcha nupcial". Por el foro hace mutis LOUISE.

QUENTIN (*a la vez frustrado y con imploración, viene adelante trayendo a "Maggie" del brazo*). — ¡Te tengo del brazo! ¿Ves que todos sonríen, que te adoran? Mira a los muchachos de la orquesta; forman con las manos la V de la victoria. ¡Todos te quieren, tesoro! ¿Por qué estás triste?

De pronto, de las profundidades de la escena, su forma borrosa, prorrumpe en carcajadas y avanza presurosamente con tapado de piel.

MAGGIE. — ¡Sorpresa! ¿Te gusta? Lo terminaron rápidamente mientras estábamos fuera.

QUENTIN (*ahora media entre ellas la distancia de medio escenario*). — ¡Sí, es hermoso!

MAGGIE. — ¿Ves qué grande resulta ahora el living-room? Quiero echar abajo esa pared

también. ¿Está bien?

QUENTIN (*no mira en la misma dirección que ella; habla a su recuerdo de esto*). — ¡Pero si acabamos de levantar esas paredes!

MAGGIE. — Bueno, es cuestión de dinero solamente. Quiero que sea grande, lo mismo que un castillo... para ti.

QUENTIN. — Es precioso, querida; pero no hemos pagado los impuestos.

MAGGIE. — Decías que yo tengo una palabra escrita en la frente. ¿Por qué no puede ser hermoso "ahora"? ¡Me van a pagar tanto dinero el año que viene!

QUENTIN. — Pero casi lo debemos todo...

MAGGIE. — ¡No sostengas en alto el futuro como si fuese un jarrón! ¡Toca ahora, tócame! ¡Estoy aquí... y esto es ahora!

Corre hacia la semioscuridad, donde la rodean CARRIE, una vestidero y otras.

QUENTIN (*contra sí mismo*). — ¡Está bien! ¡Échala abajo! ¡Que sea hermoso! ¡Que sea ahora! Tal vez yo soy demasiado precavido... ¡Perdóname!

Repentinamente, su voz se percibe en un número de canto grabado. Él esboza una sincera sonrisa de alegría y baila un momento a solas. Aparece MAGGIE con vestido dorado; viene separándose de un grupo de ejecutivos que escuchan cuidadosamente, QUENTIN corre hacia ella.

QUENTIN. — ¡Maggie, amor mío! ¡Esto es magnífico!

MAGGIE (*preocupada, insegura*). — ¡No! ¡Dime la verdad! ¡Ese piano está desafinado! ¡No prestas atención!

Del grupo sale un pianista, escuchando el disco.

QUENTIN. — ¡Ninguno se dará cuenta de eso!

MAGGIE. — Me doy cuenta yo. ¿Es que no quieres que salga bien? Le dije a Weinstein que quería a Johnny Block, pero me encajan a este maricón que no lleva el compás. (*El pianista se aleja.*)

QUENTIN. — Dijiste que era uno de los mejores.

MAGGIE. — Yo dije que Johnny Block era el mejor, pero no quieren pagar lo que vale. Les hago ganar millones y sigo siendo una especie de chiste.

QUENTIN. — Convendría tal vez que hable con Weinstein...

Va presurosamente al foro hasta un cierto punto.

MAGGIE. — No, no te compliques con mi negocio inmundo; tienes un proceso importante que atender...

QUENTIN. — ¡Weinstein, tráele a Johnny Block! (*Se vuelve de nuevo hacia ella, al tiempo en que sale una nueva versión del mundo.*) ¡Ahí tienes! ¡Escucha ahora! (*Ella se echa corriendo en sus brazos. Los ejecutivos se marchan, y sus gestos y ademanes son de felicitación.*) ¿Ves? ¡No hay razón para que te enojés!

MAGGIE. — ¡Muchas gracias, querido!

QUENTIN. — Dime que lo haga y hablaré con esa gente en cualquier momento en que. . .

(La música cesa.)

MAGGIE.— ¿Ves? Te respetan. Pregúntale a Ludwig Reiner. En cuanto entras en el estudio, mi voz es un arrullo. ¡Oh, yo seré una buena esposa, Quentin! Lo que pasa es que a veces me pone nerviosa... esto de traerte mis problemas. Pero quiero que todo lo mío sea perfecto, y lo único que a ellos los preocupa es enriquecerse pronto con lo que yo hago.

QUENTIN.— Exactamente, querida. Entonces, ¿por qué recurres a ellos buscando tu propia estimación? ¿Salimos a dar un paseo? Ya no paseamos juntos. *(Se sienta sobre sus propios talones, al lado de ella.)*

MAGGIE.— ¿Me amas?

QUENTIN.— Te adoro. ¡Lo único que deseo es que encuentres algo de alegría en tu vida!

MAGGIE.— Quentin, ¡soy un chiste que produce dinero!

QUENTIN.— Creo que las cosas empiezan a cambiar... Ahora tienes una gran orquesta y a Johnny Block, y los mejores técnicos de sonido...

MAGGIE.— Sólo en virtud de que luché por conseguirlo. Cualquiera pensaría que debiesen venir y decirme: "Mira, Maggie, nos has hecho ganar toda este dinero y ahora queremos que mejores. ¿Qué podemos hacer por ti?"

QUENTIN.— Querida, venderían chorizos si con eso ganaran más. ¿Cómo esperas encontrar comprensión en ellos?

Pausa. La sensación de soledad se apodera de ella.

MAGGIE.— ¿Pero dónde tengo que buscarla?

QUENTIN *(sorprendido y atónito)*.— ¿Cómo dices eso, Maggie?

MAGGIE *(permanece de pie; por debajo de todo, un temor se apodera de ella ahora)*.— Cuando entré en la fiesta, ni siquiera me abrazaste. Me sentí como una de esas esposas... o cosa parecida.

QUENTIN.— Bueno, Donaldson estaba en mitad de una frase y yo...

MAGGIE.— ¿Y qué hay con eso? ¡La que entraba era yo! Yo le pago el sueldo a Donaldson, no él a mí. *(Aparece LOUISE poniéndose "cold cream" en la cara.)*

QUENTIN.— Pero él dirige tu show de TV y yo quise ser cortés con él.

MAGGIE.— No quiero que sientas vergüenza por mi culpa, Quentin; estuve en mi derecho al decirle que no siguiera con aquellos chistes insípidos durante mi ensayo. ¡Sólo porque tiene cultura! ¡El público paga por mí, no por Donaldson! ¡Que Ludwig te explique todo lo que yo valgo!

QUENTIN.— Yo estoy casado contigo, Maggie; no necesito que Ludwig me dé conferencias sobre tu valor.

MAGGIE *(mirándolo con expresión extraña y poco familiar)*.— ¿Por qué eres... tan frío?

QUENTIN.— No soy frío. Trato de explicar lo que ha pasado.

MAGGIE.— Bueno, abrázame y no expliques nada. *(La toma en sus brazos y la besa.)* Así no. Apriétame.

QUENTIN *(trata de sostenerla más apretada, pero desiste)*.— Vamos a dar un paseo, tesoro. Vamos...

MAGGIE *(como si se desplomase)*.— ¿Qué pasa?

QUENTIN.— Nada.

MAGGIE.— Pero Quentin... Tendrías que mirarme... como notando que existo... o algo así. Como solías mirar... saliendo de ti mismo.

MAGGIE *se aleja y se sume en la oscuridad; se encuentra con CARRIE y se cambia, poniéndose una "negligée"*.

QUENTIN (*a solas*). — Te adoro. Maggie. Discúlpame, pero no volverá a ocurrir. (*Mutis de LOUISE.*) ¡Nunca! Necesitas más amor de lo que yo había pensado, pero lo tengo y te lo haré ver. Y cuando así ocurra, ¡vas a maravillarse al mundo!

Una luz rosada inunda la cama; MAGGIE sale con peinador.

MAGGIE (*señalando hacia fuera, adelante*).— ¡Sorpresa! ¿Te gusta? ¿Ves el material?

QUENTIN. — ¡Oh. es encantador! ¿Cómo se te ocurrió?

MAGGIE. — Basta con cerrar la ventana y la luz del sol pinta de rosado la cama.

QUENTIN (*buscando con esfuerzo el deleite; la abraza en la cama*).— Sí, es hermosa. ¿Has visto? Una discusión no significa un desastre. ¡Oh. Maggie! ¡Yo no conocía el amor!

MAGGIE (*besándolo*). — Por si acaso durante el día... te da... En fin, si te da por venir a casa y hacemos el amor nuevamente de día. (*Termina sentada débilmente; con añoranza.*)

Como el año pasado. ¿Te acuerdas? En las tardes del invierno. Y una vez tenías nieve en el cabello todavía. ¿Ves? Eso es todo lo que yo soy. Quentin.

QUENTIN. — ... Vendré mañana por la tarde.

MAGGIE (*semihumorísticamente*). — Bueno, no haga planes.

Ríe QUENTIN; pero MAGGIE lo vuelve a mirar con expresión extraña y su mirada es penetrante. Muere la risa de él.

QUENTIN.— ¿Qué te pasa? Ya no quiero ocultar ninguna cosa más, tesoro. Cuéntame, ¿qué es lo que te preocupa?

MAGGIE (*meneando la cabeza; mirándolo*). — No soy una buena esposa; no te dejo trabajar.

QUENTIN.—No, querida. Sólo dije eso porque tú... (*Lucha por suavizar las cosas.*) viniste más o menos a insinuar que no luché bastante contra la gente de la televisión; sin embargo, conseguí que te rebajasen la multa a sólo veinte mil dólares. Tenían derecho a exigir los cien mil porque no te presentaste a trabajar.

MAGGIE (*con indignación creciente*).— ¿Es que no puedo estar enferma? ¡Yo estaba enferma!

QUENTIN. — Lo sé, tesoro; pero el médico no quiso firmar el certificado.

MAGGIE (*furiosa contra él*). — Sentía un dolor en el costado, ¡caramba! ¡No podía tenerme de pie...! No me crees, ¿verdad?

QUENTIN. — Maggie, lo único que hago es explicarte la situación jurídica.

MAGGIE.— Pregúntale a Ludwig lo que debiste hacer. Tenías que haber entrado allí rugiendo. En vez de andar con paños tibios y certificados y... Yo no debí pagar nada.

QUENTIN.— Maggie, tienes un gran analista y Ludwig es un director de orquesta fenomenal, y cuantos extraños conoces saben todas las cosas de pe a pa; pero yo dedico el cuarenta por ciento de mi tiempo a tus problemas...

MAGGIE. — No dedicas el cuarenta por ciento de...

QUENTIN. — Maggie, llevo todo anotado y sé en qué paso el tiempo.

Ella lo mira mortalmente herida; va al encuentro de una secretaria que trae una copa invisible de algo que beber. Viene la sirvienta con un vestido negro y MAGGIE se cambia.

QUENTIN. — Lo siento, querida; pero cuando hablas de ese moda tengo la sensación de hacer un poco el idiota. No te pongas a beber ahora, por favor.

MAGGIE. — No debí casarme nunca. Todos los hombres que conocí odiaban a sus mujeres. Debería tener un abogado que fuese otra persona.

QUENTIN (*solo, en la parte delantera del escenario*). — Querida, para mí es un gran placer dedicarle tiempo; es mi mayor placer saber que he contribuido al engrandecimiento de tu trabajo.

MAGGIE (*la rodea un grupo de ejecutivos*).— Si recurrí a Ludwig, fue para que me convirtiese en una artista de quien tú estuvieras orgulloso. ¡Eres el primero que ha creído en mí!

QUENTIN. — ¿Pero de qué estamos discutiendo? Los dos queremos lo mismo. ¿Te das cuenta? (*De pronto al oyente.*) ¡Sí, poder! Transformar a alguien, salvar...

MAGGIE (*desprendiéndose del grupo*). — Es un buen abogado; se ocupa de un montón de estrellas. Te llamará para que le des mis archivos.

QUENTIN (*pausa ligera. Ofendido*).— Está bien.

MAGGIE. — No es contra ti la cosa. Pero en el caso de aquella muchacha de la orquesta, la violonchelista... Quiero decir que Audy me explotaba, pero hubiese ido allí y la habría sacado a puntapiés. Quiero decir que no hay que reírse de una cantante cuando desentona.

QUENTIN. — Dijo que había tosido.

MAGGIE (*furiosa*).— ¡No tosió! ¡Se rió!

QUENTIN. — Bueno, Maggie.

MAGGIE. — No voy a terminar el video tape si esa mujer está en la orquesta mañana. Tengo derecho a imponer condiciones, Quentin; y no hay razón para que implore a mi marido que defienda mis derechos. ¡Quiero que la echen! (*Los ejecutivos se han ido.*)

QUENTIN. — No sé qué estás implorando; pero he despedido a otras tres de distintas orquestas.

MAGGIE. — ¿Y eso qué? Eres mi marido. Tienes que hacerlo. ¿O no?

QUENTIN. — Pero no puedo fingir que me guste exigir que despidan gente...

MAGGIE. — Si se tratase de tu hija, te enojarías, ¿no es cierto?, en vez de pedir perdón por ella.

QUENTIN (*capta la situación*). — Es posible que sí. Lo siento. Lo haré mañana de mañana.

MAGGIE (*con desesperado fervor, uniéndosele y sentándose en el centro*). — Eso es todo lo que yo quise decir. Si deseo algo, debes pensar por qué, por qué lo desea ella, no por qué no debe tenerlo... Por eso yo no sonrío; me da la impresión de estar luchando continuamente para conseguir que veas. Eres como un nenito; no ves los puñales que oculta la gente.

QUENTIN. — Preciosa, la vida no es tan peligrosa como supones. Ahora tienes un marido que te ama. (*Pausa. Ella parece sentir enorme temor.*)

MAGGIE. — Cuando tu madre me dice que estoy engordando, sé cuál es mi situación. . . Y cuando no haces nada por corregir esa situación...

QUENTIN.—¿Qué puedo yo hacer?

MAGGIE. — Hazla sentar a bofetadas. ¡Eso es lo que tienes que hacer!

Entra la secretaria con un vaso imaginario que MAGGIE toma.

QUENTIN. — Es que ella dice lo primero que se le ocurre...

MAGGIE. — ¡ Me ofendió! ¡ Tiene celos de mí!

QUENTIN. — Maggie, te adora. Está orgullosa de ti.

MAGGIE (*a una distancia*).— ¿Qué te has propuesto? ¿Hacerme creer que estoy loca? (QUENTIN *se acerca a ella buscando a tientas la manera de tranquilizarla.*) ¡No estoy loca!

QUENTIN (con cuidado). — Nunca es me ocurrió semejante idea, tesoro. Yo... hablaré con ella.

MAGGIE. — Bueno, yo no quiero verla más. Si llega a poner los pies en esta casa, yo saldré en el acto.

QUENTIN. — Bien, le diré que te pida perdón. (*Mutis de la secretaria.*)

MAGGIE. — Mañana no voy a trabajar. (*Se acuesta en la cama como aplastada.*)

QUENTIN. — Está bien.

MAGGIE (incorporándose a medias súbitamente). — ¡Sabes de sobra que no "está bien"! Te mueres de miedo pensando que pudieran acusarme judicialmente. ¡Dilo, dilo!

QUENTIN. — No me muero de miedo; lo que pasa es que estás tan soberbia en ese show y es una lástima que...

MAGGIE (*se incorpora furiosa*). — ¡Te interesa el dinero únicamente! ¡Piensas que soy una mierda! ¿Eh?

QUENTIN (*ahogando su indignación; la voz muy monótona*).— Maggie, no uses ese lenguaje conmigo.

MAGGIE. — Llámame vulgar, di que hablo como un camionero. Bueno, yo salí de entre camioneros. ¡Y estoy a favor de los negros, los puertorriqueños y los camioneros!

QUENTIN. — Entonces, ¿por qué despides a la gente con tanta facilidad?

MAGGIE (*entornando los ojos, como si volviese a verlo por primera vez*). — ¿Sabes una cosa? No te hago falta. ¿Qué cuernos estás haciendo aquí? (*Entran por encima de ellos IKE y DAN.*)

QUENTIN. — Yo vivo aquí. Y tú también, aunque no te has enterado aún. Pero vas a entregarte. Yo...

IKE. — ¿Adonde va? ¡Yo lo necesito! ¿Pero qué te has creído?

QUENTIN. — Estoy aquí y sigo aquí. Eso es lo que me he creído. Y un día lo comprenderás. Ahora acuéstate; yo volveré dentro de diez minutos. Deseo dar un paseo. (*Va a ponerse en marcha y ella aparece en lugar visible.*)

MAGGIE. — ¿Por dónde vas a dar el paseo?

QUENTIN. — Una vuelta a la manzana solamente. (*Ella lo mira atentamente.*) No hay gato encerrado, querida. Sólo quiero caminar.

MAGGIE (*con gran suspicacia*). — Está bien.

IKE y DAN *hacen mutis*. QUENTIN *sigue unos metros, se detiene, vuelve hacia ella y la ve en el momento en que toma un frasco de píldoras y desenrosca la tapa.*

QUENTIN (*volviendo*). — No puedes tomar esas píldoras encima del whisky.

Ha alargado la mano, pero ella retira las píldoras. Sin embargo, él se las arrebató otra vez y se las guarda en su bolsillo.

QUENTIN.— Recuerda lo que pasó la última vez. Pero no pasará más. Nunca más. Vuelvo en seguida.

MAGGIE (*la embriaguez le pesa sobre las palabras*). — ¿Por qué llevas esos pantalones? (*Él se vuelve hacia ella, consciente de lo que va a seguir.*) Te dije que te aprietan mucho

las nalgas.

QUENTIN. — Bueno, los hicieron apretados, pero puedo dar un paseo con ellos.

MAGGIE. — Los putos los usan así. Se atraen con los culitos.

QUENTIN. — ¿Me estás llamando puto ahora?

MAGGIE (*está muy borracha*). — Yo he conocido putos; y muchos no sabían que lo eran... No sé si tú lo sabías.

QUENTIN. — ¡Valiente manera de tratar de afirmarte, Maggie!

MAGGIE (*vacilando un poco*). — Tengo derecho a decir lo que veo.

QUENTIN. — ¿Estás procurando que te eche? ¿Eso es lo que buscas? ¿Para que la vida tenga algún sentido?

MAGGIE (*señalándolo; apuntando hacia su autodomnio*). — ¿Eso qué viene a ser? ¿Un hombre fuerte y silencioso? Quiero decir que... ¿qué es? (*Trastabilla y cae. Él no hace nada por levantarla.*)

QUENTIN. — Ahora me voy y te dejo, ¿ves? Y finalmente sabes dónde estás, ¿no es así? (*La levanta enojado.*) ¿Eso es lo que buscas?

MAGGIE (*se aparta de él, cae hacia adelante. Él la atrapa y con brusquedad la deposita en la cama.*) ¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué no te vas de una vez? (*Se levanta de nuevo.*) ¿Vas a esperar que sea vieja?... ¿Sabes lo que me dijo hoy un chofer? "Te doy cincuenta dólares..." (*Un sollozo desgarrado y perdido, salvaje y contradictorio sale de ella.*) ¿Sabes lo que son cincuenta dólares para un chofer de taxi? (*El dolor de ella llega a él y en ese dolor se funde la rabia de QUENTIN.*) Anda, puedes irte. Yo camino perfectamente bien en línea recta, ¿lo ves? (*Camina con los brazos abiertos, un pie delante del otro.*) Y al final, ¿qué? ¿Quiero decir que si quieres bailar! ¿Quieres bailar? (*Sin aliento, ella se vuelve hacia el fonógrafo y baila en torno de él. Es una danza caricaturesca de caderas.*) Es decir, ¿qué es lo que quieres? ¿Qué?

QUENTIN. — ¡Por favor, no hagas eso! (*La toma y la acuesta.*)

MAGGIE. — ¿Vas a esperar que sea vieja? ¿O qué? ¿Quiero decir que qué es! ¿Qué?

Permanece en la cama jadeando. Él la mira bajando la vista y clavándola en ella, mientras se dirige al oyente.

QUENTIN (*va a buscar una caja al foro derecha y la trae al lado de la cama. Detrás de él aparece FELICE*). Se trata de que si hay amor, el amor debe ser ilimitado; un amor que ni siquiera es entre personas, sino ciego, ciego al insulto, ciego a los lanzazos en la carne, como la justicia ciega, como... (*Aparece FELICE detrás de él. QUENTIN ha estado levantando los brazos. IKE aparece encogido y como un fardo en la silla. MADRE (su voz, fuera).*) — ¡Idiota!

Aparece una docena de hombres en el segundo nivel, bajo la dura luz blanca de una plataforma de subterráneo, y algunos leen diarios. Apartados de ellos, aparecen MICKEY y Lou de uno y otro lado, acercándose mutuamente.

MAGGIE (*sale apresuradamente, con paso vacilante*). ¡Quiero decir que por qué no te vas de una vez!

QUENTIN (*los brazos caídos*). — ¿Pero en nombre de quién estás volviendo la espalda?

MICKEY. — ¡Que vayamos juntos, Lou, y demos los nombres! ¡Lou!

LOU, *mirando fijamente a QUENTIN, sube a la plataforma, en que los hombres esperan un*

tren del subterráneo.

QUENTIN. — ¡Lo vi claramente! ¡En nombre de quién vuelves la espalda! ¡Lo vi una vez, vi el nombre!

Se percibe el sonido de un tren de subterráneo que se acerca y Lou da un salto; chillido de frenos.

LOU. — ¡Quentin! ¡Quentin!

Todos los hombres miran a QUENTIN, luego a las "vías". Los hombres gimen. Las mano de QUENTIN son como un torno en su cabeza. La torre se ilumina al tiempo en que... La MADRE entra con ropa de preguerra, un bote de vela en la mano y agachándose hacia la "puerta del cuarto de baño" como antes.

QUENTIN. — ¿En nombre de quién? ¿En el sucio, asqueroso y ensangrentado nombre de quién miras una cara que has amado, y ahora, en tu momento extremo, mueres! Tenía un nombre, era...

MADRE (*hacia la "puerta del cuarto de baño"*).— ¡Quentin! ¡Quentin! (*Él corre hacia ella, pero presa de gran temor.*).

QUENTIN.— ¡Eh! ¡Eh!

MADRE. — ¡Mira lo que te hemos traído de Atlantic City! ¡De la rambla de madera!

Salen los hombres del andén del subte. Un tremendo choque de oleaje sacude a QUENTIN y lo hace girar sobre sus talones. La MADRE ha desaparecido y la luz de la luna empieza a caer sobre la escollera.

QUENTIN. — ... Al lado del océano. Aquel chalet. Aquella noche. ¡La noche última!

MAGGIE, *con un peinador arrugado, una botella en la mano y el cabello enredado y en mechones sobre la frente, sale con andar indeciso al borde de la escollera y permanece en pie. El ruido de la marejada parece envolverla. Ahora empieza a caer por el borde de la escollera y QUENTIN corre y la sujeta de las manos. Mutis de la MADRE. MAGGIE se vuelve y se abrazan QUENTIN y ella. Ahora llega el sonido de jazz desde el interior, quedamente.*

MAGGIE. — Fuiste amado, Quentin; ningún hombre lo fue como tú.

QUENTIN (*soltándola*). — ¿Te avisó Carrie que llamé por teléfono? Mi avión no pudo salir en todo el día...

MAGGIE (*borracha, pero consciente*).—Ahora mismo estuve por suicidarme. (*QUENTIN no habla.*) ¿O es que tampoco eso lo crees?

QUENTIN (*con calma absoluta, como a una distancia, pero sin hostilidad*). — Te salvé dos veces. ¿Cómo pretendes que no lo crea? (*Va hacia ella.*) Esta humedad te hace mal a la garganta; no deberías salir.

MAGGIE (*se sienta en actitud desafiante, con las piernas colgantes*).— ¿Dónde has estado?

QUENTIN (*va al foro, se quita el saco*). — He estado en Chicago. Ya te lo dije. La sucesión Hathaway.

MAGGIE (*una mueca de desprecio*).— ¡Sucesiones!

QUENTIN. — Bueno, tengo que pagar algunas de nuestras deudas antes de salvar al mundo.

Se quita el saco y lo pone en el escritorio.

MAGGIE (*desde la escollera*). — ¿No oíste lo que te he dicho?

QUENTIN. — Lo oí... No voy allá, Maggie. Hay mucha humedad.

MAGGIE (*lleva la vista hacia él; se levanta, con paso indeciso y entra en el cuarto*). — Hoy no fui al ensayo.

QUENTIN. — Pensé que no irías.

MAGGIE. — Y llamé al estudio para decirles que no pienso terminar ese show estúpido. ¡Soy una artista! ¡Ya pesar de cualquier contrato que tú hagas, no tengo por qué trabajar en bodrios!

QUENTIN. — Estoy muy cansado, Maggie. Voy a dormir en el living. Buenas noches.

MAGGIE. — ¿Qué te pasa?

QUENTIN (*pausa. Se vuelve hacia ella desde la salida*). — Me despidieron.

MAGGIE. — No te despidieron.

QUENTIN. — No esperé que lo tomaras en serio, pero la cosa es seria para mí; ya no puedo adoptar ninguna decisión sin que algo en mi interior se incorpore y se eche a reír estruendosamente.

MAGGIE. — ¿Y la culpa es mía? ¿Eh?

QUENTIN (*pausa ligera; luego se decide*). — Mira, querida; esto ha pasado ya la etapa de las culpas y las justificaciones. Yo... hablé con tu médico esta tarde.

MAGGIE (*el miedo y la sospecha la fuerzan a ponerse tiesa*). — ¿Acerca de qué?

QUENTIN. — Quieres morir, Maggie, y la verdad es que yo no sé cómo impedirlo. Pero me ha impresionado el pensar que estuve jugando con tu vida basándome en una esperanza idiota de que salieses de ese hechizo. Cabe una única esperanza, querida: la de que empieces a mirar lo que haces.

MAGGIE. — ¿Vas a encerrarme en algún sitio? ¿Es eso?

QUENTIN. — Tu médico está procurando tomar un avión para venir aquí esta noche; con él lo convendrás todo.

MAGGIE. — ¡A mí no vas a encerrarme en ningún sitio, Mister! (*Abre el frasco de las píldoras.*)

QUENTIN. — Es forzoso vigilar tu salud, Maggie... (*MAGGIE ingiere píldoras.*) Ahora escúchame, ya que aún puedes oír. . . Apenas pierdas el conocimiento esta noche, llamo a la ambulancia. No tengo fuerza suficiente para volver a pasar por todo eso. Yo ya no te protejo más contra los diarios. Maggie, y el sanatorio significa titulares de diarios. (*Ella levanta la botella de whisky para beber.*) Tenemos que empezar a afrontar las consecuencias de tus actos, Maggie... (*Bebe whisky.*) Está bien. Le diré a Carrie que llame la ambulancia apenas note las primeras señales. Voy a dormir en el hotel. (*Toma el saco.*)

MAGGIE. — ¡No vayas a dormir al hotel!

QUENTIN. — Entonces guarda eso y acuéstate.

MAGGIE (*temiendo que él pueda irse, trata de alisarse el cabello revuelto*). — ¿Te podrías... quedar cinco minutos?

QUENTIN. — ...Sí. (*Vuelve.*)

MAGGIE. — Puedes tomar el frasco si quieres. No quiero más píldoras. (*Deja las píldoras en la cama delante de él.*)

QUENTIN (*contra su voluntad de tomarlas*). — ¡No me des el frasco!

MAGGIE. — ¿Recuerdas cómo me hablabas hasta que me dormía?

QUENTIN. — Maggie, he pasado noches y días seguidos sentado junto a tu cama en salitas a oscuras, mientras de la oficina me buscaban por cielo y tierra...

MAGGIE. — No. Perdiste la paciencia conmigo.

QUENTIN (*pausa ligera*). — Es verdad. Sí.

MAGGIE. — ¡Ah! ¡De modo que mentiste!

QUENTIN. — Sí, mentí. Todos los días. Todos somos personas separada?. Yo procuré no serlo, pero finalmente uno es... una persona aparte. Además, tengo que sobrevivir, querida.

MAGGIE. — Y entonces, ¿dónde vas a encerrarme?

QUENTIN (*procurando no delatarse*). — Eso lo hablarás con el médico.

MAGGIE. — Si me amases...

QUENTIN. — ¿Pero cómo harías para darte cuenta, Maggie? ¿Sabes acaso quién soy yo? ¿Aparte de mi nombre? Yo soy todo el mal del mundo, ¿no es verdad? Toda la traición, todas las esperanzas defraudadas, la venganza homicida. (*Ella se vierte píldoras en la mano y él se mantiene de pie.*) El suicidio mata dos personas, Maggie. ¡Para eso se inventó! Pero yo me quito del medio y tal vez de ese modo pierda su sentido.

De mala gana, inicia el mutis. Ella se echa atrás en la cama. Su respiración se torna profunda de pronto. QUENTIN va a dirigirse hacia CARRIE, quien está sentada en la penumbra, rezando.

QUENTIN. — ¡Carrie!

MAGGIE. — Quentin, ¿quién fue Lázaro? (*Él se detiene de pronto. Ella mira en torno, buscándolo, sin saber que se ha ido.*) ¡Quentin! (*Al no verlo, empieza a saltar de la cama; se siente poseída de una cierta alarma*) ¡Quen...! (*Él vuelve a ¡a mitad del camino.*)

QUENTIN. — Jesús lo levantó de entre los muertos. Lo dice la Biblia. Y ahora duérmete.

MAGGIE. — ¿Y qué se trata de demostrar con eso?

QUENTIN. — El poder de la fe.

MAGGIE. — ¿Y los que no tienen fe?

QUENTIN. — Les queda la voluntad.

MAGGIE. — ¿Y cómo se consigue la voluntad?

QUENTIN. — Teniendo fe.

MAGGIE. — ¡Tonterías...! (*Ella se echa hacia atrás. Pausa.*) ¡Quiero pastelitos de crema! ¿Y tendré mi vestido de cumpleaños si soy buena? ¡Mamá! ¡Quiero que venga mi mamá! (*Se incorpora, mira en torno como en un sueño, se vuelve y lo ve.*) ¿Qué haces ahí parado? (*Se levanta de la cama, entreabriendo los ojos, y viene hacia él, mirándolo a la cara; la expresión de ella cobra vida.*) ¿Quieres... quieres música?

QUENTIN. — Está bien, acuéstate. Yo pondré un poco de música.

MAGGIE. — Tú, no; tú, siéntate. Y quítate los zapatos. Quiero decir que no te preocupes más que de descansar. No tienes que hacer nada. (*Va al aparato, lo pone en marcha. Trata de cantar, pero de pronto se despierta del todo.*) ¿Estuve durmiendo?

QUENTIN. — Creo que sí. Durante un momento.

MAGGIE (*se acerca liada él aterrada*). — ¿Estaba... mi...? ¿Había alguien más aquí?

QUENTIN. — No, yo solamente.

MAGGIE. — ¿Hay humo?

Lanzando un grito, se ase fuertemente de él; él la tiene consigo.

QUENTIN. — Tu madre murió, querida; ya no puede hacerte más daño. No tengas miedo.

MAGGIE (*con la voz indefensa de un niño, al tiempo en que él la lleva a la cama*). — ¿Dónde vas a encerrarme?

QUENTIN (*parece que su pecho quisiese sollozar como desahogo*). — En ningún sitio, querida. El médico lo decidirá contigo.

MAGGIE. — ¿Ves? Voy a acostarme. (*Se acuesta.*) ¿Has visto? (*Aspira en forma extraña una honda bocanada de aire.*) Puedes... tomar las píldoras si quieres.

QUENTIN (*de pie y, al cabo de un poco de vacilación, alejándose*). — Diré a Carrie que venga y se las lleve.

MAGGIE (*se desliza de la cama, y le alarga el frasco de píldoras*). — No. No quiero dárselas a Carrie. Sólo a ti. Tómalas.

QUENTIN. — ¿Por qué quieres que yo te las acepte?

MAGGIE (*alargándolas*). — Toma, toma.

QUENTIN (*pausa*). — ¿Lo estás viendo, Maggie? En este preciso momento, deseas que yo sea quien le las dé. Yo te las acepto; luego reñimos, después desisto de tenerlas y, finalmente, son mis manos las que te dan la muerte. Te has empeñado en que sea yo el culpable de un crimen. ¿Te das cuenta? (*Va hacia atrás.*) Pero ahora me marchó; de manera que ya no serás mi víctima. Serás sólo tú; será sólo tu mano.

MAGGIE. — Pero Jesús debió amarlo.

QUENTIN. — ¿A quién?

MAGGIE. — A Lázaro.

QUENTIN (*pausa. Ve, y a tientas va hacia su visión*). — Tienes razón, sí. Fue tan grande su amor que lo levantó de entre los muertos. Pero Jesús es Dios, ¿sabes?... Y el poder de Dios es un amor sin límites. Mas cuando un hombre quiere buscar eso... busca únicamente el poder. Todo el que intenta salvar a otra persona con la mentira de un amor sin límites arroja una sombra a la cara de Dios. Y Dios es lo que fue; Dios es lo que es y lo que será, todo aquel que se interponga entre otra persona y la verdad de esa persona no obra con amor, es... (*No puede seguir; se siente perdido y mira fijamente; se vuelve atrás, hacia MAGGIE, para buscar la manera de continuar.*) Y entonces dijo... (*Vuelve a MAGGIE, gritando para invocar la visión.*) ¡Y entonces le dijo!

MAGGIE. — Todavía te oigo. Muy interiormente. ¡Quentin! ¡Mi amor! Yo te escucho... ¡Cuéntame lo que ha pasado!

QUENTIN (*a través de un súbito impulso de llorar*). — ¡Maggie..., nos hemos consumido mutuamente!

MAGGIE. — ¡Yo, no ¡Yo, no!

QUENTIN. — ¡Tú, sí! "¡Vivir!", gritamos; y gritamos y gritamos también: "¡Ahora!". Y amamos nuestras mutuas inocencias, como si amar una ficción pudiese disimular la realidad. Pero hay un ángel, que de noche y de día nos trae de vuelta justamente lo que queremos perder. Tienes que amarlo, pues; porque gracias a él se conserva la verdad en este mundo. Ingieres esas píldoras porque quieres cegarte; pero si pudieras tan sólo decir: "Yo he sido cruel", se abriría de par en par este cuarto amedrentador. Si pudieras decir: "He sido pisoteada, pero fui exactamente igual de cruel para con otros; llamé idiota a mi marido en público; he sido enormemente egoísta a pesar de mi generosidad; me han hecho daño los hombres de una larga hilera, pero he colaborado con mis perseguidores...

MAGGIE (*ha estado retorciéndose enfurecida*). — ¡Hijo de puta!

QUENTIN. — "Y estoy llena de odio... ¡Yo, Maggie, la dulce enamorada de todo lo que es

vida..., yo detesto al mundo!"

MAGGIE. — ¡ Fuera de aquí!

QUENTIN.— Detesto a las mujeres, detesto a los hombres, detesto a cuantos no se prosternan a mis pies proclamando mi amor sin límites por siempre y por siempre. Pero en ninguna píldora encontraremos la inocencia. Tíralas al mar. Tira la muerte al mar y toda tu inocencia... Haz lo más difícil concebible... Contempla tu propio odio y vive.

MAGGIE. — Y de tu odio, ¿qué me cuentas? Sabes bien cuándo fue el día que yo quise morir. Cuando leí lo que escribiste, nene. Dos meses después que nos casamos, nene.

QUENTIN. — Hagamos que no perezca la verdad... Me contaste que quisiste morir mucho antes de conocerme.

MAGGIE.— ¿Así que ni siquiera estás ahí? Yo no te he conocido aún. ¡Cobarde! Y de tu odio, ¿qué me cuentas? (*Viene adelante.*) Yo estaba casada con un rey..., ¡hijo de puta! Quise buscar una estilográfica para firmar unos autógrafos. Y estaba allí su escritorio, el de él... (*Habla en dirección a una invisible fuente de justicia, contando su dolor.*) y allí estaba su sillón vacío, donde se sentaba a pensar en la manera de ayudar a la gente. Estaba su caligrafía. Eran unas palabras... (*Casi literalmente lee en el aire, y con el mismo original asombro:*) "La única a quien amaré alguna vez es mi hija. ¡Si pudiera tan sólo encontrar una forma honorable de morir!" (*Ahora se vuelve hacia él.*) ¿Cuándo vas a mirar eso cara a cara, juececito? ¿Recuerdas cómo caí desmayada? ¡Sobre la alfombra nueva! ¡Eso es lo que me mató, juececito! ¿Estamos? (*Vacilando va hacia él y le dice en la cara:*) ¿Es eso?

QUENTIN (*una pausa*). — Así es. Ahora vuelve a guardar las píldoras en el frasco y yo te diré la verdad de todo eso.

MAGGIE. — No dirás la verdad.

Él trata de inclinarle la mano hacia el frasco, sujetándole ambas muñecas.

QUENTIN (*con dificultad*). — Lo veremos. Mételas ante todo, y lo veremos.

Ella le deja meter las píldoras en el frasco, pero se sienta en la cama, con la botella sostenida en ambas manos.

MAGGIE (*aspira una honda bocanada de aire*).— ¡Mentiroso!

QUENTIN (*en serena tensión, contra su propia auto-condenación*). — Hicimos en casa nuestra primera fiesta. Gente importante, figurones de las redes de broadcasting y televisión, directores de programas y de cámaras...

MAGGIE. — ¡Y tú sentiste vergüenza de mí! ¡No mientas ahora! ¡Todavía quieres hacer de Dios! ¡Eso es lo que me mató, Quentin!

QUENTIN. — Está bien. Pero yo no sentí... vergüenza. Sentí... miedo. (*Pausa.*) No estaba seguro si con alguno de ellos te habrías acostado.

MAGGIE (*atónita*).— ¡Pero si no conocía a ninguno!

QUENTIN (*sin mirarla*).— Te juro que... llegué a un momento en que ya no pude pensar de qué estuve avergonzado. Pero era demasiado tarde. Escribí aquello, y yo era igual que todos los demás que te habían traicionado, y ya no era posible que en mí se tuviese confianza.

MAGGIE (*con mezcla de acusación y lamento por una vida perdida*). — ¿Por qué lo escribiste? (*Solloza.*)

QUENTIN. — Porque cuando se habían ido ya los invitados y de pronto te volviste hacia mí

acusándome de ser frío... y de estar muy lejos..., fue la primera vez en que vi tus ojos de aquel modo... Traicionada, diciendo a gritos que por mi culpa tuviste la sensación de no existir...

MAGGIE. — ¡No me confundas con Louise!

QUENTIN. — Eso es exactamente. Que yo pude juntar dos mujeres tan distintas en una misma acusación... Y con ello se cerró mi ciclo. Quise reconocer lo peor que me fue posible imaginar..., que yo era incapaz de amor. Y lo escribí, cual si fuese una carta... escrita en el infierno. *(Ella empieza a levantar una mano, para llevársela a la boca, y él avanza y la sujeta de la muñeca.)* ¡Ésa es la verdad desnuda! ¿Quieres algo más? *(Ella lo mira con expresión inescrutable.)* Maggie, los dos somos hijos de muchos errores; todo ser humano tiene que perdonarse a sí mismo. Ninguno de nosotros dos es inocente. ¿Qué más deseas?

De ella se apodera una calma extraña. Se recuesta en la cama. Parece haber cesado la hostilidad.

MAGGIE. — Ámame y haz lo que te digo. Y no discutas más. *(Él camina presa de angustia; lo hace de un lado a otro por el costado de la cama.)* ¡Y echa abajo ese médano! No cuesta mucho hacerlo. Yo quiero oír el océano cuando nos hacemos el amor aquí; pero no lo oímos nunca.

QUENTIN. — Casi no tenemos un cobre, Maggie; y ese médano impide que el techo se caiga.

MAGGIE. — Compras un techo nuevo. Tengo frío. Échate sobre mí.

QUENTIN. — No puedo hacerlo de nuevo; sobre todo, ahora que estás como...

MAGGIE. — ¡Sólo hasta que me duerma!

QUENTIN *(reacción ante la incomprensión)*. — Maggie, esto es una burla. ¡Déjame algo!

MAGGIE. — ¡Por compasión! ¡Tengo frío! *(Manteniendo aplacado su disgusto, se echa sobre ella, pero mantiene la cabeza apartada. Pausa.)* Si no discutes más conmigo, te permitiré ser mi abogado de nuevo. ¿Está bien? Si no discutes. Ludwig no discute. *(QUENTIN guarda silencio.)* No sigas diciendo que no tenemos dinero. ¿Y el médano? *(Aumenta la agonía en el rostro de él; la sensación de desintegración total.)* Porque me encanta el murmullo del océano; como una madre enorme... ¡sssch... sssch... sssch...! *(Se levanta de una sacudida y permanece de pie, mirándola con la vista baja. Los ojos de MAGGIE están cerrados.)* ¿Serás bueno? *(Aspira una honda bocanada de aire.)*

QUENTIN *(alarga una mano con cuidado y procura tomar el frasco; ella lo retiene)*. — Lo que quieres ahora no es amor. ¡Es mi destrucción! Pero no me matarás, Maggie. Dame esas píldoras. No quiero luchar por conseguirlas, Maggie. Pónmelas en la mano.

Ella lo mira; luego, rápidamente, trata de ingerir las que tiene en la mano, pero él le pega fuertemente en la mano y hace caer algunas. Otras, sin embargo, ingiere MAGGIE. QUENTIN quiere apoderarse del frasco, pero lo aprieta y él tironea, forcejea. A causa de este esfuerzo, ella cae y él la arrastra por el suelo, intentado abrirle las manos, en el instante en que ella se le echa encima y le pega en la cara. Posee una fuerza salvaje, que ya no es la suya. QUENTIN la ase con fuerza de la muñeca de una mano, apretándosela con sus dos puños.

QUENTIN. — ¡Suéltalas, perra! ¡No me matarás! *(Ella sigue firme y de pronto, muy*

claramente, él se tira a la garganta de ella y con su fuerza la levanta en vilo.) ¡No me matarás! ¡No me matarás!

MAGGIE *suelta la botella, al tiempo en que desde la distancia máxima la MADRE se precipita en dirección a la "puerta del cuarto de baño", gritando. . . con el valerito en la mano.*

MADRE.— ¡Querido, abre la puerta! ¡Yo no te engaño!

De un sallo, QUENTIN se aparta de MAGGIE, quien cae hacia atrás en el suelo, las manos abiertas y en el aire.

MADRE (*prosiguiendo, sin haberse detenido:*) — Quentin, ¿por qué dejas que corra el agua ahí dentro? (*Retrocede horrorizada de la "puerta".*) ¡Me moriré si haces eso! Vi una estrella cuando naciste..., una luz, una luz en el mundo...

Permanece transfigurado al tiempo en que la MADRE, retrocediendo, llega a su mano y él empieza a apretarle la garganta. Ella se desploma al suelo, jadeando para respirar. El la suelta horrorizado, y ella cae del todo, las manos en actitud de plegaria.

MADRE (*por lo bajo:*) — "¡Me voy a morir! ¡Me voy a morir!"
QUENTIN. — ¿Un asesinato?

MAGGIE *se sostiene en el suelo con las manos y las rodillas, y jadea. Corre QUENTIN para auxiliarla. Ella le pega, y apoyada en un codo lo contempla en lo que viene a ser caricatura de risa.*

MAGGIE.— ¡Ahora los dos sabemos! Has tratado de matarme. Míster. Me han matado un montón de hombres, algunos que ni siquiera sabían escribir de corrido; pero es lo mismo, amigo. Estás en la cola de una larga, larga fila, Frank.

Como para defenderse contra la acusación, QUENTIN se dispone de nuevo a ayudarla, y absolutamente aterrada, ella salta y escapa de lado a lado del piso.

MAGGIE.— ¡No te acerques!... ¡No! No, no, Frank. No hagas eso. (*Cautelosamente, como si mirase una fiera salvaje y voraz.*) ¡No hagas eso...! ¡Llamaré a Quentin si lo haces...! (*Mira hacia afuera y llama quedamente, pero sin dejar de tenerlo dentro de su visión directa.*) ¡Quentin...! ¡Que...!

Cae dormida, contraída en el suelo. La respiración, es ahora honda y extraña. Rápidamente él va hacia ella, la acuesta y va a hacerle la respiración artificial. Pero en el momento en que está por empezar, grita el:

QUENTIN.— ¡Carrie! ¡Carrie! (*Entra CARRIE.*) (*Como en un final adiós.*) ¡Pronto! ¡Llame una ambulancia! ¡No pierda tiempo! ¡Llámela! (*Mutis de CARRIE. Con la vista baja, QUENTIN mira a MAGGIE y se dirige al oyente.*) No, no. La salvamos. Por poco, pero pudimos salvarla. El médico me ha contado que todavía tuvo unos meses buenos; y durante

un tiempo llegó a creer que se sobrepondría del todo. A menos, y eso lo sabe Dios únicamente, que él también se enamorase de ella. (*Casi sonríe; el momento ha pasado.*) Bueno, lo diré. En realidad, es todo lo que vine a decir. Los barbitúricos matan por asfixia. Y la señal es una especie de suspiros. El diafragma se paraliza. Yo estaba fuera, en aquel muelle. (*Mira hacia arriba.*) Todas aquellas estrellas, siempre tan fijas, tan afortunadas. . . Y los preciosos segundos de ella, retorciéndose en mi mano, vivos cual insectos; y percibí. Aquellos jadeos profundos, antinaturales, como las pisadas de mi paz que se acercase. . . y comprendí que los necesitaba. ¿Pero cómo es posible? ¡Yo amaba a esa mujer! (*Entran LOU, MICKY, IKE, DAN, CARRIE y FELICE por puntos diversos. Aparece LOUISE.*) Y el nombre..., sí, el nombre... ¿En nombre de quién se vuelve la espalda... (*Mira hacia el público.*) salvo en tu mismo nombre? ¡En el de Quentin! ¡Siempre en tu asqueroso nombre ensangrentado vuelves la espalda! (*Aparece HOLGA en el nivel más elevado.*)

HOLGA. — ¡Pero ninguno a quien ellos no mataron puede ser inocente!

QUENTIN.— ¿Y el amor? ¿Basta con el amor? ¿Qué amor, qué ola de piedad alcanzará jamás ese conocimiento...? Yo sé matar... Yo sé, yo sé... De todos modos ella estaba predestinada, ¿pero eso ya remedia todo? ¿O será posible... (*Se vuelve hacia la torre, camina hacia ella como si se acercase a un Dios feroz.*) que esto no resulte extraño... a alguien? Yo no estoy solo, y no existe el hombre que no prefiriera ser el único sobreviviente de este lugar, en vez de ser la más sublime de sus víctimas. ¿Cuál es el remedio? ¿Quién puede ser inocente otra vez en esta montaña de cráneos? Te diré lo que yo sé... Mis hermanos murieron aquí... (*Lleva la vista desde la torre hacia abajo, a la postrada MAGGIE.*) pero mis hermanos edificaron esto; nuestros corazones labraron estas piedras. ¿Cuál es el remedio? ¡No, el amor, no! ¡Yo las amé a todas, a todas! ¡Y les infundí voluntad de fracasar y de morir con tal de que yo viviese, como ellos y ellas me dieron y se dieron entre sí, con una palabra, una mirada, un ardid, una verdad, una mentira..., todo en nombre del amor!

HOLGA. — ¡Hola!

QUENTIN.— ¿Pero qué es lo que puede defenderla? (*Grita a HOLGA, hacia arriba.*) ¡Esa mujer espera! Ella permanece inmutable, decidida, consciente del dolor de él y del suyo propio. ¿O es por eso... (*Sobrecogido; hacia el oyente.*) exactamente por lo que ella espera, porque sabe? ¿Qué ciudades en llamas le enseñaron a ella y la muerte del amor me enseñó a mí... que somos muy peligrosos? (*Mirando y viendo su visión.*) ¡Y por eso, por eso me despierto todas las mañanas como un niño..., aún ahora, aún ahora! Te juro que podría amar al mundo nuevamente... ¿Basta con poseer el conocimiento? Saber, aunque sea felizmente, que nos reunimos malditos, no en un cierto jardín de frutos de cera y árboles pintados, en ese fementido Paraíso, sino después, después de la caída, después de muchas, muchas muertes. ¿Basta con saber? Y el deseo de matar nunca se mata, pero poseyendo la bendición de un coraje es posible mirarlo a la cara cuando aparece, y con un golpe de amor..., como a un idiota en la casa..., olvidarlo; una y otra vez... ¿Eternamente? (*Es evidente que lo interrumpe el oyente. Mira su reloj.*) ...Se te hace tarde. Gracias por haberme dedicado este tiempo. No, no es la certidumbre, no es eso lo que siento. Pero parece factible. . . no tener miedo. Tal vez sea eso lo que uno tiene. Se lo diré a ella. Sí, sabrá, comprenderá lo que quiero decirle.

Se vuelve hacia el foro; vacila, y toda su familia y demás lo miran de frente. Camina hacia LOUISE, deteniéndose; pero ella vuelve la cara para no verlo, sigue y se detiene al lado de la MADRE, que permanece erguida, en su pesar incomprendido; hace un ademán como si

la tocase, y ella levanta la vista para mirarlo. Se detiene él junto a sus abatidos padre y hermano, y con un gesto leve los hace ponerse de pie mágicamente. FELICE está por levantar una mano para bendecirlo; él mueve una mano en dirección a ella y frustra el movimiento que hubiese denotado esclavización. Pasa junto a MICKEY y a Lou y vuelve de nuevo hacia MAGGIE, quien se levanta del suelo atrapada en la tela de araña de sus demonios y procurando despertarse. Y seguido por su propia vida, asciende hacia HOLGA, quien levanta los brazos como si lo viese, y con gran amor:

HOLGA. — ¡Hola!

QUENTIN *viene a detenerse a unos metros de ella, y camina hacia ella, alargando una mano.*

QUENTIN. — ¡Hola!

Se aleja con ella, al tiempo en que llega un fuerte murmullo, proveniente de todos los suyos, que están detrás, interminablemente vivos. La oscuridad los envuelve a todos.

FIN